

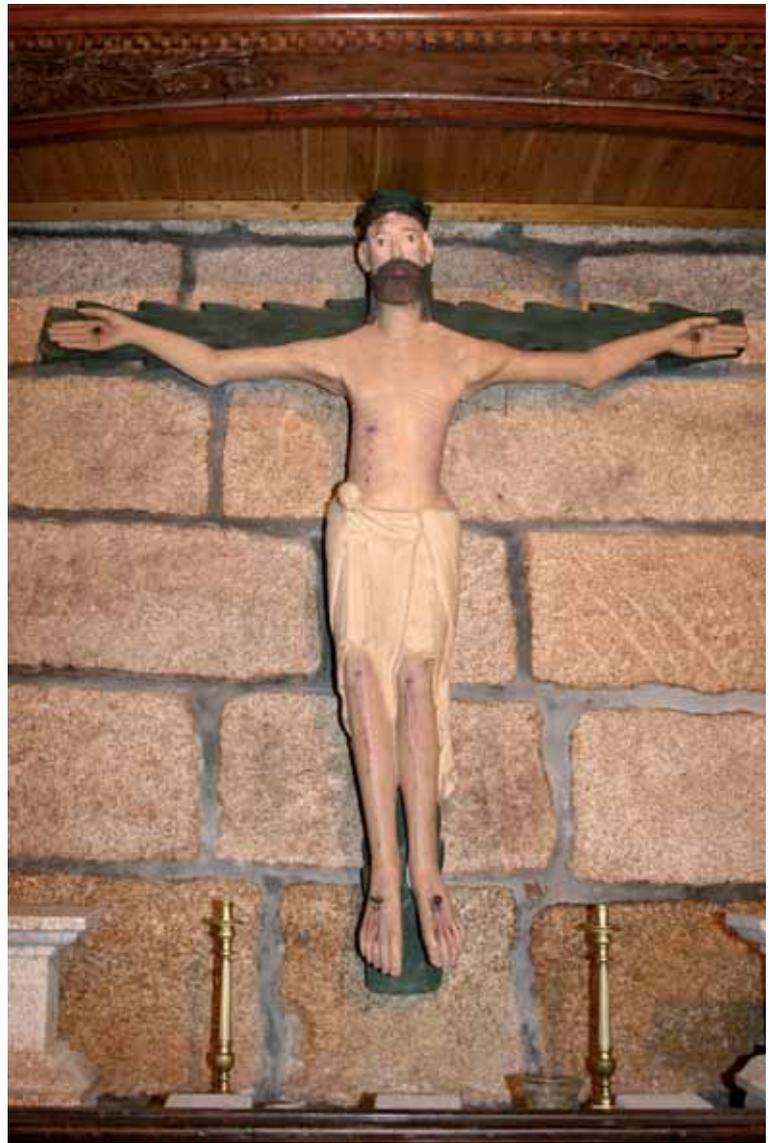
# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXI

Nº 5

MAYO 2008



NUESTRA PORTADA:

**Cristo románico**

Iglesia de San Salvador dos Penedos (Allariz)

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXI	Mayo 2008	Nº 5
-----------	-----------	------

## SUMARIO

### LA VOZ DEL PRELADO

Homilía del Sr. Obispo en la Fiesta de S. Juan de Ávila.....	695
Saludo del Sr. Obispo en la presentación de la Memoria de Cáritas .....	700
Actividades del Sr. Obispo .....	703

### IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos .....	709

### IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
Mensaje de la XCI Asamblea Plenaria de la CEE. El nuevo catecismo “ <i>Jesús es el Señor</i> ” .....	713
Mensaje de la Comisión Episcopal de Pastoral Social en la Fiesta del Corpus Christi, Día de la Caridad, “ <i>La Eucaristía, esperanza para el pobre</i> ” .....	716
Nombramiento Episcopal: Rvdo. Sr. D. Gerardo Melgar Viciosa, Obispo de Osma-Soria .....	721

### IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Regina Caeli.....	725
Audiencias Generales.....	728
Mensajes .....	742
Discursos.....	750
Homilías .....	783
Viaje apostólico - Visita Pastoral a Savona y Génova.....	793
Santa Sede	
Congregación para el Clero	
Carta con motivo de la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes... ..	812

### CRÓNICA DIOCESANA

Mayo.....	821
-----------	-----





# LA VOZ DEL PRELADO

---



## HOMILÍAS

### Homilía del Sr. Obispo en la Fiesta de San Juan de Ávila - Seminario Mayor, 7 de mayo de 2008

Queridos hermanos sacerdotes, religiosas, seminaristas, hermanos todos: un año más el Señor nos concede la oportunidad de celebrar la fiesta de nuestro Santo Patrono, San Juan de Ávila. Su vida y su memoria son una gracia que el Divino Maestro pone constantemente en nuestra vida para ahondar en la santidad de nuestra vocación sacerdotal, cuya trascendencia para el sentido cristiano de la historia ha sido y será siempre decisiva. Así lo ha sentido siempre la Iglesia y así nos lo sigue recordando el Santo Padre, Benedicto XVI, cuyo denso magisterio dirigido al corazón de nuestro mundo tiene en la fidelidad al ministerio ordenado su clave de bóveda. La vida de la Iglesia y su misión universal de salvación tienen necesidad de sacerdotes fieles y santos.

Con motivo de la despedida de los presbíteros de Éfeso, nos recuerda la primera lectura las palabras que les dirige San Pablo en la partida que él presiente definitiva: “Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con su propia sangre”.

Estas palabras del Apóstol debemos aplicárnoslas a cada uno de nosotros. Hemos de poner cuidado en nosotros mismos y en la grey encomendada. El verbo

griego del que es traducción el “poner cuidado” tiene su primer campo semántico en el mundo marítimo y significa atracar, llevar la nave a puerto. Tener cuidado aquí significa, pues, no exponernos a nosotros y a la grey a peligros innecesarios. La planta que nace de la semilla de la vocación no puede estar permanentemente zarandeada, asolada sin piedad. Es un imperativo de la vida el no someternos a nosotros mismos y a nuestros fieles a persistentes peligros que con toda probabilidad han de desbordarnos. La prudencia es una virtud que no sólo rige en la buena marcha de los negocios temporales. En todos los órdenes de la vida es necesaria la prudencia. Y en este vivir “a tope” en que se va convirtiendo la vida de cada día, tenemos el peligro de desfondarnos en carreras que no conducen a ninguna parte. Hace tiempo que pasó a la historia el cura de Misa y olla. Nuestro problema no es la inactividad. Aún los más pasivos son requeridos por la urgencia de la vida. Lo que verdaderamente ha de determinar el umbral de alerta de cada uno de nosotros son los campos reales de nuestras ocupaciones y preocupaciones. San Ignacio, que por ser un eximio maestro de espiritualidad era un penetrante psicólogo, nos dejó dicho que los pensamientos decisivos de toda criatura son aquellos con los que por la noche entra en el sueño y los que por la mañana lo alumbran al nuevo día. Sería muy oportuno que en la fies-

ta de nuestro Patrono dejásemos paso a nuestra memoria para que pusiese ante nosotros el recuerdo de esos momentos de intimidad. Ellos son la expresión de las razones o sinrazones profundas de nuestra vida. Es posible que nos llevemos muchas sorpresas, pero de lo que estoy seguro es que nos daremos cuenta de que tenemos que resguardar nuestra vida de muchas vanas preocupaciones y tentaciones, si es que realmente queremos hacer caso de la recomendación de San Pablo a los presbíteros de Éfeso y que acaba de ser proclamada como palabra de Dios para todos nosotros.

El Señor Jesús fue perfectamente consciente del desamparo en que la vida tantas veces nos coloca. El mismo manifestó una permanente cercanía y ternura con sus discípulos en los días de su vida terrena. Nos lo recuerdan sus palabras del evangelio: “Cuando yo estaba con ellos, cuidaba en tu nombre a los que me habías dado”. Y por eso le pide al Padre: “Cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros”.

La desgarradora preocupación del Señor en toda la oración sacerdotal del Evangelio de San Juan es que entre los suyos no impere el Maligno por la división. Desde la creación misma el Maligno no ha dejado de sabotear los planes divinos con la permanente asechanza de la división como bandera de victoria emancipadora. Es la consigna que el mundo permanentemente practica: Divide y vencerás. Pero la Ley

nueva de las Bienaventuranzas requiere otros modos. Sus caminos son el perdón, el amor, la unidad, el sacrificio, la verdad.” Conságralos en la Verdad: tu Palabra es Verdad “, decía el evangelio.

Nuestros tiempos son muy distintos a aquellos en que vivió San Juan de Ávila, nuestro Patrono. Cualquiera que se haya asomado a la historia de la vieja Europa del siglo XVI sabe perfectamente que aquel tiempo no fue fácil para nadie, especialmente para la Iglesia y para sus fieles. Pero por mucho que nos esforcemos será difícil encontrar un calco de nuestros problemas en aquella sociedad del siglo XVI de la que somos herederos.

Ahora bien, debajo de estos mundos tan distintos, sí, es cierto que laten las mismas pasiones, los mismos anhelos profundos, el mismo ser humano luchando entre el infortunio y la salvación. Y tengo para mí que los mismos han de ser los remedios verdaderos en su pulsión original.

Ésa es la razón por la que los santos son intemporales. Esa es la razón por la que Juan de Ávila, a tantos años de distancia, es un santo sacerdote de referencia actualísima para cada uno de nosotros hoy, como personas singulares y como Presbiterio Diocesano.

Pero hay más. Como pocos tuvo tan claro San Juan de Ávila que sin una verdadera reforma espiritual de la vida de los sacerdotes no es posible pensar en una Iglesia creíble en cualquier tiempo.

Esa reforma él la pensó, la meditó y la llevó a cabo en la Andalucía de su época. Nosotros hemos de seguir sus pasos si la luz del Evangelio en esta tierra no ha de quedar oculta debajo del celemín.

Hay muchos buenos cristianos que creen que los problemas de nuestra Iglesia nacen del hecho de que la sociedad en que vivimos está muy mal. Tengo la seguridad de que sucede justamente lo contrario. Sólo Dios es juez, pero por un momento, soñad en que nuestras vidas y las de nuestras comunidades se pareciesen un poco más a lo que predicamos y a lo que creemos.

Toda dictadura es perversa, sobre todo la dictadura de la utopía. Como nadie lo sabía, el Señor que pasó por el mundo cu-

rando a los enfermos y perdonando a los pecadores. Por eso nos consuelan y nos animan tanto sus palabras del evangelio: “No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno”.

Peregrinos en nuestro mundo, deseemos caminar tras la huellas de nuestro Patrón, San Juan de Ávila, y que nuestra Madre, La Santísima Virgen, en cuyo regazo maternal ponemos todo lo que somos y tenemos, nos bendiga y proteja a todos, especialmente a nuestros hermanos que venturosamente celebráis vuestras Bodas de Oro y de Plata Sacerdotales. Vosotros sois hoy y siempre nuestro gozo y nuestra corona. Amén.

+ Luis Quintero Fiuza  
Obispo de Ourense

### **Homilía do Sr. Bispo na Festa de San Xoán de Ávila - Seminario Maior, 7 de maio de 2008**

Queridos irmáns sacerdotes, relixiosas, seminaristas, irmáns todos: un ano máis o Señor concédeno-la oportunidade de celebra-la festa do noso Santo Padroeiro, San Xoán de Ávila. A súa vida e a súa memoria son unha graza que o Divino Mestre pon constantemente na nosa vida para afondar na santidade da nosa vocación sacerdotal, cuxa transcendencia para o sentido cristián da historia foi e será sempre decisiva. Así sentiuno sempre a Igrexa e así segue lembrándonolo o

Santo Pai Benedicto XVI, cuxo denso maxisterio dirixido ó corazón do noso mundo ten na fidelidade ó ministerio ordenado a súa clave de bóveda. A vida da Igrexa e a súa misión universal de salvación teñen necesidade de sacerdotes fieis e santos.

Con motivo da despedida dos presbíteros de Éfeso, lémbrenos a primeira lectura as palabras que lles dirixe San Paulo na partida que el presinte definitiva: “Tende coidado de vós e de todo

o rabaño, en medio do que vos puxo o Espírito Santo como vixiantes para pastorea-la Igrexa de Deus, que el se adquiriu co seu propio sangue”.

Estas palabras do Apóstolo debemos aplicárnolas a cada un de nós. Temos que poñer coidado en nós mesmos e no rabaño encomendado. O verbo grego do que é tradución o “poñer coidado” ten o seu primeiro campo semántico no mundo marítimo e significa atracar, leva-la nave a porto. Ter coidado aquí significa, pois, non nos expoñer a nós e ó rabaño a perigos innecesarios. A planta que nace da semente da vocación non pode estar permanentemente zarandeada, asolada sen piedade. É un imperativo da vida o non nos someter a nós mesmos e ós nosos fieis a persistentes perigos que con toda probabilidade hannos desbordar. A prudencia é unha virtude que non só rexe na boa marcha dos negocios temporais. En tódolos ordes da vida é necesaria a prudencia. E neste vivir “a tope” en que se vai convertendo a vida de cada día, témo-lo perigo de desfondarnos en carreiras que non conducen a ningunha parte. Fai tempo que pasou a historia o cura de Misa e ola. O noso problema non é a inactividade. Aínda os máis pasivos son requiridos pola urxencia da vida. O que verdadeiramente ha determina-lo limiar de alerta de cada un de nós son os campos reais das nosas ocupacións e preocupacións. San Ignacio, que por ser un eximio mestre de espiritualidade era un penetrante psicólogo, deixounos dito que os pensamentos decisivos de toda criatura son aqueles cos que pola noite entra no sono

e os que pola mañá aluméano ó novo día. Sería moi oportuno que na festa do noso Padroeiro deixásemos paso á nosa memoria para que puxese ante nós a lembranza deses momentos de intimidade. Eles son a expresión das razóns ou senrazóns fondadas da nosa vida. É posible que nos levemos moitas sorpresas, pero do que estou seguro é que nos daremos conta de que temos que resgarda-la nosa vida de moitas vanas preocupacións e tentacións, se é que realmente queremos facer caso da recomendación de San Paulo ós presbíteros de Éfeso e que vén de ser proclamada como palabra de Deus para todos nós.

O Señor Xesús foi perfectamente consciente do desamparo en que a vida tantas veces nos coloca. El mesmo manifestou unha permanente proximidade e tenrura cos seus discípulos nos días da súa vida terrea. Lébrannolo as súas palabras do evanxeo: “Cando eu estaba con eles, coidaba no teu nome ós que me deras”. E por iso pídelles ó Pai: “Coida no teu nome ós que me deches, para que sexan un como nós”.

A desgarradora preocupación do Señor en toda a oración sacerdotal do Evanxeo de San Xoán é que entre os seus non impere o Maligno pola división. Dende a creación mesma o Maligno non deixou de sabota-los plans divinos coa permanente asechanza da división como bandeira de vitoria emancipadora. É a consigna que o mundo permanentemente practica: Divide e vencerás. Pero a Lei nova das Benaventuranzas require outros mo-

dos. Os seus camiños son o perdón, o amor, a unidade, o sacrificio, a verdade. “Conságraos na Verdade: a túa Palabra é Verdade”, dicía o evanxeo.

Os nosos tempos son moi distintos a aqueles en que viviu San Xoán de Ávila, o noso Padroeiro. Calquera que asomara a historia da vella Europa do século XVI sabe perfectamente que aquel tempo non foi fácil para ninguén, especialmente para a Igrexa e para os seus fieis. Pero por moito que nos esforcemos será difícil atopar un calco dos nosos problemas naquela sociedade do século XVI da que somos herdeiros.

Agora ben, debaixo destes mundos tan distintos, si, é certo que latexan as mesmas paixóns, os mesmos anceios fondos, o mesmo ser humano loitando entre o infortunio e a salvación. E teño para min que han se-los mesmos remedios verdadeiros na súa pulsión orixinal.

Esa é a razón pola que os santos son intemporais. Esa é a razón pola que Xoán de Ávila, a tantos anos de distancia, é un santo sacerdote de referencia actualísima para cada un de nós hoxe, como persoas singulares e como Presbiterio Diocesano.

Pero hai máis. Como poucos tivo tan claro San Xoán de Ávila que sen unha verdadeira reforma espiritual da vida dos sacerdotes non é posible pensar nunha Igrexa crible en calquera tempo. Esa reforma el pensouna, meditoua e levouna a cabo na Andalucía

da súa época. Nós temos que segui-los seus pasos se a luz do Evanxeo nesta terra non quere quedar oculta debaixo do celamín.

Hai moitos bos cristiáns que cren que os problemas da nosa Igrexa nacen do feito de que a sociedade en que vivimos está moi mal. Teño a seguridade de que acontece xustamente o contrario. Só Deus é xuíz, pero por un momento, soñade en que as nosas vidas e as das nosas comunidades asemellásen-se un pouco máis ó que predicamos e ó que cremos.

Toda ditadura é perversa, sobre todo a ditadura da utopía. Como ninguén o sabía, o Señor que pasou polo mundo curando ós enfermos e perdoando ós pecadores. Por iso consólannos e anímannos tanto as súas palabras do evanxeo: “Non che pido que os retires do mundo, senón que os gardes do Maligno”.

Peregrinos no noso mundo, desexemos camiñar trala pegada do noso Patrón, San Xoán de Ávila, e que a nosa Nai, A Santísima Virxe, en cuxo regazo maternal poñemos todo o que somos e temos, bendíganos e protexa a todos, especialmente ós nosos irmáns que venturosamente celebráde-las vosas Vodas de Ouro e de Prata Sacerdotais. Vós sodes hoxe e sempre o noso gozo e a nosa coroa. Amén

+ Luís Quinteiro Fiuza  
Bispo de Ourense

## SALUDOS

### **Saludo del Sr. Obispo en la presentación de la Memoria de Cáritas**

La palabra “memoria” hace referencia a recordar, y en sentido más teológico “hacer memoria” es hacer presente y actual lo que aconteció en el pasado. La memoria que tienen en sus manos es, por una parte, recordatorio de las múltiples actividades llevadas a cabo por Cáritas Diocesana de Ourense en el año 2007, y, por otra, es actualización en el aquí y ahora de nuestra Iglesia Diocesana del amor misericordioso de Dios hecho palabra y gesto en las muchas atenciones que los voluntarios y técnicos de Cáritas realizaron cada día con los preferidos del Señor: los pobres, los excluidos, los maltratados, los inmigrantes...

El objetivo de Cáritas, como aparece reflejado en el art. 6 de sus Estatutos es la realización de la acción caritativa y social de la Iglesia en la Diócesis, así como promover, coordinar e instrumentar la comunicación cristiana de bienes en todas las formas y ayudar a la promoción humana y al desarrollo integral de las personas necesitadas.

Al cumplimiento de este objetivo, están orientadas todas las acciones y programas realizados por Cáritas, algunos de los cuales aparecen recogidos en la presente memoria. Detrás de cada número están personas concretas con sus nombres y apellidos, con su situa-

ción vital. Lo poco o mucho (según lo considere cada uno) fue posible gracias a la generosidad de muchas personas e instituciones que cedieron su tiempo y sus bienes para ayudar a la promoción humana y al desarrollo integral de las personas más necesitadas de nuestra sociedad.

En este sentido queremos recordar que, en la acción caritativa y social de la Iglesia, lo decisivo es la implicación personal y comunitaria. Por tanto, no basta con recaudar o sacar dinero para los pobres y hacérselo llegar de manera honesta, razonable y con visión de futuro, incluso en la línea de desarrollo. La caridad, proveniente de Dios, exige de las comunidades cristianas compartir sus bienes, como hacían los primeros cristianos; aquí se fundamenta la comunicación cristiana de bienes.

La caridad cristiana no se agota en unos servicios; es más bien una manera de estar con los necesitados, de empatizar con ellos.

Jesús, con unos pocos panes y un par de peces dio de comer a mucha gente. Pero pidió colaboración de los asistentes. Ésa es la colaboración que nos pide y agradece Cáritas para poder seguir ofreciendo al Buen Pastor algo o mucho de lo nuestro para que el milagro

de la caridad se continúe haciendo realidad en nuestra Diócesis.

Que San Martín, nuestro Patrono y maestro de caridad, y Santa María Madre nos sigan

ayudando con su poderosa intercesión en esta hermosa tarea de ser buenos samaritanos.

+ Luis Quintero Fiuza  
Obispo de Ourense

### Saúdo do Sr. Bispo na presentación da Memoria de Cáritas

A palabra “memoria” fai referencia a lembrar, e en sentido máis teolóxico “facer memoria” é facer presente e actual o que aconteceu no pasado. A memoria que teñen nas súas mans é, por unha parte, recordatorio das múltiples actividades levadas a cabo por Cáritas Diocesana de Ourense no ano 2007, e, por outra, é actualización no aquí e agora da nosa Igrexa Diocesana do amor misericordioso de Deus feito palabra e xesto nas moitas atencións que os voluntarios e técnicos de Cáritas realizaron cada día cos preferidos do Señor: os pobres, os excluídos, os maltratados, os inmigrantes...

O obxectivo de Cáritas, como aparece reflectido no art. 6 dos seus Estatutos é a realización da acción caritativa e social da Igrexa na Diocese, así como promover, coordinar e instrumentala comunicación cristiá de bens en tódalas formas e axudar á promoción humana e ó desenvolvemento integral das persoas necesitadas.

Ó cumprimento deste obxectivo están orientadas tódalas accións e pro-

gramas realizados por Cáritas, algúns deles aparecen recollidos na presente memoria. Detrás de cada número están persoas concretas cos seus nomes e apelidos, coa súa situación vital. O pouco ou moito (segundo o considere cada un) foi posible grazas á xenerosidade de moitas persoas e institucións que cederon o seu tempo e os seus bens para axudar á promoción humana e ó desenvolvemento integral das persoas máis precisadas da nosa sociedade.

Neste sentido queremos lembrar que, na acción caritativa e social da Igrexa, o decisivo é a implicación persoal e comunitaria. Polo tanto, non abonda con recadar ou sacar diñeiro para os pobres e facerllo chegar de maneira honesta, razoable e con visión de futuro, incluso na liña do desenvolvemento. A caridade, provinte de Deus, esixe das comunidades cristiás compartir os seus bens, como facían os primeiros cristiáns; aquí fundaméntase a comunicación cristiá de bens.

A caridade cristiá non se esgota nuns servizos; é máis ben unha ma-

neira de estar cos precisados, de empatizar con eles.

Xesús, cuns poucos pans e un par de peixes deu de comer a moita xente. Pero pediu colaboración dos asistentes. Esa é a colaboración que nos pide e agradece Cáritas para poder seguir ofrecendo ó Bo Pastor algo ou moito do noso para que o milagre da caridade

se continúe facendo realidade na nosa Diocese.

Que San Martín, o noso Padroeiro e mestre de caridade, e Santa María Nai síganos axudando coa súa poderosa intercesión nesta fermosa tarefa de ser bos samaritanos.

+ Luís Quinteiro Fiuza  
Bispo de Ourense

## ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

### ABRIL

---

- Día 25: Encuentro con los sacerdotes jóvenes.
- Día 26: Preside la Asamblea de Catequistas en los PP. Salesianos.  
Asiste al I Festival Mariano en la Parroquia de la Santísima Trinidad.
- Día 27: Preside la Celebración Eucarística en la Iglesia de Santa María Madre a los niños del Movimiento Scout de Galicia que están de convivencia en nuestra Diócesis.  
Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa María de Castrelo del Valle.
- Día 29: Reunión del Consejo Episcopal.

### MAYO

---

- Día 3: Preside la Celebración Eucarística en la fiesta del Santo Cristo en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 4: Asiste a la apertura del Año Jubilar con motivo del Centenario de la Coronación Canónica de la Imagen de la Virgen de la Encina, Patrona de Ponferrada y del Bierzo en la Diócesis de Astorga.
- Día 7: Solemne Concelebración Eucarística en la fiesta de San Juan de Ávila en la Capilla del Seminario Mayor.  
Asiste a una Conferencia pronunciada por el Vicesecretario para Asuntos Económicos de la Conferencia Episcopal Española.
- Día 8: Preside la Celebración Eucarística en la Capilla de las Religiosas Siervas de María, Ministras de los enfermos, con motivo de la festividad de la Virgen de la Salud.
- Día 9: Asiste al Acto de entrega del X Premio Francisco de Moure al escultor D. Manuel García de Bucíños Vázquez y recepción de nuevos miembros en el Ateneo de Ourense.  
Asiste al Concierto “O Revoltallo 08” organizado por los jóvenes de las Parroquias de la Santísima Trinidad y Asunción.

- Día 10: Asiste a la XXXI edición de la Fundación Premios da Crítica Galicia formando parte del jurado.  
Preside la Celebración Eucarística en la parroquia de San Vicente de Reádegos en la que administra el sacramento de la Confirmación a jóvenes del Arciprestazgo de Chaos de Amoeiro.  
Preside la Vigilia de Pentecostés en la S. I. Catedral.
- Día 11: Misa Pontifical de Pentecostés en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.  
Asiste al Festival Regional de la Canción Misionera gallega en el salón de actos de los PP. Salesianos.  
Predica este día de la Novena a la Virgen de Fátima en la Parroquia de Nuestra Señora de Fátima de A Coruña.
- Día 12: Preside la Ofrenda floral de las madres a la Virgen de Fátima en el Santuario de la ciudad.
- Día 13: Preside la Procesión de antorchas en la fiesta de la Virgen de Fátima y Celebración Eucarística en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 14: Reunión del Consejo Diocesano Presbiteral en la Casa Diocesana de Ejercicios.
- Día 15: Asiste al Acto de Inauguración de dos imágenes restauradas en la Catedral.  
Preside la Celebración Eucarística como fin de curso de la Escuela de Liturgia en la iglesia de Santa María Madre.
- Día 16: Preside la Celebración Eucarística en la parroquia de San Cipriano de Carballiño en la que administra el sacramento de la Confirmación a jóvenes de la parroquia.
- Día 18: Preside la Celebración Eucarística en la parroquia de Santa María Magdalena de Francelos en la que administra el sacramento de la Confirmación a jóvenes de esta parroquia y de Abelenda y Vilar de Condes.  
Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de la Santísima Trinidad con motivo de la Clausura de la Novena del Corazón Eucarístico de Jesús.
- Día 19: Firma de un Protocolo de colaboración entre la Sociedad anónima de Gestión del Plan Xacobeo y el Obispado para la revitalización de la Ruta de la Plata.
- Día 20: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 21: Preside la Presentación de la nueva Guía y Mapa de la Diócesis.  
Reunión con la Junta Directiva de Cáritas.





# IGLESIA DIOCESANA

---



## SECRETARÍA GENERAL

### NOMBRAMIENTOS

Con fecha **1 de mayo de 2008**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quintero Fiuza, ha tenido a bien realizar el nombramiento del **Rvdo. Sr. D. Camilo Salgado Vázquez**, como Administrador parroquial de Santiago de Medorra.





# IGLESIA EN ESPAÑA

---



## IGLESIA EN ESPAÑA

### CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

#### Mensaje de la XCI Asamblea Plenaria de la CEE El nuevo catecismo, “*Jesús es el Señor*”

1. *Jesús es el Señor*. Esta explícita confesión de fe de la Iglesia, recogida en el título del nuevo Catecismo que presentamos, muestra su finalidad: conducir a la confesión de fe en Jesucristo, a quien hay que «conocer, amar e imitar»<sup>1</sup>. Los Obispos, al ver culminado el largo y cuidadoso proceso de elaboración de este Catecismo, lo entregamos con gozo a sus destinatarios más directos: los niños y niñas que en su Iniciación cristiana descubrirán a Jesús como el Señor. Asimismo lo entregamos a las familias, transmisoras de la fe e iglesias domésticas, para el acompañamiento en la educación de los hijos; a los sacerdotes, como responsables y animadores de la catequesis parroquial; a los consagrados e instituciones católicas, para su misión en el ámbito educativo; y a los catequistas que lo utilizarán como documento de la fe en la catequesis. Todos son, de un modo directo y cercano, acompañantes de los niños en su encuentro con Jesús, el Señor.

#### **La renovación de los catecismos alentada por el *Catecismo de la Iglesia Católica***

2. Pensando en todas las comunidades cristianas de nuestras diócesis, verdadero «hogar de la catequesis»<sup>2</sup>, los

Obispos, pastores del Pueblo de Dios, «catequistas por excelencia»<sup>3</sup>, renovamos con este Catecismo que ahora os ofrecemos nuestra responsabilidad de ordenar la catequesis para que sea activa, eficaz y capaz de educar en una fe robusta a las generaciones cristianas de los tiempos nuevos<sup>4</sup>. Para esta importante tarea contamos con el inestimable servicio que nos presta el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que Juan Pablo II nos entregó, como «texto de referencia para una catequesis renovada en las fuentes vivas de la fe»<sup>5</sup>. Nos invitaba igualmente el Siervo de Dios a iniciar la adaptación de nuestros catecismos locales a este texto, destinado a ser «regla segura para la enseñanza de la fe e instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial»<sup>6</sup>. También el *Directorio General para la Catequesis* vino a abundar en este servicio de comunión eclesial ofreciendo un amplio y detallado desarrollo de los criterios de elaboración de catecismos locales. El *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, aprobado y publicado por Benedicto XVI, se ha sumado también a las fuentes de inspiración para los catecismos locales.

3. Los Obispos españoles, recogiendo con agradecimiento estos documentos

que la Santa Sede nos ha ofrecido y teniendo en cuenta las nuevas situaciones y retos con que nos encontramos en la transmisión de la fe en España, nos hemos propuesto renovar nuestros catecismos *Padre Nuestro, Jesús es el Señor y Esta es nuestra fe*. El primer fruto de esta tarea emprendida, como servicio a la comunión y a la educación en la fe demandada por el *Catecismo de la Iglesia Católica*, es este catecismo *Jesús es el Señor*. Deseamos que la armonía entre ambos sea apreciada y valorada por todos.

4. Disponíamos ya del libro *Los primeros pasos en la fe*, texto apropiado para el despertar religioso en el seno de la familia; con *Jesús es el Señor* ofrecemos un primer catecismo para la Iniciación cristiana de niños y adolescentes. En este Catecismo nos hemos esforzado en exponer íntegramente, para los niños de 6 a 10 años, el mensaje cristiano en un lenguaje significativo para ellos. Hemos tenido muy en cuenta que en estos años tiene lugar la primera participación en la Penitencia y en la Eucaristía, verdadero encuentro sacramental con el Señor. El texto, fruto del estudio y del trabajo directo de todos los Obispos españoles, aprobado en Asamblea Plenaria<sup>7</sup> y, con posterioridad, por la Santa Sede<sup>8</sup>, lo ofrecemos a nuestro pueblo para que sea utilizado en la catequesis como libro de la fe, al servicio de un contenido y un lenguaje común. Consideramos que *Jesús es el Señor*, por su sencillez, concreción, integridad, orden y exactitud, es el instrumento adecuado para la educación en

la fe y para que los destinatarios acojan esta fe en su corazón, en su memoria, y la expresen en un mismo lenguaje.

### Los catecismos y la catequesis

5. Al elaborar *Jesús es el Señor* somos fieles al valor que la Iglesia le ha dado siempre al catecismo como instrumento básico y orientación fundamental para la catequesis, al formular las verdades de la fe y salvaguardar la transmisión de lo que Dios dijo e hizo por nosotros los hombres y por nuestra salvación<sup>9</sup>. Los catecismos, sin agotar la riqueza de la catequesis, son instrumentos a su servicio y cumplen una función imprescindible a lo largo de la Iniciación cristiana, que capacita básicamente a los creyentes para entender, celebrar y vivir el Evangelio. El catecismo encauza las tareas de la catequesis, pues en su contenido recoge la fe que la Iglesia misma profesa (Símbolo), celebra (Sacramentos), vive (moral cristiana) y ora (la oración del cristiano).

6. Los catecismos no son ajenos tampoco a los cambios sociales, culturales y religiosos, ni a las distintas etapas y circunstancias del crecimiento de las personas. También el contenido y uso del catecismo ha de tener en cuenta el contexto cultural en que se realiza la transmisión de la fe y las dificultades que se encuentran en cada época para consolidar la vida cristiana de las nuevas generaciones. Esta doble fidelidad de los catecismos, al mensaje y al destinatario, nos llama a recordar que «el don más precioso que la

Iglesia puede ofrecer al mundo de hoy, desorientado e inquieto, es formar unos cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe»<sup>10</sup>.

### **El Catecismo y los materiales complementarios**

7. Señalado el valor de los catecismos como instrumentos por excelencia de la catequesis, llamamos la atención de cuantos han de utilizar el catecismo *Jesús es el Señor*, para que llegue a manos de sus destinatarios en su integridad, en su momento oportuno y especialmente en el acto catequético mismo. Sabemos, no obstante, que los catequistas suelen necesitar y utilizar apoyos complementarios en la catequesis (guías para catequistas, materiales didácticos, etc.). Éstos, sin embargo, por su distinción cualitativa respecto del catecismo<sup>11</sup>, en ningún caso han de sustituirlo o suplantarlos.

### **Nuestro aliento agradecido**

8. No queremos terminar esta presentación del nuevo catecismo *Jesús es el Señor*, sin ofrecer nuestros aliento agradecido a todos cuantos os esforzáis en la

gozosa, y a veces difícil, tarea de transmitir la fe: a las familias, a los sacerdotes y a los catequistas, acompañantes todos de los niños en su Iniciación cristiana. Conocemos las dificultades con que os encontráis, pero también nos consta que todo lo vivís con la confianza puesta en el Señor, apoyados en Él y fortalecidos por el Espíritu Santo. Os animamos a no desfallecer en la misión de llevar el Evangelio a todos, misión a la que nos alienta el papa, Benedicto XVI, diciendo: «nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros; sólo así es realmente esperanza también para mí. Como cristianos, no deberíamos limitarnos a preguntarnos: ¿Cómo puedo salvarme yo mismo? Deberíamos preguntarnos también: ¿Qué puedo hacer para que otros se salven y para que surja también para ellos la estrella de la esperanza?»<sup>12</sup>.

En la indispensable y esencial responsabilidad de educar en la fe, la Iglesia cuenta siempre con la intercesión maternal de santa María, la Madre de Jesús, y la de san José su esposo, en cuyo hogar creció Jesús en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres (cf. *Lc 2, 52*).

### **NOTAS:**

1 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 29.

2 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis*, 254.

3 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, 63.

4 Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, 50.

5 JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Fidei depositum*, 1.

6 JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Fidei depositum*, 4.

- 7 LXXXVIII ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, noviembre 2006.
- 8 CONGREGATIO PRO CLERICIS, *Decreto* 7 de junio de 2007.
- 9 «Un catecismo debe presentar fiel y orgánicamente la enseñanza de la Sagrada Escritura, de la Tradición Viva de la Iglesia y del Magisterio auténtico, así como la herencia espiritual de los Padres, de los santos y santas de la Iglesia, para que conozcan mejor los misterios cristianos y se reavive la fe del Pueblo de Dios. Debe recoger aquellas explicitaciones de la doctrina que el Espíritu Santo ha sugerido a la Iglesia a lo largo de los siglos». JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Fidei depositum*, 3.
- 10 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, 61.
- 11 Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis*, 132.
- 12 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe Salvi*, 48.

### **Mensaje de la Comisión Episcopal de Pastoral Social Fiesta del Corpus Christi, Día de la Caridad “La Eucaristía, esperanza para el pobre”**

La festividad del Corpus Christi nos invita a entrar en el corazón del misterio de la Eucaristía, que se ha de creer, celebrar y vivir. “Sacramento de la caridad, la Santísima Eucaristía es el don que Jesús hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito para cada hombre”<sup>1</sup>.

Este año, a la luz de la última encíclica de Benedicto XVI –“*Spe salvi; Salvados en la esperanza*”–, contemplamos la Eucaristía descubriendo en ella un verdadero sacramento de esperanza para toda la humanidad y, de manera muy especial, para los más pobres y excluidos de los bienes necesarios.

Nos unimos a la campaña que viene desarrollando Cáritas sobre derechos humanos e igualdad de oportunidades. Dentro de ella, este año dedicó la cam-

paña de Navidad al derecho a la salud; y ahora, cuando nos sentamos juntos hombres y mujeres en la misma mesa del Señor, la dedica a los derechos de la mujer y nos invita a poner de manifiesto la igualdad entre hombres y mujeres<sup>2</sup> y la importancia de que se reconozcan oportunidades equitativas para ambos sexos como expresión de la común dignidad humana que compartimos y como base de una sociedad más justa y más fraterna.

#### **La Eucaristía, sacramento de esperanza**

La Eucaristía, sacramento del amor, aviva en nosotros la conciencia de que donde hay amor brilla, también, la esperanza, de que donde el ser humano experimenta el amor se abren para él puertas y caminos de esperanza.

Así nos lo ha recordado Benedicto XVI cuando dice: «*No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor. Eso es válido incluso en el ámbito intramundano. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, se trata de un momento de “redención” que da un nuevo sentido a su existencia*»<sup>3</sup>. Y porque el amor es lo que salva, salva tanto más cuanto más grande y fuerte es. Por eso, no basta el amor frágil que nosotros podemos ofrecer. El hombre, todo hombre, también el pobre, en palabras del Papa, «*necesita un amor incondicionado*». Ése es el amor absoluto que Dios nos ha manifestado en Jesús: «*Por medio de Él estamos seguros de Dios, de un Dios que no es una lejana “causa primera” del mundo, porque su Hijo unigénito se ha hecho hombre y cada uno puede decir de Él: “vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí” (Gal 2,20)*»<sup>4</sup>.

Este amor absoluto e incondicionado de Dios que el hombre necesita para encontrar sentido a la vida y vivirla con esperanza, se ha manifestado en Cristo y tiene su máxima expresión sacramental en el misterio de la Eucaristía.

Cuando se descubre y vive la Eucaristía, como misterio de presencia de Cristo acompañando al hombre en el camino de la vida, como misterio de vida entregada por el “Otro” y como servicio humilde y generoso al hermano necesitado, como misterio de comunión que nos hace sentar en la misma mesa superando toda diferencia,

resulta fácil descubrir que la Eucaristía es el gran sacramento de la esperanza, anticipo de los bienes definitivos a los que todos aspiramos en lo hondo de nuestro corazón y que esperamos alentados por la fe<sup>5</sup>.

### **Celebremos la Eucaristía ofreciendo a los pobres signos de esperanza**

Vivida y celebrada la Eucaristía como el gran sacramento del amor, la fe en ella se traduce inevitablemente en gestos y signos de esperanza. Lo dice el Papa con otras palabras: «*Toda actuación seria y recta es esperanza en acto. Lo es ante todo en el sentido de que así tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas más grandes o pequeñas; solucionar éste o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida: colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano, y se abran así también las puertas hacia el futuro*»<sup>6</sup>.

Según las palabras del Papa, toda nuestra acción en favor de la justicia y de los pobres, es “*esperanza en acto*”, es decir, es un signo y un testimonio de esperanza. Afortunadamente, podemos ofrecer al mundo muchos signos de esperanza.

Es verdad que cuando miramos el momento histórico que nos toca vivir y la sociedad que estamos construyendo, hay muchas sombras que oscurecen y debilitan la esperanza. Baste recordar algunas de ellas que es necesario

denunciar y que están demandando la luz de nuestro compromiso abierto y decidido:

– La igualdad original entre hombres y mujeres se ha constituido en un principio jurídico universal; sin embargo, asistimos en el mundo a una feminización de la pobreza que se caracteriza por el creciente empobrecimiento de las mujeres, al empeoramiento de sus condiciones de vida y a la vulneración de sus derechos fundamentales. Entre nosotros, los logros en este campo, aun siendo muchos, resultan todavía insuficientes. La violencia doméstica, la discriminación salarial, el mayor desempleo femenino, la todavía escasa presencia de las mujeres en puestos de responsabilidad política, social y económica, las cargas familiares que tienen que soportar en situaciones de escasos recursos y los problemas de conciliación entre la vida personal, laboral y familiar, muestran cómo la igualdad, siendo diversos el hombre y la mujer, es todavía una tarea muy incompleta<sup>7</sup>.

– La trata de mujeres es una de las formas más crueles de violencia y de esclavitud. Son miles las mujeres extranjeras que son captadas y traídas a España por personas, grupos de delincuentes o redes criminales organizadas, a través de engaño, amenazas o coacción, con el fin de someterlas a explotación, en la prostitución, en la agricultura, en el servicio doméstico,

en la construcción, la hostelería o los talleres clandestinos<sup>8</sup>.

– Todo ello, sin olvidar otros datos como que hemos rebasado la escalofriante cifra de 100.000 abortos al año en España; que unos 20.000 niños son objeto en España de la trata de personas y están sometidos a diversas formas de explotación sexual y laboral<sup>9</sup>; que miles de inmigrantes llegan a nuestras fronteras huyendo del hambre y sin ser reconocidos en su derechos humanos.

No obstante, si son muchas las sombras también hemos de reconocer las luces y los signos de esperanza que apuntan entre nosotros y que hemos de cuidar y potenciar. Seríamos injustos si no reconociéramos algunos de ellos:

– El compromiso de muchas comunidades parroquiales con su entorno cercano, siendo activas en la formación de un tejido social solidario y responsable ante los más pobres.

– El servicio de las Cáritas y de otros grupos eclesiales, asistiendo a las víctimas de la explotación en su proceso de recuperación física, psicológica, económica y de integración social, así como brindándoles asistencia jurídica.

– La implicación de cristianos en movimientos sociales diversos en de-

fensa de los derechos humanos, personales y sociales, de las personas y de los pueblos empobrecidos.

– El compromiso de personas e instituciones en la promoción de políticas sociales que eviten formas de discriminación ofensivas a la dignidad y vocación de la mujer en la esfera social<sup>10</sup>.

– El protagonismo que están asumiendo las mujeres en muchos países del sur empobrecido, para sacar sus familias adelante y abrir caminos hacia un orden social nuevo, como reconocen los Obispos africanos<sup>11</sup>.

Contemplando el don de la Eucaristía en este *Día de la Caridad*, os invitamos a entrar en su misterio y a dejaros configurar por él, para que todo el caudal de amor y de vida generosamente en-

tregados por el Señor, y ofrecido por cuantos entran en comunión con él, constituyan para todos, especialmente para los más pobres, una fuente permanente de esperanza.

De manera muy particular os invitamos este año a secundar la campaña de Cáritas trabajando decididamente para que la igualdad de derechos entre hombres y mujeres pase de ser un derecho formal a ser un derecho real que configure relaciones personales y sociales de igualdad en los distintos ámbitos de la vida.

Lo hacemos confiando en la fuerza que nos da la comunión en el Señor y con la esperanza cierta de que, como dice Benedicto XVI, “*la injusticia de la historia no puede ser en absoluto la última palabra*”<sup>12</sup>.

25 de mayo de 2008

## NOTAS:

1 Benedicto XVI, Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis*, 1

2 Cfr Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, n.1.

3 Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 26.

4 Ibid.

5 Cfr. Mt 26, 26-28; Jn 15,3; 1Cor 10,17; 11, 17-34; Cfr. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 59.

6 Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 35.

7 Consejo Pontificio *Justitia et Pax*, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, nº 146.

8 Entre 40.000 y 50.000 mujeres son explotadas en España todos los años, la mayor parte de ellas extranjeras, según informó en Viena la Red Española contra la Trata de Personas.

9 Son datos de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE).

10 Consejo Pontificio *Justitia et Pax*, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, nº 295.

11 Cfr Jean Zerbo, Carta Pastoral *El desarrollo en África, principales actores*, Barnako, mayo 2007. Esta carta fue ratificada posteriormente por la Conferencia Episcopal Maliense y, en octubre de 2007, por las Conferencias Episcopales Africanas.

12 Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 43.

## NOMBRAMIENTO EPISCOPAL

**El sacerdote Gerardo Melgar Viciosa ha sido nombrado Obispo de Osma-Soria.**

*Es en la actualidad el Vicario General de la diócesis de Palencia.*

La Nunciatura Apostólica en España comunica que hoy, jueves 1 de mayo, la Santa Sede ha hecho público que el Papa Benedicto XVI ha nombrado Obispo de la diócesis de Osma-Soria a D. Gerardo Melgar Viciosa, en la actualidad Vicario General de Palencia. La diócesis de Osma-Soria estaba vacante tras el nombramiento de Mons. D. Vicente Jiménez Zamora como Obispo de Santander, el 27 de julio de 2007. Desde entonces, ha estado al frente del gobierno de la diócesis, como Administrador Diocesano, D. David Gonzalo Millán.

Vicario General de la diócesis de Palencia D. Gerardo Melgar Viciosa nació en Cervatos de la Cueva, diócesis de Palencia, el 24 de septiembre de 1948. Realizó su formación humanística, filosófica y teológica en los Seminarios Menor y Mayor de Palencia. Entre los años 1974 y 1976 perfeccionó sus estudios en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, obteniendo la Licenciatura en Teología. Habla italiano y conoce inglés y francés.

Ordenado sacerdote en Palencia el 20 de junio de 1973, comenzó sus tareas pastorales como cura ecónomo de Polentinos, Vañes, San Felices, Celada y Herruela y coadjutor de la parroquia San Lázaro de Palencia. En el Seminario Menor de Palencia, en Carrión de los Condes, fue Formador (1977-1982) y Rector (1982-1987).

En la diócesis de Palencia ha desempeñado diversos cargos pastorales como Vicario parroquial, Vicario de pastoral, párroco, confesor ordinario del Seminario Menor y Delegado diocesano de pastoral familiar.

Desde el 21 de enero de 2006 al 10 de septiembre de 2006 fue Administrador Apostólico de Palencia, tras el nombramiento de Mons. D. Rafael Palmero como Obispo de Orihuela-Alicante. En agosto de 2005, fue nombrado Vicario General de la diócesis de Palencia, confirmado en el cargo por el nuevo Obispo, Mons. D. José Ignacio Munilla, el 10 de septiembre de 2006.

Madrid, 1 de mayo de 2008





IGLESIA UNIVERSAL

---



IGLESIA UNIVERSALSANTO PADRE, BENEDICTO XVI

## REGINA CAELI

*Domingo de la Ascensión del Señor,  
4 de mayo de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy se celebra en varios países, entre los cuales Italia, la solemnidad de la Ascensión de Cristo al cielo, misterio de la fe que el libro de los *Hechos de los Apóstoles* sitúa cuarenta días después de la resurrección (cf. *Hch* 1, 3-11); por eso, en el Vaticano y en algunas naciones del mundo, ya se celebró el jueves pasado. Después de la Ascensión, los primeros discípulos permanecieron reunidos en el Cenáculo, en torno a la Madre de Jesús, en ferviente espera del don del Espíritu Santo, prometido por Jesús (cf. *Hch* 1, 14). En este primer domingo de mayo, mes mariano, también nosotros revivimos esta experiencia, experimentando más intensamente la presencia espiritual de María. La plaza de San Pedro se presenta hoy como un “cenáculo” al aire libre, lleno de fieles, en gran parte miembros de la Acción católica italiana, a los cuales me dirigiré después de la oración mariana del *Regina caeli*.

En sus discursos de despedida a los discípulos, Jesús insistió mucho en la importancia de su “regreso al Padre”, coronamiento de toda su misión. En

efecto, vino al mundo para llevar al hombre a Dios, no en un plano ideal -como un filósofo o un maestro de sabiduría-, sino realmente, como pastor que quiere llevar a las ovejas al redil. Este “éxodo” hacia la patria celestial, que Jesús vivió personalmente, lo afrontó totalmente por nosotros. Por nosotros descendió del cielo y por nosotros ascendió a él, después de haberse hecho semejante en todo a los hombres, humillado hasta la muerte de cruz, y después de haber tocado el abismo de la máxima lejanía de Dios.

Precisamente por eso, el Padre se complació en él y lo “exaltó” (*Flp* 2, 9), restituyéndole la plenitud de su gloria, pero ahora con nuestra humanidad. Dios en el hombre, el hombre en Dios: ya no se trata de una verdad teórica, sino real. Por eso la esperanza cristiana, fundamentada en Cristo, no es un espejismo, sino que, como dice la *carta a los Hebreos*, “en ella tenemos como una ancla de nuestra alma” (*Hb* 6, 19), una ancla que penetra en el cielo, donde Cristo nos ha precedido.

¿Y qué es lo que más necesita el hombre de todos los tiempos, sino esto: una sólida ancla para su vida? He aquí nuevamente el sentido estupendo de la pre-

sencia de María en medio de nosotros. Dirigiendo la mirada a ella, como los primeros discípulos, se nos remite inmediatamente a la realidad de Jesús: la Madre remite al Hijo, que ya no está físicamente entre nosotros, sino que nos espera en la casa del Padre. Jesús nos invita a no quedarnos mirando hacia lo alto, sino a estar juntos, unidos en la oración, para invocar el don del Espíritu Santo. En efecto, sólo a quien “nace de lo alto”, es decir, del Espíritu Santo, se le abre la entrada en el reino de los cielos (cf. *Jn* 3, 3-5), y la primera “nacida de lo alto” es precisamente la Virgen María. Por tanto, nos dirigimos a ella en la plenitud de la alegría pascual.

*Plaza de San Pedro, Domingo, 11 de mayo de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Celebramos hoy la solemnidad de Pentecostés, antigua fiesta judía en la que se recordaba la Alianza sellada por Dios con su pueblo en el monte Sinaí (cf. *Ex* 19). Se convirtió también en fiesta cristiana precisamente por lo que sucedió en esa ocasión, cincuenta días después de la Pascua de Jesús. Leemos en los *Hechos de los Apóstoles* que los discípulos estaban reunidos en oración en el Cenáculo cuando descendió sobre ellos con fuerza el Espíritu Santo, como viento y fuego. Entonces se lanzaron a anunciar en muchas lenguas la buena nueva de la resurrección de Cristo (cf.

*Hch* 2, 1-4). Ése fue el «bautismo en el Espíritu Santo», que había sido anunciado por Juan Bautista: «Yo os bautizo en agua -decía a las multitudes-, pero aquél que viene detrás de mí es más fuerte que yo. (...) Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego» (*Mt* 3, 11).

En efecto, toda la misión de Jesús estaba orientada a donar el Espíritu de Dios a los hombres y a bautizarlos en su “baño” de regeneración. Esto se realizó con su glorificación (cf. *Jn* 7, 39), es decir, mediante su muerte y resurrección. Entonces el Espíritu de Dios se derramó de modo sobreabundante, como una cascada capaz de purificar todos los corazones, de apagar el incendio del mal y de encender en el mundo el fuego del amor divino.

Los *Hechos de los Apóstoles* presentan Pentecostés como cumplimiento de esa promesa y, por tanto, como coronamiento de toda la misión de Jesús. Él mismo, después de su resurrección, ordenó a los discípulos que permanecieran en Jerusalén, porque -dijo- «vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días» (*Hch* 1, 5); y añadió: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8).

Por tanto, Pentecostés es, de modo especial, el bautismo de la Iglesia que emprende su misión universal comenzando por las calles de Jerusalén, con la prodigiosa predicación en las diversas

lenguas de la humanidad. En este bautismo de Espíritu Santo son inseparables las dimensiones personal y comunitaria, el “yo” del discípulo y el “nosotros” de la Iglesia. El Espíritu consagra a la persona y, al mismo tiempo, la convierte en miembro vivo del Cuerpo místico de Cristo, partícipe de la misión de testimoniar su amor. Y esto se realiza mediante los sacramentos de la iniciación cristiana: el Bautismo y la Confirmación.

En mi Mensaje para la próxima Jornada mundial de la juventud de 2008 propuse a los jóvenes que redescubran la presencia del Espíritu Santo en su vida y, por tanto, la importancia de estos sacramentos. Hoy quisiera extender esta invitación a todos: redescubramos, queridos hermanos y hermanas, la belleza de haber sido bautizados en el Espíritu Santo; volvamos a tomar conciencia de nuestro Bautismo y de nuestra Confirmación, manantiales de gracia siempre actual.

Pidamos a la Virgen María que obtenga también hoy para la Iglesia un renovado Pentecostés, que infunda en todos, de modo especial en los jóvenes, la alegría de vivir y testimoniar el Evangelio.

*Domingo, 25 de mayo de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

En Italia y en diversos países, se celebra hoy la solemnidad del *Corpus*

*Christi*, que en el Vaticano y en otras naciones ya se celebró el jueves pasado. Es la fiesta de la Eucaristía, don maravilloso de Cristo, que en la última Cena quiso dejarnos el memorial de su Pascua, el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, prenda de su inmenso amor por nosotros.

Hace una semana, nuestra mirada se centraba en el misterio de la santísima Trinidad; hoy, estamos invitados a fijarla en la Hostia santa: es Dios mismo, es el Amor mismo. Ésta es la belleza de la verdad cristiana: el Creador y Señor de todas las cosas se hizo “grano de trigo” para ser sembrado en nuestra tierra, en los surcos de nuestra historia; se hizo pan para ser partido, compartido, comido; se hizo nuestro alimento para darnos la vida, su misma vida divina. Nació en Belén, que en hebreo significa “Casa del pan”; y, cuando comenzó a predicar a las multitudes, reveló que el Padre lo había mandado al mundo como “pan vivo, bajado del cielo”, como “pan de vida”.

La Eucaristía es escuela de caridad y solidaridad. Quien se alimenta del Pan de Cristo no puede permanecer indiferente ante quienes, también en nuestros días, carecen del pan de cada día. Muchos padres de familia a duras penas logran conseguirlo para sí y para sus hijos. Es un problema cada vez más urgente, que la comunidad internacional no logra resolver del todo. La Iglesia no sólo reza: “danos hoy nuestro pan de cada día”, sino que, siguiendo el

ejemplo de su Señor, se compromete de todos los modos posibles a “multiplicar los cinco panes y los dos peces” con innumerables iniciativas de promoción humana y de comunión, para que a nadie le falte lo necesario para vivir.

Queridos hermanos y hermanas, que la fiesta del *Corpus Christi* sea una ocasión para incrementar esta atención concreta a los hermanos, especialmente a los pobres. Que nos obtenga esta gracia la Virgen María, cuya carne y sangre tomó el Hijo de Dios, como repetimos en un célebre himno eucarístico, al que pusieron música los más grandes com-

positores: “*Ave verum corpus, natum de Maria Virgine*”, y que concluye con la invocación: “*O Iesu dulcis, o Iesu pie, o Iesu fili Mariae!*”.

María, que, al llevar en su seno a Jesús, fue el “sagrario” vivo de la Eucaristía, nos comunique su misma fe en el santo misterio del Cuerpo y la Sangre de su Hijo divino, para que sea verdaderamente el centro de nuestra vida. En torno a ella, nos volveremos a encontrar el próximo sábado 31 de mayo, a las 20.00 horas, en la plaza de San Pedro, para una celebración especial como conclusión del mes mariano.

## AUDIENCIAS GENERALES

***Miércoles, 7 de mayo de 2008.***

***Palabras al Patriarca Karekin II***

Con gran alegría saludo hoy a Su Santidad el Catholicós Karekin II, Patriarca supremo de todos los armenios, y a la distinguida delegación que lo acompaña. Santidad, rezo para que la luz del Espíritu Santo ilumine su peregrinación a las tumbas de los apóstoles san Pedro y san Pablo, los importantes encuentros que celebrará aquí y, en particular, nuestras conversaciones personales.

Pido a todos los presentes que recen para que Dios bendiga esta visita.

Santidad, le doy las gracias por su compromiso personal para hacer que

crezca la amistad entre la Iglesia apostólica armenia y la Iglesia católica. En el año 2000, poco después de su elección, usted vino a Roma para reunirse con el Papa, Juan Pablo II y, un año después, lo recibió en la santa Echmiadzin. Con motivo de su funeral, vino usted de nuevo a Roma, junto con numerosos líderes eclesiales de Oriente y de Occidente. Estoy seguro de que este espíritu de amistad se profundizará aún más en los próximos días.

En una hornacina exterior de la basílica de San Pedro se encuentra una bella estatua de san Gregorio, el Iluminador, fundador de la Iglesia armenia. Nos recuerda las duras persecuciones que han sufrido los cristianos arme-

nios, en particular, durante el siglo pasado. Los numerosos mártires de Armenia son un signo de la fuerza del Espíritu Santo, que actúa en tiempos de oscuridad, y una prenda de esperanza para los cristianos de todas las partes del mundo.

Santidad, queridos obispos y queridos amigos, junto con vosotros imploro a Dios todopoderoso, por intercesión de san Gregorio, el Iluminador, que nos ayude a crecer en la unidad, en el único y santo vínculo de la fe, la esperanza, y el amor cristianos.

### ***La acción del Espíritu Santo al servicio de la unidad***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Como veis, se encuentra entre nosotros esta mañana Su Santidad Karekin II, Patriarca supremo y Catholicós de todos los armenios, acompañado por una distinguida delegación. Expreso de nuevo mi alegría por haberlo podido acoger esta mañana: su presencia reaviva en nosotros la esperanza de la unidad plena de todos los cristianos. Aprovecho la oportunidad para darle las gracias también por la amable acogida que dispensó recientemente en Armenia a mi cardenal secretario de Estado. Para mí es un placer recordar la inolvidable visita que el Catholicós hizo a Roma en el año 2000, poco después de su elección. Durante su en-

cuentro con él, mi querido predecesor, Juan Pablo II, le entregó una insigne reliquia de san Gregorio, el Iluminador, y a continuación viajó a Armenia para devolverle la visita.

Es conocido el compromiso de la Iglesia apostólica armenia en favor del diálogo ecuménico y estoy seguro de que también esta visita del venerado Patriarca supremo y Catholicós de todos los armenios contribuirá a intensificar las relaciones de amistad fraterna que unen a nuestras Iglesias. Estos días de preparación inmediata para la solemnidad de Pentecostés nos impulsan a reavivar la esperanza en la ayuda del Espíritu Santo para avanzar por el camino del ecumenismo. Tenemos la certeza de que el Señor Jesús no nos abandona nunca en la búsqueda de la unidad, dado que su Espíritu actúa incansablemente para apoyar nuestros esfuerzos orientados a superar toda división y a volver a coser todo desgarró en el tejido vivo de la Iglesia.

Esto es precisamente lo que Jesús prometió a los discípulos en los últimos días de su misión terrena, como acabamos de escuchar en el pasaje del Evangelio: les aseguró la asistencia del Espíritu Santo, que él mandaría para que siguiera haciéndoles experimentar su presencia (cf. *Jn* 14, 16-17). Esta promesa se hizo realidad cuando, tras la resurrección, Jesús entró en el Cenáculo, saludó a los discípulos con las palabras: “La paz esté con vosotros” y, soplando sobre ellos, les dijo: “Recibid

el Espíritu Santo” (Jn 20, 22). Les autorizaba a perdonar los pecados. Por tanto, el Espíritu Santo se presenta como fuerza del perdón de los pecados, de renovación de nuestro corazón y de nuestra vida; así renueva la tierra y crea unidad donde había división.

Después, en la fiesta de Pentecostés, el Espíritu Santo se manifiesta mediante otros signos: un viento impetuoso, lenguas de fuego, y los Apóstoles hablando todas las lenguas. Éste es un signo de que la dispersión de Babilonia, fruto de la soberbia que separa a los hombres, ha quedado superada por el Espíritu, que es caridad y da unidad en la diversidad. Desde el primer momento de su existencia la Iglesia habla todas las lenguas -gracias a la fuerza del Espíritu Santo y a las lenguas de fuego- y vive en todas las culturas, no destruye nada de los diversos dones, de los diferentes carismas, sino que lo reúne todo en una nueva y gran unidad que reconcilia: la unidad y la variedad.

El Espíritu Santo, que es la caridad eterna, el vínculo de la unidad en la Trinidad, une con su fuerza en la caridad divina a los hombres dispersos, creando así la grande y multiforme comunidad de la Iglesia en todo el mundo. En los días que pasaron entre la Ascensión del Señor y el domingo de Pentecostés, los discípulos estaban reunidos con María en el Cenáculo para orar. Sabían que por sí solos no podían crear, organizar la Iglesia: la Iglesia debe nacer y organizarse por iniciativa divina; no es

una criatura nuestra, sino un don de Dios. Sólo así crea también unidad, una unidad que debe crecer. La Iglesia en todo tiempo -y de modo especial en estos nueve días entre la Ascensión y Pentecostés- se une espiritualmente en el Cenáculo con los apóstoles y con María para implorar incesantemente la efusión del Espíritu Santo. Así, impulsada por su viento impetuoso, será capaz de anunciar el Evangelio hasta los últimos confines de la tierra.

Precisamente por eso, a pesar de las dificultades y las divisiones, los cristianos no pueden resignarse ni caer en el desaliento. El Señor nos pide perseverar en la oración para mantener viva la llama de la fe, de la caridad y de la esperanza, de las que se alimenta el anhelo de unidad plena. *Ut unum sint!*, dice el Señor. En nuestro corazón resuena siempre esta invitación de Cristo; una invitación que renové en mi reciente viaje apostólico a Estados Unidos, donde puse de relieve la centralidad de la oración en el movimiento ecuménico.

En este tiempo de globalización, y al mismo tiempo de fragmentación, “sin oración las estructuras, las instituciones y los programas ecuménicos quedarían despojados de su corazón y de su alma” (*Encuentro ecuménico en la iglesia de San José*, Nueva York, 18 de abril de 2008: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de abril de 2008, p. 15). Demos gracias al Señor por las metas alcanzadas en el diálogo ecuménico por la acción del

Espíritu Santo; seamos dóciles al escuchar su voz, para que nuestro corazón, lleno de esperanza, recorra sin pausa el camino que lleva a la comunión plena de todos los discípulos de Cristo.

San Pablo, en la carta a los *Gálatas*, recuerda que “el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (*Ga* 5, 22-23). Éstos son los dones del Espíritu Santo que invocamos también hoy para todos los cristianos, a fin de que en el servicio común y generoso al Evangelio sean en el mundo signo del amor de Dios a la humanidad. Dirijamos, con confianza, la mirada a María, santuario del Espíritu Santo, y por su intercesión pidamos: “Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”. Amén.

***Miércoles, 14 de mayo de 2008***  
***Dionisio Areopagita***

*Queridos hermanos y hermanas:*

En el curso de las catequesis sobre los Padres de la Iglesia, quiero hablar hoy de una figura muy misteriosa: un teólogo del siglo VI, cuyo nombre se desconoce, y que escribió bajo el seudónimo de Dionisio Areopagita. Con este seudónimo aludía al pasaje de la Escritura que acabamos de escuchar, es decir, el episodio narrado por san Lucas en el capítulo XVII de los *Hechos*

*de los Apóstoles*, donde se cuenta que Pablo predicó en Atenas, en el Areópago, dirigiéndose a una élite del gran mundo intelectual griego, pero al final la mayoría de los que le escuchaban no se mostró interesada, y se alejó burlándose de él; sin embargo, unos cuantos, pocos, como nos dice san Lucas, se acercaron a san Pablo abriéndose a la fe. El evangelista nos revela dos nombres: Dionisio, miembro del Areópago, y una mujer llamada Damaris.

Si el autor de estos libros escogió cinco siglos después el seudónimo de Dionisio Areopagita, quiere decir que tenía la intención de poner la sabiduría griega al servicio del Evangelio, promover el encuentro entre la cultura y la inteligencia griega y el anuncio de Cristo; quería hacer lo que pretendía aquel Dionisio, es decir, que el pensamiento griego se encontrara con el anuncio de san Pablo; siendo griego, quería hacerse discípulo de san Pablo y de este modo discípulo de Cristo.

¿Por qué ocultó su nombre, escogiendo este seudónimo? En parte, ya hemos respondido: quería expresar esa intención fundamental de su pensamiento. Pero hay dos hipótesis sobre este anonimato y sobre su seudónimo. Según la primera, se trataba de una falsificación voluntaria, a través de la cual, fechando sus obras en el primer siglo, en tiempos de san Pablo, quería dar a su producción literaria una autoridad casi apostólica.

Pero hay otra hipótesis mejor, pues la anterior me parece poco creíble: lo hizo así por humildad. No quería dar gloria a su nombre, no quería erigir un monumento a sí mismo con sus obras, sino realmente servir al Evangelio, crear una teología eclesial, no individual, basada en sí mismo. En realidad logró elaborar una teología que ciertamente podemos fechar en el siglo VI, pero no la podemos atribuir a una de las figuras de esa época; no es una teología “individualizada”; se trata de una teología que expresa un pensamiento y un lenguaje común.

En un tiempo de acérrimas polémicas tras el Concilio de Calcedonia, él, por el contrario, en su séptima *Carta*, dice: “No quisiera hacer polémica; hablo simplemente de la verdad, busco la verdad”. Y la luz de la verdad por sí misma hace que caigan los errores y que resplandezca lo que es bueno. Con este principio purificó el pensamiento griego y lo puso en relación con el Evangelio. Este principio, que afirma en su séptima *Carta*, también es expresión de un auténtico espíritu de diálogo: no hay que buscar las cosas que separan, sino la verdad en la Verdad misma; ésta, después, resplandece, y hace que caigan los errores.

Por tanto, a pesar de que la teología de este autor no es “personal”, sino realmente eclesial, podemos situarla en el siglo VI. ¿Por qué? El espíritu griego, que puso al servicio del Evangelio, lo encontró en los libros de Proclo, fa-

llecido en el año 485 en Atenas: este autor pertenecía al platonismo tardío, una corriente de pensamiento que había transformado la filosofía de Platón en una especie de religión, cuya finalidad consistía fundamentalmente en crear una gran apología del politeísmo griego y volver, tras el éxito del cristianismo, a la antigua religión griega. Quería demostrar que, en realidad, las divinidades eran las fuerzas que actuaban en el cosmos. La consecuencia era que debía considerarse más verdadero el politeísmo que el monoteísmo, con un solo Dios creador.

Proclo presentaba un gran sistema cósmico de divinidades, de fuerzas misteriosas, según el cual, en este cosmos deificado, el hombre podía encontrar el acceso a la divinidad. Ahora bien, hacía una distinción entre las sendas de los sencillos -los cuales no eran capaces de elevarse a las cumbres de la verdad, sino que les bastaban ciertos ritos-, y los caminos de los sabios, que por el contrario debían purificarse para llegar a la luz pura.

Como se puede ver, este pensamiento es profundamente anticristiano. Es una reacción tardía contra la victoria del cristianismo. Un uso anticristiano de Platón, mientras ya se realizaba una lectura cristiana del gran filósofo. Es interesante constatar cómo este pseudo-Dionisio se atrevió a servirse precisamente de este pensamiento para mostrar la verdad de Cristo; para transformar este universo politeísta en un

cosmos creado por Dios, en la armonía del cosmos de Dios, donde todas las fuerzas alaban a Dios, y mostrar esta gran armonía, esta sinfonía del cosmos, que va desde los serafines, los ángeles y los arcángeles, hasta el hombre y todas las criaturas, que juntas reflejan la belleza de Dios y alaban a Dios.

Así transformó la imagen politeísta en un elogio del Creador y de su criatura. De este modo, podemos descubrir las características esenciales de su pensamiento: ante todo, es una alabanza cósmica. Toda la creación habla de Dios, es un elogio de Dios. Siendo la criatura una alabanza de Dios, la teología del seudo-Dionisio se convierte en una teología litúrgica: a Dios se le encuentra sobre todo alabándolo, no sólo reflexionando; y la liturgia no es algo construido por nosotros, algo inventado para hacer una experiencia religiosa durante cierto período de tiempo; consiste en cantar con el coro de las criaturas y entrar en la realidad cósmica misma. Así la liturgia, aparentemente sólo eclesial, se ensancha y amplía, nos une en el lenguaje de todas las criaturas. El seudo-Dionisio nos dice: no se puede hablar de Dios de manera abstracta; hablar de Dios es siempre -lo dice con una palabra griega-, «hymnein», cantar himnos para Dios con el gran canto de las criaturas, que se refleja y concreta en la alabanza litúrgica.

Sin embargo, aunque su teología sea cósmica, eclesial y litúrgica, también es profundamente personal. Creó la pri-

mera gran teología mística. Más aún, la palabra “mística” adquiere con él un nuevo significado. Hasta esa época para los cristianos esta palabra equivalía a la palabra “sacramental”, es decir, lo que pertenece al «mysterion», al sacramento. Con él, la palabra “mística” se hace más personal, más íntima: expresa el camino del alma hacia Dios.

Y, ¿cómo encontrar a Dios? Aquí observamos nuevamente un elemento importante en su diálogo entre la filosofía griega y el cristianismo, en particular, la fe bíblica. Aparentemente lo que dice Platón y lo que dice la gran filosofía sobre Dios es mucho más elevado, mucho más verdadero; la Biblia parece bastante “bárbara”, simple, pre-crítica, se diría hoy; pero él constata que precisamente esto es necesario para que de este modo podamos comprender que los conceptos más elevados sobre Dios no llegan nunca hasta su auténtica grandeza; son siempre impropios.

En realidad, estas imágenes nos hacen comprender que Dios está por encima de todos los conceptos; en la sencillez de las imágenes encontramos más verdad que en los grandes conceptos. El rostro de Dios es nuestra incapacidad para expresar realmente lo que él es. De este modo el seudo-Dionisio habla de una “teología negativa”. Es más fácil decir lo que no es Dios, que expresar lo que es realmente. Sólo a través de estas imágenes podemos adivinar su verdadero rostro y, por otra parte, este rostro de Dios es muy concreto: es Jesucristo.

Y aunque Dionisio, siguiendo a Proclo, nos muestra la armonía de los coros celestiales, de manera que parece que todos dependen de todos, no deja de ser verdad que nuestro camino hacia Dios queda muy lejos de él; el seudo-Dionisio demuestra que, al final, el camino hacia Dios es Dios mismo, el cual se hace cercano a nosotros en Jesucristo.

Así, una teología grande y misteriosa se hace también muy concreta, tanto en la interpretación de la liturgia como en la reflexión sobre Jesucristo: con todo ello, este Dionisio Areopagita ejerció una gran influencia en toda la teología medieval, en toda la teología mística de Oriente y de Occidente. En cierto sentido, en el siglo XIII fue redescubierto sobre todo por san Buenaventura, el gran teólogo franciscano, que en esta teología mística encontró el instrumento conceptual para interpretar la herencia tan sencilla y profunda de san Francisco: el "Poverello", al igual que Dionisio, nos dice en definitiva que el amor ve más que la razón. Donde está la luz del amor, las tinieblas de la razón se disipan; el amor ve, el amor es ojo y la experiencia nos da mucho más que la reflexión.

San Buenaventura vio en san Francisco lo que significa esta experiencia: es la experiencia de un camino muy humilde, muy realista, día tras día; es seguir a Cristo, aceptando su cruz. En esta pobreza y en esta humildad, en la humildad que se vive también en la eclesialidad, se hace una experiencia de Dios más elevada que la que se alcan-

za a través de la reflexión: en ella, realmente tocamos el corazón de Dios.

Hoy Dionisio Areopagita tiene una nueva actualidad: se presenta como un gran mediador en el diálogo moderno entre el cristianismo y las teologías místicas de Asia, cuya característica consiste en la convicción de que no se puede decir quién es Dios; de él sólo se puede hablar de forma negativa; de Dios sólo se puede hablar con el "no", y sólo es posible llegar a él entrando en esta experiencia del "no". Aquí se ve una cercanía entre el pensamiento del Areopagita y el de las religiones asiáticas; puede ser hoy un mediador, como lo fue entre el espíritu griego y el Evangelio.

De este modo se ve que el diálogo no acepta la superficialidad. Precisamente cuando uno entra en la profundidad del encuentro con Cristo, se abre también un amplio espacio para el diálogo. Cuando uno encuentra la luz de la verdad, se da cuenta de que es una luz para todos; desaparecen las polémicas y resulta posible entenderse unos a otros o al menos hablar unos con otros, acercarse. El camino del diálogo consiste precisamente en estar cerca de Dios en Cristo, en la profundidad del encuentro con él, en la experiencia de la verdad, que nos abre a la luz y nos ayuda a salir al encuentro de los demás: la luz de la verdad, la luz del amor.

En fin de cuentas, nos dice: tomad cada día el camino de la experiencia,

de la experiencia humilde de la fe. Entonces, el corazón se hace grande y también puede ver e iluminar a la razón para que vea la belleza de Dios. Pidamos al Señor que nos ayude a poner también hoy al servicio del Evangelio la sabiduría de nuestro tiempo, redescubriendo la belleza de la fe, el encuentro con Dios en Cristo.

***Miércoles, 21 de mayo de 2008***  
***Romano el Meloda***

*Queridos hermanos y hermanas:*

En la serie de catequesis sobre los Padres de la Iglesia, quiero hablar hoy de una figura poco conocida: Romano el Meloda, que nació en torno al año 490 en Emesa (hoy Homs), en Siria. Teólogo, poeta y compositor, pertenece al gran grupo de teólogos que transformó la teología en poesía. Pensamos en su compatriota, san Efrén de Siria, que vivió doscientos años antes que él. Y pensamos también en teólogos de Occidente, como san Ambrosio, cuyos himnos todavía hoy forman parte de nuestra liturgia y siguen tocando el corazón; o en un teólogo, un pensador muy profundo, como santo Tomás, que nos ha dejado los himnos de la fiesta del *Corpus Christi* de mañana; pensamos en san Juan de la Cruz y en otros muchos. La fe es amor y por ello crea poesía y crea música. La fe es alegría y por ello crea belleza.

Romano el Meloda es uno de estos, un poeta y compositor teólogo. Aprendió los primeros elementos de la cultura griega y siríaca en su ciudad natal, se trasladó a Berito (Beirut), perfeccionando allí su formación clásica y sus conocimientos retóricos. Ordenado diácono permanente (en torno al año 515), fue predicador en esa ciudad durante tres años. Después se fue a Constantinopla, hacia fines del reino de Anastasio I (alrededor del año 518), y allí se estableció en el monasterio anexo a la iglesia de la *Theotókos*, Madre de Dios.

Allí tuvo lugar un episodio clave en su vida: el *Sinaxario* nos informa sobre la aparición de la Madre de Dios en sueños y sobre el don del carisma poético. En efecto, María le pidió que se tragara una hoja enrollada. Al despertar, a la mañana siguiente -era la fiesta de la Navidad-, Romano se puso a declamar desde el ambón: "Hoy la Virgen da a luz al Trascendente" (*Himno sobre la Navidad I, Proemio*). De este modo, se convirtió en predicador-cantor hasta su muerte (acontecida después del año 555).

Romano ha pasado a la historia como uno de los más representativos autores de himnos litúrgicos. Para los fieles, la homilía era entonces prácticamente la única oportunidad de enseñanza catequética. Así, Romano se presenta como un testigo eminente del sentimiento religioso de su época y también de un modo vivo y original de catequesis. A

través de sus composiciones podemos darnos cuenta de la creatividad de esta forma de catequesis, de la creatividad del pensamiento teológico, de la estética y de la himnografía sagrada de aquella época.

El lugar en el que Romano predicaba era un santuario de las afueras de Constantinopla: subía al ambón, colocado en el centro de la iglesia, y se dirigía a la comunidad recurriendo a una escenografía bastante compleja: montaba representaciones en las paredes o ponía iconos sobre el ambón y también utilizaba el recurso del diálogo. Pronunciaba homilías métricas cantadas, llamadas *kontákia*. Al parecer, el término *kontákion*, “pequeña vara”, hace referencia al pequeño palo redondo en torno al cual se envolvía el rollo de un manuscrito litúrgico o de otro tipo. Los *kontákia* que se han conservado con el nombre de Romano son ochenta y nueve, pero la tradición le atribuye mil.

En Romano, cada *kontákion* se compone de estrofas, por lo general de dieciocho a veinticuatro, con el mismo número de sílabas, estructuradas según el modelo de la primera estrofa (*irmo*); también los acentos rítmicos de los versos de todas las estrofas siguen el modelo del *irmo*. Cada estrofa concluye con un estribillo (*efimnio*), por lo general idéntico, para crear la unidad poética. Además, las iniciales de cada estrofa indican el nombre del autor (*acróstico*), precedido frecuentemente por el adje-

tivo “humilde”. El himno se concluye con una oración que hace referencia a los hechos celebrados o evocados. Al terminar la lectura bíblica, Romano cantaba el *Proemio*, casi siempre en forma de oración o súplica. Así anunciaba el tema de la homilía y explicaba el *estribillo* que se debía repetir en coro al final de cada estrofa, declamada por él rítmicamente en voz alta.

Un ejemplo significativo es el *kontákion* con motivo del Viernes de Pasión: se trata de un diálogo entre María y su Hijo, que tiene lugar en el camino de la cruz. María dice: “¿A dónde vas, hijo? ¿Por qué recorres tan rápidamente el camino de tu vida? / Nunca habría pensado, hijo mío, que te vería en este estado, / y nunca habría podido imaginar que llegarían a este grado de locura los impíos, / poniéndote las manos encima contra toda justicia”. Jesús responde: “¿Por qué lloras, Madre mía? (...). ¿No debería padecer? ¿No debería morir? / Entonces, ¿cómo podría salvar a Adán?”. El Hijo de María consuela a su Madre, pero le recuerda su papel en la historia de la salvación: “Depón, por tanto, Madre; depón tu dolor: / no está bien que gimas, pues fuiste llamada “llena de gracia”” (*María al pie de la cruz*, 1-2; 4-5).

Asimismo, en el himno sobre el sacrificio de Abraham, Sara se reserva la decisión sobre la vida de Isaac. Abraham dice: “Cuando Sara escuche, Señor mío, todas tus palabras, / al conocer tu voluntad, me dirá: / “Si quien nos lo ha

dado lo vuelve a tomar, ¿por qué nos lo ha dado? / (...) Tú, oh anciano, déjame a mi hijo, / y cuando lo quiera quien te ha llamado, tendrá que decírmelo a mí” (*El sacrificio de Abraham*, 7).

Romano no usa el griego bizantino solemne de la corte, sino un griego sencillo, cercano al lenguaje del pueblo. Quiero citar un ejemplo del modo vivo y muy personal como habla del Señor Jesús: lo llama “fuente que no quema y luz contra las tinieblas”, y dice: “Yo me atrevo a tenerte en mis manos como una lámpara, / pues quien lleva un candil entre los hombres es iluminado sin quemarse. / Ilumínate, por tanto, tú que eres Luz inextinguible” (*La Presentación o Fiesta del encuentro*, 8). La fuerza de convicción de sus predicaciones se fundaba en la gran coherencia que existía entre sus palabras y su vida. En una oración dice: “Haz clara mi lengua, Salvador mío, abre mi boca / y, después de llenarla, traspasa mi corazón para que mi actuar / sea coherente con mis palabras” (*Misión de los Apóstoles*, 2).

Examinemos ahora algunos de sus temas principales. Un tema fundamental de su predicación es la unidad de la acción de Dios en la historia, la unidad entre la creación y la historia de la salvación, la unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Otro tema importante es la pneumatología, es decir, la doctrina sobre el Espíritu Santo. En la fiesta de Pentecostés subraya la continuidad que existe entre Cristo, que ha ascendido al cielo, y los Apóstoles,

es decir, la Iglesia, y exalta su acción misionera en el mundo: “Con la fuerza divina han conquistado a todos los hombres; / han tomado la cruz de Cristo como una pluma, / han utilizado las palabras como redes y con ellas han pescado al mundo, / han usado el Verbo como anzuelo agudo; / para ellos ha servido de cebo / la carne del Soberano del universo” (*Pentecostés*, 2; 18).

Naturalmente, otro tema central es la cristología. No entra en el problema de los conceptos difíciles de la teología, tan debatidos en aquel tiempo, y que rasgaron la unidad, no sólo entre los teólogos, sino también entre los cristianos en la Iglesia. Predica una cristología sencilla, pero fundamental: la cristología de los grandes Concilios. Pero sobre todo está cerca de la piedad popular -de hecho, los conceptos de los Concilios han surgido de la piedad popular y del conocimiento del corazón cristiano-; así, Romano subraya que Cristo es verdadero hombre y verdadero Dios, y al ser verdadero hombre-Dios es una sola persona, la síntesis entre creación y Creador: en sus palabras humanas escuchamos la voz del Verbo mismo de Dios. “Cristo era hombre -dice-, pero también Dios; / sin embargo, no estaba dividido en dos: es Uno, hijo de un Padre que es Uno solo” (*La Pasión*, 19).

Por lo que se refiere a la mariología, agradecido a la Virgen por el don del carisma poético, Romano la recuerda al final de casi todos los himnos y le dedica sus *kontákia* más hermosos: *Na-*

*tividad, Anunciación, Maternidad divina, Nueva Eva.*

Por último, las enseñanzas morales están relacionadas con el juicio final (cf. *Las diez vírgenes* [II]). Nos lleva hacia ese momento de la verdad de nuestra vida, la comparecencia ante el Juez justo, y por ello exhorta a la conversión haciendo penitencia y ayuno. De modo positivo, el cristiano debe practicar la caridad, la limosna. En dos himnos, *Las Bodas de Caná* y *Las diez vírgenes*, pone de relieve el primado de la caridad sobre la continencia. La caridad es la más grande de las virtudes: “Diez vírgenes poseían la virtud de la virginidad intacta, / pero para cinco de ellas el duro ejercicio no dio fruto. / Las otras brillaron con las lámparas del amor a la humanidad, / por eso las invitó el esposo” (*Las diez vírgenes*, 1).

Los cantos de Romano, el Meloda, están impregnados de humanidad palpitante, de ardor de fe y de profunda humildad. Este gran poeta y compositor nos recuerda todo el tesoro de la cultura cristiana, nacida de la fe, nacida del corazón que se ha encontrado con Cristo, con el Hijo de Dios. De este contacto del corazón con la Verdad, que es Amor, ha nacido la cultura, toda la gran cultura cristiana. Y si la fe sigue viva, esta herencia cultural no muere, sino que sigue viva y presente. Los iconos siguen hablando hoy al corazón de los creyentes; no son cosas del pasado. Las catedrales no son monumentos medievales, sino casas de vida, donde

nos sentimos “en casa”: en ellas encontramos a Dios y nos encontramos los unos con los otros. Tampoco la gran música -el canto gregoriano, o Bach o Mozart- es algo del pasado, sino que vive en la vitalidad de la liturgia y de nuestra fe.

Si la fe es viva, la cultura cristiana no se convierte en algo “pasado”, sino que sigue viva y presente. Y si la fe es viva, también hoy podemos responder al imperativo que siempre se repite en los Salmos: “Cantad al Señor un cántico nuevo”.

Creatividad, innovación, cántico nuevo, cultura nueva y presencia de toda la herencia cultural en la vitalidad de la fe no se excluyen, sino que son una sola realidad: son presencia de la belleza de Dios y de la alegría de ser hijos suyos.

***Miércoles, 28 de mayo de 2008***  
***San Gregorio Magno***

*Queridos hermanos y hermanas:*

El miércoles pasado hablé de un Padre de la Iglesia poco conocido en Occidente, Romano el Meloda; hoy quiero presentar la figura de uno de los Padres más grandes de la historia de la Iglesia, uno de los cuatro doctores de Occidente, el Papa san Gregorio, que fue Obispo de Roma entre los años 590 y 604, y que mereció de parte de la tra-

dición el título *Magnus*, Grande. San Gregorio fue verdaderamente un gran Papa y un gran doctor de la Iglesia.

Nació en Roma, en torno al año 540, en una rica familia patricia de la *gens Anicia*, que no sólo se distinguía por la nobleza de su sangre, sino también por su adhesión a la fe cristiana y por los servicios prestados a la Sede apostólica. De esta familia habían salido dos Papas: Félix III (483-492), tatarabuelo de san Gregorio, y Agapito (535-536). La casa en la que san Gregorio creció se encontraba en el *Clivus Scauri*, rodeada de solemnes edificios que atestiguan la grandeza de la antigua Roma y la fuerza espiritual del cristianismo. Los ejemplos de sus padres Gordiano y Silvia, ambos venerados como santos, y los de sus tías paternas Emilia y Tarsilia, que vivían en su misma casa como vírgenes consagradas en un camino compartido de oración y ascesis, le inspiraron elevados sentimientos cristianos.

San Gregorio ingresó pronto en la carrera administrativa, que había seguido también su padre, y en el año 572 alcanzó la cima, convirtiéndose en prefecto de la ciudad. Este cargo, complicado por la tristeza de aquellos tiempos, le permitió dedicarse en un amplio radio a todo tipo de problemas administrativos, obteniendo de ellos luz para sus futuras tareas. En particular le dejó un profundo sentido del orden y de la disciplina: cuando llegó a ser Papa, sugirió a los obispos que en

la gestión de los asuntos eclesiásticos tomaran como modelo la diligencia y el respeto que los funcionarios civiles tenían por las leyes.

Sin embargo, esa vida no le debía satisfacer, dado que, no mucho tiempo después, decidió dejar todo cargo civil para retirarse en su casa y comenzar la vida de monje, transformando la casa de la familia en el monasterio de San Andrés en el Celio. Este período de vida monástica, vida de diálogo permanente con el Señor en la escucha de su palabra, le dejó una perenne nostalgia que se manifiesta continuamente en sus homilías: en medio del agobio de las preocupaciones pastorales, lo recordará varias veces en sus escritos como un tiempo feliz de recogimiento en Dios, de dedicación a la oración, de serena inmersión en el estudio. Así pudo adquirir el profundo conocimiento de la sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia del que se sirvió después en sus obras.

Pero el retiro claustral de san Gregorio no duró mucho. La valiosa experiencia que adquirió en la administración civil en un período lleno de graves problemas, las relaciones que mantuvo con los bizantinos mientras desempeñaba ese cargo, y la estima universal que se había ganado, indujeron al Papa Pelagio a nombrarlo diácono y a enviarlo a Constantinopla como su “apocrisario” -hoy se diría “nuncio apostólico”- para acabar con los últimos restos de la controversia monofisita y,

sobre todo, para obtener el apoyo del emperador en el esfuerzo por contener la presión longobarda.

La permanencia en Constantinopla, donde junto con un grupo de monjes había reanudado la vida monástica, fue importantísima para san Gregorio, pues le permitió tener experiencia directa del mundo bizantino, así como conocer de cerca el problema de los longobardos, que después pondría a dura prueba su habilidad y su energía en el período del pontificado. Tras algunos años, fue llamado de nuevo a Roma por el Papa, quien lo nombró su secretario. Eran años difíciles: las continuas lluvias, el desbordamiento de los ríos y la carestía afligían a muchas zonas de Italia y en particular a Roma. Al final se desató la peste, que causó numerosas víctimas, entre ellas el Papa, Pelagio II. El clero, el pueblo y el senado fueron unánimes en elegirlo precisamente a él, Gregorio, como su sucesor en la Sede de Pedro. Trató de resistirse, incluso intentando la fuga, pero todo fue inútil: al final tuvo que ceder. Era el año 590.

Reconociendo que lo que había sucedido era voluntad de Dios, el nuevo Pontífice se puso inmediatamente al trabajo con empeño. Desde el principio, puso de manifiesto una visión singularmente lúcida de la realidad que debía afrontar, una extraordinaria capacidad de trabajo para resolver los asuntos tanto eclesiales como civiles, un constante equilibrio en las decisiones, incluso valientes, que su misión le

imponía. De su gobierno se conserva una amplia documentación gracias al *Registro* de sus cartas (aproximadamente 800), en las que se refleja cómo afrontaba diariamente los complejos interrogantes que llegaban a su despacho. Eran cuestiones que procedían de los obispos, de los abades, de los *clérigos*, y también de las autoridades civiles de todo orden y grado.

Entre los problemas que afligían en aquel tiempo a Italia y a Roma había uno de particular importancia tanto en el ámbito civil como en el eclesial: la cuestión longobarda. A ella dedicó el Papa todas las energías posibles en orden a una solución verdaderamente pacificadora. A diferencia del emperador bizantino, que partía del presupuesto de que los longobardos eran sólo individuos burdos y depredadores a quienes había que derrotar o exterminar, san Gregorio veía a esta gente con ojos de buen pastor, con la intención de anunciarles la palabra de salvación, entablando con ellos relaciones de fraternidad con vistas a una futura paz fundada en el respeto recíproco y en la serena convivencia entre italianos, imperiales y longobardos. Se preocupó de la conversión de los pueblos jóvenes y de la nueva organización civil de Europa: los visigodos de España, los francos, los sajones, los inmigrantes en Bretaña y los longobardos fueron los destinatarios privilegiados de su misión evangelizadora. Ayer celebramos la memoria litúrgica de san Agustín de Canterbury, jefe de un grupo de monjes a los que

san Gregorio encargó dirigirse a Bretaña para evangelizar Inglaterra.

Para obtener una paz efectiva en Roma y en Italia, el Papa se comprometió a fondo -era un verdadero pacificador-, emprendiendo una estrecha negociación con el rey longobardo Agilulfo. Esa negociación llevó a un período de tregua que duró cerca de tres años (598-601), tras los cuales, en el año 603, fue posible estipular un armisticio más estable. Este resultado positivo se logró, entre otras causas, gracias a los contactos paralelos que, entretanto, el Papa mantenía con la reina Teodolinda, que era una princesa bávara y, a diferencia de los jefes de los otros pueblos germanos, era católica, profundamente católica. Se conserva una serie de cartas del Papa san Gregorio a esta reina, en las que manifiesta su estima y su amistad hacia ella. Teodolinda consiguió, poco a poco, orientar al rey hacia el catolicismo, preparando así el camino a la paz.

El Papa se preocupó también de enviarle las reliquias para la basílica de San Juan Bautista que ella hizo construir en Monza, así como su felicitación y preciosos regalos para esa catedral con ocasión del nacimiento y del bautismo de su hijo Adaloaldo. La vicisitud de esta reina constituye un hermoso testimonio sobre la importancia de las mujeres en la historia de la Iglesia. En el fondo, los objetivos que san Gregorio perseguía constantemente eran tres: contener la expansión de los longobardos en

Italia; proteger a la reina Teodolinda de la influencia de los cismáticos y reforzar la fe católica; y mediar entre los longobardos y los bizantinos con vistas a un acuerdo que garantizara la paz en la península y a la vez permitiera llevar a cabo una acción evangelizadora entre los longobardos. Por tanto, eran dos las finalidades que buscaba en esa compleja situación: promover acuerdos en el ámbito diplomático-político y difundir el anuncio de la verdadera fe entre las poblaciones.

Junto a la acción meramente espiritual y pastoral, el Papa san Gregorio fue protagonista activo también de una múltiple actividad social. Con las rentas del conspicuo patrimonio que la Sede romana poseía en Italia, especialmente en Sicilia, compró y distribuyó trigo, socorrió a quienes se encontraban en situación de necesidad, ayudó a sacerdotes, monjes y monjas que vivían en la indigencia, pagó rescates de ciudadanos que habían caído prisioneros de los longobardos, compró armisticios y treguas. Además desarrolló, tanto en Roma como en otras partes de Italia, una atenta labor de reforma administrativa, dando instrucciones precisas para que los bienes de la Iglesia, útiles para su subsistencia y su obra evangelizadora en el mundo, se gestionaran con total rectitud y según las reglas de la justicia y de la misericordia. Exigía que los colonos fueran protegidos de los abusos de los concesionarios de las tierras de propiedad de la Iglesia y, en caso de fraude, que se les indemniza-

ra con prontitud, para que el rostro de la Esposa de Cristo no se contaminara con beneficios injustos.

San Gregorio llevó a cabo esta intensa actividad a pesar de sus problemas de salud, que lo obligaban con frecuencia a guardar cama durante largos días. Los ayunos que había practicado en los años de la vida monástica le habían ocasionado serios trastornos digestivos. Además, su voz era muy débil, de forma que a menudo tenía que encomendar al diácono la lectura de sus homilias, para que los fieles presentes en las basílicas romanas pudieran oírlo. En los días de fiesta hacía lo posible por celebrar *Missarum sollemnia*, esto es, la misa solemne, y entonces se encontraba personalmente con el pueblo de Dios, que lo apreciaba mucho porque veía en él la referencia autorizada en la

que hallaba seguridad: no por casualidad se le atribuyó pronto el título de *consul Dei*.

A pesar de las difícilísimas condiciones en las que tuvo que actuar, gracias a su santidad de vida y a su rica humanidad consiguió conquistar la confianza de los fieles, logrando para su tiempo y para el futuro resultados verdaderamente grandiosos. Era un hombre inmerso en Dios: el deseo de Dios estaba siempre vivo en el fondo de su alma y, precisamente por esto, estaba siempre muy atento al prójimo, a las necesidades de la gente de su época. En un tiempo desastroso, más aún, desesperado, supo crear paz y dar esperanza. Este hombre de Dios nos muestra dónde están las verdaderas fuentes de la paz y de dónde viene la verdadera esperanza; así se convierte en guía también para nosotros hoy.

## MENSAJES

### ***Mensaje del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en un Seminario Internacional sobre el desarme***

*Venerado hermano Señor cardenal  
RENATO RAFFAELE MARTINO  
Presidente del Consejo pontificio Justicia  
y paz*

Con vivo placer envío un cordial saludo a los participantes en el Seminario internacional organizado por el Consejo pontificio Justicia y paz sobre

el tema: «Desarme, desarrollo y paz. Perspectivas para un desarme integral», expresando profundo aprecio por una iniciativa tan oportuna. A usted, señor cardenal, y a cuantos participan en él, les aseguro mi cercanía espiritual.

El tema sobre el que vais a reflexionar es muy actual. La humanidad ha alcanzado un formidable progreso en la ciencia y en la técnica. El ingenio humano ha producido frutos inimaginables hace pocos decenios. Al mismo

tiempo, en el mundo siguen existiendo áreas sin un adecuado nivel de desarrollo humano y material; muchos pueblos y personas están privados de los derechos y las libertades más elementales. Incluso en las regiones del mundo que gozan de un elevado nivel de bienestar parecen ensancharse las bolsas de marginación y miseria.

El proceso mundial de globalización ha abierto nuevos horizontes, pero tal vez no ha dado aún los resultados esperados. Y aunque, después de los horrores de la segunda guerra mundial, la familia humana ha dado prueba de gran civilización fundando la *Organización de las Naciones Unidas*, hoy la comunidad internacional parece desorientada. En diversas áreas del mundo persisten tensiones y guerras, e incluso donde no se vive la tragedia de la guerra predominan sentimientos de miedo e inseguridad. Además, fenómenos como el terrorismo a escala mundial hacen frágil el confín entre la paz y la guerra, poniendo en serio peligro la esperanza del futuro de la humanidad.

¿Cómo responder a estos desafíos? ¿Cómo reconocer los “signos de los tiempos”? Ciertamente, hace falta una acción común en el ámbito político, económico y jurídico, pero, antes aún, es necesaria una reflexión común en el ámbito moral y espiritual; parece cada vez más urgente promover un “nuevo humanismo”, que ilumine al hombre en la comprensión de sí mismo y del sentido de su camino en la historia.

Al respecto, cuán actual es la enseñanza del siervo de Dios, Papa Pablo VI, y su propuesta de un humanismo integral, es decir, orientado a «promover a todos los hombres y a todo el hombre» (*Populorum progressio*, 14). El desarrollo no puede reducirse a un simple crecimiento económico: debe abarcar la dimensión moral y espiritual; un auténtico humanismo integral debe ser al mismo tiempo solidario, y la solidaridad es una de las expresiones más elevadas del espíritu humano; pertenece a sus deberes naturales (cf. *St 2*, 15-16) y vale tanto para las personas como para los pueblos (cf. *Gaudium et spes*, 86); de su aplicación dependen el pleno desarrollo y la paz, pues el hombre, cuando sólo busca el bienestar material permaneciendo encerrado en su propio yo, se cierra a sí mismo el camino hacia la plena realización y la auténtica felicidad.

En vuestro seminario reflexionáis sobre tres elementos interdependientes entre sí: el desarme, el desarrollo y la paz. En efecto, no se puede concebir una paz auténtica y duradera sin el desarrollo de todas las personas y de todos los pueblos: Pablo VI dijo que «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz» (*ib.*, 87). Y no se puede realizar una reducción de armamentos si antes no se elimina la raíz de la violencia, o sea, si antes el hombre no se orienta decididamente a la búsqueda de la paz, de lo bueno y de lo justo. La guerra, como toda forma de mal, tiene su origen en el corazón del hombre (cf. *Mt 15*, 19; *Mc*

7, 20-23). En este sentido, el desarme no sólo se refiere a los armamentos de los Estados, sino que también implica a todos los hombres, llamados a desarmar su corazón y a ser por doquier constructores de paz.

Mientras exista el peligro de una agresión, el armamento de los Estados será necesario por razones de legítima defensa, que constituye uno de los derechos inalienables de los Estados, pues también guarda relación con el deber de los Estados de defender la seguridad y la paz de los pueblos. Sin embargo, no parece lícito cualquier nivel de armamento, porque «cada Estado puede poseer únicamente las armas necesarias para garantizar su legítima defensa» (Consejo pontificio Justicia y paz, *El comercio internacional de armas*, Ciudad del Vaticano, 1994, p. 13). La falta de respeto de este “principio de suficiencia” conduce a la paradoja por la que los Estados amenazan la vida y la paz de los pueblos que pretenden defender; y los armamentos, en vez de ser garantía de paz, corren el riesgo de convertirse en una trágica preparación para la guerra.

Existe, además, una estrecha relación entre *desarme* y *desarrollo*. De hecho, los ingentes recursos materiales y humanos empleados en gastos militares y en armamentos se sustraen a los proyectos de desarrollo de los pueblos, especialmente de los más pobres y necesitados de ayuda. Y esto va contra lo que afirma la misma *Carta de las*

*Naciones Unidas*, que compromete a la comunidad internacional, y a los Estados en particular, a “promover el establecimiento y el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacional con el mínimo dispendio de los recursos humanos y económicos mundiales en armamentos” (art. 26).

En efecto, ya Pablo VI, en 1964, pidió a los Estados que redujeran el gasto militar de armamentos y crearan, con los recursos ahorrados de este modo, un fondo mundial destinado a proyectos de desarrollo de las personas y de los pueblos más pobres y necesitados (cf. *Mensaje a los periodistas para el mundo*, 4 de diciembre de 1964). Pero lo que está sucediendo es que la producción y el comercio de armas aumentan continuamente y desempeñan un papel impulsor en la economía mundial. Más aún, existe una tendencia a superponer la economía civil sobre la militar, como muestra la difusión continua de bienes y conocimientos para un «uso dual», o sea, para el posible doble uso, civil y militar. Este peligro es grave en los sectores biológico, químico y nuclear, en los que los programas civiles jamás serán seguros sin el abandono general y completo de los programas militares y hostiles. Por eso, renuevo el llamamiento para que los Estados reduzcan los gastos militares en armamentos y tomen seriamente en consideración la idea de crear un fondo mundial, que se destine a proyectos de desarrollo pacífico de los pueblos.

Existe igualmente una estrecha relación entre el desarrollo y la paz, en un doble sentido. En efecto, puede haber guerras desencadenadas por graves violaciones de los derechos humanos, por la injusticia y la miseria, pero no hay que descuidar el peligro de verdaderas “guerras de bienestar”, es decir, causadas por la voluntad de extender o conservar el dominio económico en perjuicio de los demás. El simple bienestar material, sin un coherente desarrollo moral y espiritual, puede cegar al hombre hasta el punto de impulsarlo a matar a su hermano (cf. *St 4*, 1 ss). Hoy, de modo aún más urgente que en el pasado, es necesaria una decidida opción de la comunidad internacional en favor de la paz. En el plano económico, es preciso hacer que la economía se oriente al servicio de la persona humana, a la solidaridad, y no sólo al lucro.

En el ámbito jurídico, los Estados están llamados a renovar su compromiso, de modo particular por el respeto de los tratados internacionales vigentes sobre el desarme y el control de todos los tipos de armas, así como por la ratificación y la consiguiente entrada en vigor de los instrumentos ya adoptados, como el *Tratado sobre la prohibición general de pruebas nucleares*, y por el éxito de las negociaciones actuales, como las que se están realizando sobre las armas de racimo, sobre el comercio de armas convencionales o sobre el material fisible. Por último, es necesario esforzarse todo lo posible contra la

proliferación de armas ligeras y de bajo calibre, que alimentan las guerras locales y la violencia urbana, y matan cada día a demasiadas personas en todo el mundo.

Sin embargo, sin una conversión del hombre al bien en el plano cultural, moral y espiritual, será difícil encontrar una solución a las diversas cuestiones de índole técnica. Todo hombre, en cualquier condición, está llamado a convertirse al bien y a buscar la paz, en su corazón, con el prójimo, en el mundo. En este sentido, sigue siendo siempre válido el magisterio del beato Papa, Juan XXIII, que indicó con claridad el objetivo de un *desarme integral*, afirmando: «Ni el cese en la carrera de armamentos, ni la reducción de las armas, ni, lo que es fundamental, el desarme general son posibles si este desarme no es absolutamente completo y llega hasta las mismas conciencias; es decir, si no se esfuerzan todos por colaborar cordial y sinceramente en eliminar de los corazones el temor y la angustiosa perspectiva de la guerra» (*Pacem in terris*, 113).

Al mismo tiempo, no hay que descuidar el efecto que los armamentos producen en el estado de ánimo y en el comportamiento del hombre, pues las armas tienden a alimentar a su vez la violencia. Pablo VI captó de modo muy agudo este aspecto en su *Discurso a la Asamblea general de las Naciones Unidas* de 1965. En aquella sede, a donde también yo me preparo para ir

en los próximos días, afirmó: «Las armas, sobre todo las terribles armas que os ha dado la ciencia moderna, antes aún de causar víctimas y ruinas, engendran malos sueños; alimentan malos sentimientos; crean pesadillas, desconfianzas, negras resoluciones; exigen enormes gastos; detienen los proyectos de solidaridad y de trabajo útil; alteran la psicología de los pueblos» (n. 5).

Como muchas veces reafirmaron mis predecesores, la paz es un don de Dios, un don valioso que hay que buscar y conservar también con medios humanos. Por consiguiente, es precisa la aportación de todos y es cada vez más necesaria una amplia difusión de la *cultura de la paz* y una *educación común para la paz*, sobre todo de las nuevas generaciones, con respecto a las cuales las generaciones adultas tienen graves responsabilidades. Por lo demás, subrayar el deber de cada hombre de construir la paz no significa descuidar la existencia de un verdadero derecho humano a la paz. Derecho fundamental e inalienable; más aún, derecho del que depende el ejercicio de todos los demás derechos: “Es tan grande el bien de la paz -escribió san Agustín-, que aun en las cosas terrenas y mortales no solemos oír cosa de mayor gusto, ni desear objeto más agradable, ni, finalmente, podemos hallar cosa mejor” (*La Ciudad de Dios*, XIX, 11).

Señor cardenal y participantes en el seminario, dirigiendo la mirada a las situaciones concretas en las que vive hoy

la humanidad, se podría sentir la tentación del desaliento y la resignación: en las relaciones internacionales a veces parecen prevalecer la desconfianza y la soledad; los pueblos se sienten divididos, y unos contra otros. Una guerra total, de terrible profecía corre el riesgo de transformarse en trágica realidad. Pero la guerra jamás es inevitable, y la paz siempre es posible, más aún, es un deber.

Así pues, ha llegado el momento de cambiar el curso de la historia, de recuperar la confianza, de cultivar el diálogo, de alimentar la solidaridad. Éstos son los nobles objetivos que inspiraron a los fundadores de la Organización de las Naciones Unidas, verdadera experiencia de amistad entre los pueblos. El futuro de la humanidad depende del compromiso de todos. Sólo persiguiendo un humanismo integral y solidario, en cuyo contexto también la cuestión del desarme asume un carácter ético y espiritual, la humanidad podrá caminar hacia la anhelada paz auténtica y duradera. Ciertamente, este camino no es fácil, y está sometido a peligros, como reconoció hace ya treinta años mi venerado predecesor, Pablo VI, en el *Mensaje a la primera sesión especial sobre desarme* de la Asamblea general de las Naciones Unidas: «El camino que conduce a la instauración de un orden internacional nuevo, capaz de eliminar las guerras y sus causas, y, por consiguiente, capaz de hacer superfluas las armas, no podrá ser, sin embargo, tan corto como quisiéramos» (*Mensaje del*

24 de mayo de 1978, n. 6: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 18 de junio de 1978, p. 11).

Los creyentes encuentran apoyo en la palabra de Dios, que nos anima a la fe y a la esperanza, con vistas a la paz definitiva del reino de Dios, donde «la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan» (*Sal* 85, 11). Por eso, con ardiente oración imploramos de Dios el don de la paz para toda la humanidad.

Con estos sentimientos, renuevo mi felicitación al Consejo pontificio Justicia y paz por haber promovido y organizado este encuentro sobre un tema tan delicado y urgente, aseguro un recuerdo particular en la oración por el éxito de los trabajos, y de corazón envío a todos una especial bendición apostólica.

*Vaticano, 10 de abril de 2008*

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI, al Card. André Vingt-Trois, Arzobispo de París, Presidente de la Conferencia Episcopal de Francia, con ocasión del Centenario del "Frat"***

*Al señor cardenal, André VINGT-TROIS, Arzobispo de París, Presidente de la Conferencia episcopal de Francia*

*Para los jóvenes reunidos en Lourdes, del 22 al 27 de abril, con ocasión del*

*centenario del "Frat", organizado por las diócesis de Île-de-France.*

*Queridos jóvenes:*

Al llegar a la ciudad mariana de Lourdes, en este año jubilar en el que se celebra el 150° aniversario de las apariciones de la Virgen María a la joven Bernardita, participáis en la acción de gracias de toda la Iglesia por el mensaje que la Virgen encomendó a Bernardita. Con palabras sencillas, la Madre de Cristo indica el camino de la renovación espiritual a través de la llamada a la conversión y al amor a la Iglesia.

En ese lugar, la Virgen visitó a Bernardita. Durante vuestra peregrinación a Lourdes, recibís esta visita de María, que os dirige hoy las palabras que le dijo el ángel de parte del Señor: "¡Alegrate, porque has hallado gracia delante de Dios!" (*Lc* 1, 30).

En efecto, mediante su gracia, Cristo os hace dignos de su confianza y desea que realicéis vuestros sueños más nobles y elevados de auténtica felicidad. Esta felicidad es, ante todo, un don de Dios, que se recibe siguiendo los caminos inesperados de su voluntad. Esos caminos son exigentes, pero también son fuente de alegría profunda.

Mirad a María: invitada a seguir un camino sorprendente y desconcertante, su disponibilidad la llena de

una alegría que cantarán todas las generaciones. Es el secreto que confía a Isabel, su prima, cuando va a visitarla y servirla: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. (...) El Poderoso ha hecho obras grandes por mí" (Lc 1, 47-48). También vosotros aceptad dejaros guiar para que el Señor haga algo grande con vuestra humilde vida.

Nuestro "sí" a Dios hace brotar la fuente de la verdadera felicidad: este "sí" libera al yo de todo lo que lo encierra en sí mismo. Hace que la pobreza de nuestra vida entre en la riqueza y en la fuerza del proyecto de Dios, pero sin entorpecer nuestra libertad y nuestra responsabilidad. Abre nuestro corazón estrecho a las dimensiones de la caridad divina, que son universales. Conformamos nuestra vida a la vida misma de Cristo, que nos ha marcado en nuestro bautismo.

Queridos jóvenes, os animo a celebrar con entusiasmo en estos días la alegría de creer, de amar y de esperar en Cristo, y a recorrer con confianza el camino de iniciación que se os propone. Os invito, en particular, a escuchar con atención el testimonio de vuestros mayores en la fe y a aprender a acoger, en el silencio y en la meditación, la palabra de Dios, para que modele vuestro corazón y dé en vosotros frutos abundantes.

En efecto, el Señor tiene algo particular que decirnos a cada uno. No tengáis miedo de escucharlo. Con este espíritu el "Frat" es también un tiempo privilegiado para dejarse interrogar por Cristo: "¿Qué quieres hacer de tu vida?". Los que entre vosotros escuchen la llamada a seguirlo en el sacerdocio o en la vida consagrada, a ejemplo de numerosos jóvenes que han participado en el "Frat", acepten la invitación del Señor a ponerse totalmente al servicio de la Iglesia, en una vida entregada completamente por el reino de los cielos. No quedarán defraudados.

Por último, deseo dar gracias al Señor por todas las personas, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que, formando una inmensa cadena, han contribuido durante un siglo a hacer que esta peregrinación sea un momento importante en la vida de gran número de jóvenes cristianos.

Queridos jóvenes, os encomiendo a cada uno a la intercesión materna de Nuestra Señora de Lourdes y de santa Bernardita. A vosotros, jóvenes; a los obispos, pastores de vuestras diócesis de Île-de-France; a vuestros capellanes, así como a los laicos que os acompañan y que dan testimonio con alegría y sencillez de su fe entre vosotros, imparto de todo corazón la bendición apostólica.

*Vaticano, 12 de abril de 2008*

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
en el concierto ofrecido por el  
Presidente de la República Italiana,  
Giorgio Napolitano, en honor de  
Su Santidad, Benedicto XVI, con  
ocasión del Tercer Aniversario de su  
Pontificado***

*Sala Pablo VI, Jueves, 24 de abril de  
2008*

*Señor presidente; señores cardenales;  
venerados hermanos en el episcopado y en  
el sacerdocio; amables señores y señoras:*

Al final de este espléndido concierto, me alegra dirigiros un cordial saludo a todos vosotros, que habéis participado en él: autoridades civiles y militares, ilustres personalidades y amigos que habéis venido para compartir este momento de elevado valor cultural. Deseo manifestar mi profunda gratitud, sobre todo, al presidente de la República italiana, honorable Giorgio Napolitano, que con ocasión del tercer aniversario de mi pontificado ha querido hacerme este regalo, acompañándolo con palabras de fina cortesía, que he apreciado mucho. Gracias, señor presidente, por este acto deferente y cordial, que he acogido de buen grado. En él veo también un signo ulterior del gran afecto que el pueblo italiano siente por el Papa. Extiendo mi saludo a su amable esposa y a sus colaboradores.

Con la seguridad de interpretar los sentimientos de todos los presentes, expreso mi sincera felicitación a la or-

questa sinfónica y al coro polifónico “Giuseppe Verdi” de Milán, que, guiados con competencia por su director, señor Oleg Caetani, han tocado y cantado con extraordinario talento y eficacia. Expreso, asimismo, mi aprecio a la directora del coro, señora Erina Gambarini. Dirijo un cordial saludo, lleno de gratitud, a los dirigentes de la benemérita fundación “Giuseppe Verdi”, animándolos a proseguir el prestigioso itinerario artístico y cultural emprendido, que sé que está avalado también por el compromiso de hacer que la música alivie situaciones de dificultad humana, como por ejemplo las que se verifican en los hospitales y en las cárceles. Naturalmente, manifiesto mi agradecimiento a todos los que han contribuido a la organización y a la realización de este sugestivo concierto, sosteniéndolo de diversos modos.

Hemos tenido la alegría de escuchar con atenta participación varios fragmentos importantes de conciertos de Luciano Berio, Johannes Brahms y Ludwig van Beethoven. Me complace poner de relieve que la música de Brahms enriqueció con confianza religiosa el “Canto del destino”, de Hölderlin. Este hecho introduce en la consideración del valor espiritual del arte musical, llamado, de modo singular, a infundir esperanza en el corazón humano, tan marcado y a veces herido por la condición terrena. Existe un misterioso y profundo nexo entre música y esperanza, entre canto y vida eterna: con razón, la tradición cristiana representa

a las almas bienaventuradas cantando en coro, arrebatadas y extasiadas por la belleza de Dios. Pero el arte auténtico, como la oración, no es ajeno a la realidad de cada día; más aún, remite a ella para “inundarla” y hacerla brotar, a fin de que dé frutos de bien y de paz.

Las magistrales interpretaciones que hemos escuchado nos recuerdan asimismo el valor y la importancia universal del patrimonio artístico: pienso especialmente en las generaciones jóvenes, que de dicho patrimonio pueden sacar siempre nuevas inspiraciones para construir el mundo según proyectos de justicia y solidaridad, valorando, al servicio del hombre, las multiformes expresiones de la cultura mundial. Pienso también en la importancia que para la formación de los jóvenes reviste la educación en la belleza auténtica. El arte en su conjunto contribuye a afinar su alma y orienta a la edificación de una sociedad abierta a los ideales del espíritu.

A este respecto, Italia, con su excepcional patrimonio artístico, puede

desempeñar un papel importante en el mundo: la cantidad y la calidad de los monumentos y de las obras de arte que posee la convierten de hecho en “mensajera” universal de todos los valores que el arte expresa y al mismo tiempo promueve. Para los creyentes y para los hombres de buena voluntad, la alegría del canto y de la música es también una invitación constante a comprometerse para dar a la humanidad un futuro rico en esperanza.

Señor presidente de la República, gracias una vez más por el estupendo regalo que me ha hecho y por los sentimientos que lo han acompañado. Correspondo a ellos, asegurándole un recuerdo en la oración para que el Señor proteja a su persona, a su amable señora, a las autoridades y a todo el pueblo de Italia. Con estos deseos, que encomiendo a la intercesión de la Virgen del Buen Consejo, invoco la bendición de Dios sobre todos los presentes y sobre sus respectivas familias.

¡Gracias y buenas noches a todos!

## DISCURSOS

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los participantes en la XIV Sesión Plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales***

*Sábado, 3 de mayo de 2008*

*Queridos hermanos en el episcopado*

*y en el sacerdocio; distinguidas señoras y señores:*

Me complace tener esta ocasión de encontrarme con vosotros mientras estáis reunidos con motivo de la XIV sesión plenaria de la Academia pontificia de ciencias sociales. Durante las dos

últimas décadas, la Academia ha dado una valiosa contribución a la profundización y al desarrollo de la doctrina social de la Iglesia y a su aplicación en las áreas del derecho, la economía, la política y otras ciencias sociales. Agradezco a la profesora Margaret Archer sus amables palabras de saludo y expreso mi sincero aprecio a todos vosotros por vuestro compromiso en la investigación, el diálogo y la enseñanza, para que el Evangelio de Jesucristo siga irradiando su luz sobre las complejas situaciones que se presentan en un mundo que cambia rápidamente.

Al elegir el tema: “Perseguir el bien común. ¿Cómo pueden actuar juntamente la solidaridad y la subsidiariedad?”, habéis decidido examinar la interrelación entre cuatro principios fundamentales de la doctrina social católica: la dignidad de la persona humana, el bien común, la subsidiariedad y la solidaridad (cf. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, nn. 160-163). Estas realidades clave, que emergen del contacto vivo entre el Evangelio y las circunstancias sociales concretas, ofrecen un marco para considerar y afrontar los imperativos que la humanidad tiene ante sí en el alba del siglo XXI, como reducir las desigualdades en la distribución de los bienes, ampliar las oportunidades de educación, fomentar un crecimiento y un desarrollo sostenibles, y proteger el medio ambiente.

¿Cómo pueden actuar juntamente la solidaridad y la subsidiariedad en la

búsqueda del bien común, de modo que no sólo respete la dignidad humana, sino que también le permita desarrollarse? Éste es el núcleo de la cuestión que estáis estudiando. Como han revelado vuestros debates preliminares, una respuesta satisfactoria sólo puede surgir después de un esmerado examen del significado de los términos (cf. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, capítulo 4). La *dignidad humana* es el valor intrínseco de la persona creada a imagen y semejanza de Dios y redimida por Cristo. El conjunto de las condiciones sociales que permiten a las personas realizarse individual y comunitariamente se conoce como *bien común*. La *solidaridad* es la virtud que permite a la familia humana compartir plenamente el tesoro de los bienes materiales y espirituales, y la *subsidiariedad* es la coordinación de las actividades de la sociedad en apoyo de la vida interna de las comunidades locales.

Con todo, estas definiciones son sólo el comienzo, y sólo se comprenden adecuadamente si se las relaciona de modo orgánico entre sí y se las considera apoyadas unas en otras. Al inicio podemos delinear las conexiones entre estos cuatro principios poniendo la dignidad de la persona en el punto de intersección de dos ejes: uno horizontal, que representa la “solidaridad” y la “subsidiariedad”, y otro vertical, que representa el “bien común”. Esto crea un campo en el que podemos trazar los diversos puntos de la doctrina social de la Iglesia católica, que forman el bien común.

Aunque esta analogía gráfica nos brinda un cuadro rudimentario de cómo estos principios fundamentales son imprescindibles unos para otros y están necesariamente vinculados, sabemos que la realidad es mucho más compleja. En efecto, las profundidades insondables de la persona humana y la maravillosa capacidad de los hombres para la comunión espiritual -realidades que sólo se han manifestado plenamente a través de la revelación divina- superan con creces la posibilidad de representación esquemática. En cualquier caso, la solidaridad que une a la familia humana y los niveles de subsidiariedad que la refuerzan desde dentro deben situarse siempre en el horizonte de la vida misteriosa de Dios uno y trino (cf. *Jn* 5, 26; 6, 57), en quien percibimos un amor inefable compartido por personas iguales, aunque distintas (cf. *Summa Theologiae*, I, q. 42).

Queridos amigos, os invito a dejar que esta verdad fundamental impregne vuestras reflexiones: no sólo en el sentido de que los principios de solidaridad y subsidiariedad se enriquecen indudablemente con nuestra fe en la Trinidad, sino particularmente en el sentido de que estos principios tienen el potencial para poner a hombres y mujeres en el camino de descubrir su destino definitivo y sobrenatural. La natural inclinación humana a vivir en comunidad se confirma y se transforma gracias a la “unidad del Espíritu”, que Dios ha concedido a sus hijos e hijas adoptivos (cf. *Ef* 4, 3; *1 P* 3, 8).

En consecuencia, la responsabilidad de los cristianos de trabajar por la paz y la justicia, su compromiso irrevocable de construir el bien común, es inseparable de su misión de proclamar el don de la vida eterna, a la que Dios ha llamado a todo hombre y a toda mujer. A este respecto, la *tranquillitas ordinis*, de la que habla san Agustín, se refiere a “todas las cosas”, es decir, tanto a la “paz civil”, que es una “concordia entre ciudadanos”, como a la “paz de la ciudad celestial”, que es la “ordenadísima y conformísima sociedad establecida para gozar de Dios, y unos de otros en Dios” (*De civitate Dei*, XIX, 13).

Los ojos de la fe nos permiten ver que las ciudades terrena y celestial se compenetran entre sí y están ordenadas intrínsecamente una a otra, ya que ambas pertenecen a Dios Padre, que “está sobre todos, por todos y en todos” (*Ef* 4, 6). Al mismo tiempo, la fe evidencia con mayor énfasis la legítima autonomía de las realidades terrenas, en la medida en que “están dotadas de firmeza, verdad y bondad propias y de un orden y leyes propias” (*Gaudium et spes*, 36).

Por consiguiente, podéis estar seguros de que vuestros debates serán útiles para todas las personas de buena voluntad, e impulsarán a los cristianos a aceptar con mayor prontitud su deber de mejorar la solidaridad con sus conciudadanos y entre ellos, y de actuar según el principio de subsidiariedad promoviendo la vida familiar, las aso-

ciaciones de voluntariado, la iniciativa privada y un orden público que facilite el buen funcionamiento de las comunidades más fundamentales de la sociedad (cf. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n. 187).

Cuando examinamos los principios de solidaridad y de subsidiariedad a la luz del Evangelio, comprendemos que no son simplemente “horizontales”: ambos tienen una dimensión vertical esencial. Jesús nos manda hacer a los demás lo que queramos que los demás nos hagan a nosotros (cf. *Lc* 6, 31); amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (cf. *Mt* 22, 35 ss). Estas leyes han sido inscritas por el Creador en la misma naturaleza del hombre (cf. *Deus caritas est*, 31). Jesús enseña que este amor nos llama hoy a dedicar nuestra vida al bien de los demás (cf. *Jn* 15, 12-13). En este sentido, la verdadera solidaridad -aunque comienza con un reconocimiento del valor *igual* del otro- sólo se realiza cuando pongo de buen grado mi vida al servicio de los demás (cf. *Ef* 6, 21). Ésta es la dimensión “vertical” de la solidaridad: me siento impulsado a hacerme a mí mismo *menos* que el otro, para atender a sus necesidades (cf. *Jn* 13, 14-15), precisamente como Jesús “se humilló a sí mismo” para permitir a los hombres y a las mujeres participar en su vida divina con el Padre y el Espíritu (cf. *Flp* 2, 8; *Mt* 23, 12).

De igual modo, la subsidiariedad -en la medida en que alienta a los hombres

y a las mujeres a entablar libremente relaciones vivificantes con aquéllos a quienes están unidos más íntimamente y de quienes dependen más directamente, y exige que las más altas autoridades respeten estas relaciones- manifiesta una dimensión “vertical” que tiende al Creador del orden social (cf. *Rm* 12, 16-18). Una sociedad que respeta el principio de subsidiariedad libra a las personas del desaliento y la desesperación, garantizándoles la libertad de comprometerse unos con otros en los ámbitos del comercio, la política y la cultura (cf. *Quadragesimo anno*, 80).

Cuando los responsables del bien común respetan el deseo humano natural de autogobierno basado en la subsidiariedad, dejan espacio para la responsabilidad y la iniciativa individual, pero, lo que es más importante, dejan espacio para el *amor* (cf. *Rm* 13, 8; *Deus caritas est*, 28), que sigue siendo siempre “el camino más excelente” (*1 Co* 12, 31).

Al revelar el amor del Padre, Jesús no sólo nos enseñó a vivir como hermanos y hermanas aquí, en la tierra; también nos mostró que él mismo es el camino que lleva a la comunión perfecta de unos con otros y con Dios en el mundo futuro, puesto que a través de él “tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu” (*Ef* 2, 18). Mientras os esforzáis para articular los modos como los hombres y las mujeres pueden promover mejor el bien común, os animo a examinar las dimensiones

“vertical” y “horizontal” de la solidaridad y la subsidiariedad.

De este modo, podréis proponer modos más eficaces de resolver los múltiples problemas que afligen a la humanidad en el umbral del tercer milenio, testimoniando también la primacía del amor, que trasciende y realiza la justicia pues impulsa a la humanidad hacia la misma vida de Dios (cf. *Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2004*).

Con estos sentimientos, os aseguro mis oraciones y, como prenda de paz y alegría en el Señor resucitado, os imparto cordialmente mi bendición apostólica a vosotros y a vuestros seres queridos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
al final del rezo del Rosario en la  
Basílica de Santa María la Mayor***

*Sábado, 3 de mayo de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Al final de este momento de oración mariana, os dirijo a todos mi cordial saludo y os agradezco vuestra participación. En particular, saludo al cardenal Bernard Francis Law, arcipreste de esta estupenda basílica de Santa María la Mayor. En Roma éste es el templo mariano por excelencia, en el que los habitantes de la ciudad veneran con gran afecto el icono de María *Salus populi*

*romani*. He aceptado de buen grado la invitación que me han hecho a dirigir el santo rosario el primer sábado del mes de mayo, según la hermosa tradición que he vivido desde mi infancia. En efecto, en la experiencia de mi generación, las tardes de mayo evocan dulces recuerdos relacionados con las citas vespertinas para rendir homenaje a la Virgen. ¿Cómo olvidar la oración del rosario en la parroquia, en los patios de las casas o en las calles de las aldeas?

Hoy, juntos, confirmamos que el santo rosario no es una práctica piadosa del pasado, como oración de otros tiempos en los que se podría pensar con nostalgia. Al contrario, el rosario está experimentando una nueva primavera. No cabe duda de que éste es uno de los signos más elocuentes del amor que las generaciones jóvenes sienten por Jesús y por su Madre, María. En el mundo actual, tan dispersivo, esta oración ayuda a poner a Cristo en el centro, como hacía la Virgen, que meditaba en su corazón todo lo que se decía de su Hijo, y también lo que él hacía y decía.

Cuando se reza el rosario, se reviven los momentos importantes y significativos de la historia de la salvación; se recorren las diversas etapas de la misión de Cristo. Con María, el corazón se orienta hacia el misterio de Jesús. Se pone a Cristo en el centro de nuestra vida, de nuestro tiempo, de nuestras ciudades, mediante la contemplación y la meditación de sus santos misterios de gozo, de luz, de dolor y de gloria.

Que María nos ayude a acoger en nosotros la gracia que procede de estos misterios para que, a través de nosotros, pueda difundirse en la sociedad, a partir de las relaciones diarias, y purificarla de las numerosas fuerzas negativas, abriéndola a la novedad de Dios. En efecto, cuando se reza el rosario de modo auténtico, no mecánico y superficial sino profundo, trae paz y reconciliación. Encierra en sí la fuerza sanadora del Nombre santísimo de Jesús, invocado con fe y con amor en el centro de cada avemaría.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias a Dios, que nos ha concedido vivir esta tarde una hora de gracia tan hermosa, y en las próximas tardes de este mes mariano, aunque estemos distantes, cada uno en su propia familia y comunidad, sintámonos igualmente cercanos y unidos en la oración. Especialmente durante estos días que nos preparan para la solemnidad de Pentecostés, permanezcamos unidos a María, invocando para la Iglesia una renovada efusión del Espíritu Santo. Que, como en los orígenes, María santísima ayude a los fieles de cada comunidad cristiana a formar un solo corazón y una sola alma.

Os encomiendo las intenciones más urgentes de mi ministerio, las necesidades de la Iglesia, los grandes problemas de la humanidad: la paz en el mundo, la unidad de los cristianos, el diálogo entre todas las culturas. Y, pensando en Roma y en Italia, os invito a rezar

por los objetivos pastorales de la diócesis y por el desarrollo solidario de este amado país.

Al nuevo alcalde de Roma, honorable Gianni Alemanno, a quien veo aquí presente, le expreso mi deseo de un servicio fructífero para el bien de toda la comunidad ciudadana. A todos vosotros, aquí reunidos, y a cuantos están unidos a nosotros mediante la radio y la televisión, en particular a los enfermos y a los que sufren, imparto de corazón la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
en el Encuentro con la Acción  
Católica Italiana***

*Plaza de San Pedro, Domingo, 4 de mayo de 2008*

*Queridos muchachos, jóvenes y adultos  
de la Acción católica:*

Es para mí una gran alegría acogeros hoy aquí, en la plaza de San Pedro, donde muchas veces en el pasado vuestra benemérita asociación se ha encontrado con el Sucesor de Pedro. Gracias por vuestra visita. Os saludo con afecto a todos, que habéis venido de las diversas partes de Italia, así como a los miembros del Foro internacional, que provienen de cuarenta países del mundo. En particular, saludo al presidente nacional, profesor Luigi Alici, al que agradezco las sinceras palabras que

me ha dirigido; al consiliario general, monseñor Domenico Sigalini; y a los responsables nacionales y diocesanos. Os doy las gracias también por el particular regalo que me habéis hecho a través de vuestros representantes y que testimonia vuestra solidaridad con los más necesitados. Expreso mi profundo agradecimiento al cardenal Angelo Bagnasco, presidente de la Conferencia episcopal italiana, que ha celebrado la santa misa para vosotros.

Habéis venido a Roma en compañía espiritual de vuestros numerosos santos, beatos, venerables y siervos de Dios: hombres y mujeres, jóvenes y niños, educadores y sacerdotes consiliarios, ricos en virtudes cristianas, crecidos en las filas de la Acción católica, que en estos días cumple 140 años de vida. La magnífica corona de rostros que abrazan simbólicamente la plaza de San Pedro es un testimonio tangible de una santidad rica en luz y amor. Estos testigos, que siguieron a Jesús con todas sus fuerzas, que se prodigaron por la Iglesia y por el reino de Dios, son vuestro documento de identidad más auténtico.

¿Acaso no es posible también hoy para vosotros, muchachos, para vosotros, jóvenes y adultos, hacer de vuestra vida un testimonio de comunión con el Señor, que se transforme en una auténtica obra maestra de santidad? ¿No es precisamente ésta la finalidad de vuestra asociación? Ciertamente, esto será posible si la Acción católica sigue

manteniéndose fiel a sus profundas raíces de fe, alimentadas por una adhesión plena a la palabra de Dios, por un amor incondicional a la Iglesia, por una participación vigilante en la vida civil y por un constante compromiso formativo.

Queridos amigos, responded generosamente a esta llamada a la santidad, según las formas más características de vuestra condición laical. Seguid dejándoos inspirar por las tres grandes “consignas” que mi venerado predecesor, el siervo de Dios Juan Pablo II, os confió en Loreto en el año 2004: contemplación, comunión y misión.

La Acción católica nació como una asociación particular de fieles laicos, caracterizada por un vínculo especial y directo con el Papa, que muy pronto se convirtió en una valiosa forma de “cooperación de los laicos en el apostolado jerárquico”, recomendada “encarecidamente” por el concilio Vaticano II, que describió sus irrenunciables “notas características” (cf. *Apostolicam actuositatem*, 20). Esta vocación sigue siendo válida también hoy. Por tanto, os animo a proseguir con generosidad en vuestro servicio a la Iglesia. Asumiendo su fin apostólico general con espíritu de íntima unión con el Sucesor de Pedro y de corresponsabilidad operante con los pastores, prestáis un servicio en equilibrio fecundo entre Iglesia universal e Iglesia local, que os llama a dar una contribución incesante e insustituible a la comunión.

Esta amplia dimensión eclesial, que identifica vuestro carisma asociativo, no es signo de una identidad incierta o superada; más bien, atribuye una gran responsabilidad a vuestra vocación laical: iluminados y sostenidos por la acción del Espíritu Santo y arraigados constantemente en el camino de la Iglesia, se os estimula a buscar con valentía síntesis siempre nuevas entre el anuncio de la salvación de Cristo al hombre de nuestro tiempo y la promoción del bien integral de la persona y de toda la familia humana.

En mi intervención en la IV Asamblea eclesial nacional, celebrada en Verona en octubre de 2006, precisé que la Iglesia en Italia “es una realidad muy viva, que conserva una presencia capilar en medio de la gente de todas las edades y condiciones. Las tradiciones cristianas con frecuencia están arraigadas y siguen produciendo frutos, mientras que se está llevando a cabo un gran esfuerzo de evangelización y catequesis, dirigido en particular a las nuevas generaciones, pero también cada vez más a las familias” (*Discurso de clausura*, 19 de octubre de 2006: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de octubre de 2006, p. 8).

¿Cómo no ver que esta presencia capilar es también un signo discreto y tangible de la Acción católica? En efecto, la amada nación italiana siempre ha podido contar con hombres y mujeres formados en vuestra asociación, dispuestos a servir desinteresadamente a la causa

del bien común, para la edificación de un orden justo de la sociedad y del Estado. Por consiguiente, vivid siempre a la altura de vuestro bautismo, que os ha sumergido en la muerte y la resurrección de Jesús, para la salvación de todos los hombres que encontréis y de un mundo sediento de paz y de verdad.

Sed “ciudadanos dignos del Evangelio” y “ministros de la sabiduría cristiana para un mundo más humano”: éste es el tema de vuestra asamblea; y es también el compromiso que asumís hoy ante la Iglesia italiana, aquí representada por vosotros, por vuestros presbíteros consiliarios, por los obispos y por su presidente.

En una Iglesia misionera, que afronta una emergencia educativa como la que existe hoy en Italia, vosotros, que la amáis y la servís, sed anunciadores incansables y educadores formados y generosos. En una Iglesia llamada a pruebas incluso muy exigentes de fidelidad y tentada de acomodarse, sed testigos intrépidos y profetas de radicalismo evangélico. En una Iglesia que se confronta diariamente con la mentalidad relativista, hedonista y consumista, ensanchad los horizontes de la racionalidad con una fe amiga de la inteligencia, tanto en el ámbito de una cultura popular y generalizada, como en el de una investigación más elaborada y profunda. En una Iglesia que llama al heroísmo de la santidad, responded sin temor, confiando siempre en la misericordia de Dios.

Queridos amigos de la Acción católica italiana, en el camino que tenéis delante no estáis solos: os acompañan vuestros santos. También otras figuras han desempeñado papeles significativos en vuestra asociación: pienso, por ejemplo, entre otros, en Giuseppe Toniolo y en Armida Barelli. Estimulados por estos ejemplos de cristianismo vivido, habéis comenzado un año extraordinario, un año que podríamos calificar de santidad, durante el cual os comprometéis a encarnar en la vida concreta las enseñanzas del Evangelio. Os aliento en este propósito. Intensificad la oración, orientad vuestra conducta según los valores eternos del Evangelio, dejándoos guiar por la Virgen María, Madre de la Iglesia. El Papa os acompaña con un recuerdo constante ante el Señor, a la vez que os imparte de corazón la bendición apostólica a vosotros, aquí presentes, y a toda la asociación.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la audiencia a la Guardia Suiza Pontificia con ocasión del Juramento de 33 nuevos reclutas***

*Sala Clementina , Lunes, 5 de mayo de 2008*

*Señor comandante; queridos guardias suizos y amables familiares:*

Con ocasión de la ceremonia anual del juramento, que tendrá lugar maña-

na, me alegra encontrarme con todos juntos, para formular mis mejores deseos a los nuevos reclutas y para renovar a todo el Cuerpo de la Guardia Suiza pontificia la expresión de mi afecto y mi agradecimiento.

Saludo en particular al comandante y al capellán, asegurándoles mi oración por su importante servicio; y extendiendo con alegría mi saludo a las autoridades suizas y a los numerosos familiares, que en estos días, queridos guardias, alegran con su presencia vuestro pequeño cuartel del Vaticano. De modo especial, me complace acoger a tantos niños, que son las flores más bellas de vuestras familias y nos recuerdan el amor de predilección que Jesús sentía por los pequeños.

Hace dos años, en 2006, se celebró, con importantes manifestaciones, el quinto centenario de fundación de vuestro Cuerpo. Fue una circunstancia propicia para observar en perspectiva vuestra historia, captando los profundos cambios del contexto social en que, a lo largo de los siglos, la Santa Sede ha sido llamada a vivir y actuar, según el mandato que Cristo encomendó al apóstol san Pedro.

Precisamente sobre el trasfondo de esa impresionante evolución resalta aún más lo que no cambia, así como la identidad de vuestro pequeño pero cualificado Cuerpo, destinado a velar por la seguridad del Romano Pontífice y de su sede. A distancia de cinco siglos, ha

permanecido inalterado el espíritu de fe que impulsa a jóvenes suizos a dejar su hermosa tierra para venir a prestar servicio al Papa en el Vaticano.

También sigue inalterado el amor a la Iglesia católica, que testimoniáis, más que con palabras, con vuestras personas, que, gracias al uniforme característico, son fácilmente reconocibles en las puertas de ingreso al Vaticano y en las audiencias pontificias. Vuestros históricos uniformes hablan a peregrinos y turistas de todas las partes del mundo de algo que no cambia, a pesar de todo, es decir, de vuestro compromiso de servir a Dios sirviendo al “siervo de sus siervos”.

Me dirijo en particular a vosotros, nuevos alabarderos. Ante todo, asimilad este espíritu cristiano y eclesial, que es la base y el motor de todas las actividades que realizaréis. Cultivad siempre la oración y la vida espiritual, valorando por eso la importante presencia del capellán. Sed abiertos, sencillos y leales. Apreciad también las diferencias de personalidad y de carácter que existen entre vosotros, porque bajo el uniforme cada uno es una persona única e irrepetible, llamada por Dios a servir a su reino de amor y de paz.

Como sabéis, la Guardia Suiza también es una escuela de vida, y durante la experiencia en el Vaticano, muchos de vuestros predecesores han podido descubrir su propia vocación: al matrimonio cristiano, al sacerdocio y a la

vida consagrada. Éste es un motivo de alabanza a Dios, pero también de aprecio por vuestro Cuerpo.

Queridos amigos, os agradezco a todos la generosidad y la entrega con que actuáis al servicio del Papa. Que el Señor os recompense y os colme de abundantes favores celestiales. Os encomiendo a la protección materna de María santísima, a la que veneramos con especial devoción en este mes de mayo. A cada uno de vosotros, a las autoridades, a las personalidades presentes, a los familiares y a todos vuestros seres queridos imparto de corazón mi bendición apostólica.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,  
tras un concierto ofrecido por la  
Orquesta Filarmónica de China y el  
Coro de la Ópera de Shanghai***

*Miércoles, 7 de mayo de 2008*

*Amables señores y señoras; queridos amigos:*

Una nueva velada musical de alto nivel nos reúne una vez más en esta sala Pablo VI. Para mí, y para todos nosotros, revisite un valor y un significado elevados. En efecto, es un concierto ofrecido y ejecutado por la Orquesta filarmónica china y por el coro de la Ópera de Shanghai; un concierto que nos pone en contacto, en cierto modo, con la realidad viva del mundo de China.

Agradezco a la orquesta y al coro este grato homenaje, y me congratulo con los organizadores y los artistas por haber interpretado con gran competencia, finura y elegancia, una obra musical que forma parte del patrimonio artístico de la humanidad. En un grupo de artistas tan cualificados podemos ver representada la gran tradición cultural y musical de China, y la interpretación que han llevado a cabo nos ayuda a comprender mejor la historia de su pueblo, con sus valores y sus nobles aspiraciones.

Gracias de corazón por este regalo. Gracias también por la melodía que será interpretada dentro de poco. Expreso mi profundo agradecimiento a los promotores y a los artistas, así como a todos los que, de diferentes maneras, han colaborado en la realización de esta manifestación, en algunos aspectos verdaderamente única.

Conviene destacar que este concierto -en el que artistas chinos han interpretado una de las principales obras de Mozart- une vuestro talento musical y la música occidental. El director Long Yu, con su orquesta, los solistas y el coro del teatro de la Ópera de Shanghai han estado a la altura del desafío. La música, y el arte en general, puede servir como medio privilegiado de encuentro y de conocimiento y estima recíproca entre poblaciones y culturas diferentes; un medio al alcance de todos, para valorar el lenguaje universal del arte.

Hay otro aspecto que deseo destacar. Veo con placer el interés mostrado por vuestra orquesta y vuestro coro por la música religiosa europea. Esto demuestra que es posible disfrutar y apreciar, en diferentes ámbitos culturales, las manifestaciones sublimes del espíritu, como el *Requiem* de Mozart, que acabamos de escuchar, precisamente porque la música expresa los sentimientos humanos universales, entre ellos el sentimiento religioso, que trasciende los límites de cualquier cultura individual.

Por último, quisiera decir unas palabras a propósito del lugar en el que estamos reunidos esta tarde. Es la gran sala en la que el Papa recibe a sus huéspedes y se encuentra con cuantos vienen a visitarlo. Es como una ventana abierta al mundo, un lugar donde se encuentran a menudo personas provenientes de todas las partes de la tierra, cada una con su propia historia personal y con su propia cultura, cada una acogida con estima y afecto.

Esta tarde, al acogeros a vosotros, queridos artistas chinos, el Papa quiere acoger idealmente a todo vuestro pueblo, pensando de modo especial en vuestros compatriotas que comparten la fe en Jesús y están unidos con un particular vínculo espiritual al Sucesor de Pedro. El "Requiem" nació de esta fe, como oración al Dios, juez justo y misericordioso, y precisamente por eso toca el corazón de todos, presentándose como expresión de un humanismo universal.

Por último, a la vez que os doy las gracias una vez más por este gratísimo homenaje, envío mi saludo, a través de vosotros, a todos los habitantes de China que, con las próximas Olimpíadas, se preparan para vivir un acontecimiento de gran valor para toda la humanidad.

Os doy las gracias a todos y os expreso mis mejores deseos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a una delegación de la Iglesia  
Greco-Melquita Católica  
encabezada por el Patriarca  
Gregorios III***

*Jueves, 8 de mayo de 2008*

*Beatitud; queridos hermanos en el episcopado; queridos hijos e hijas de la Iglesia greco-melquita católica:*

Me alegra acogerlos mientras realizan una peregrinación a las tumbas de los Apóstoles. Saludo en particular a Su Beatitud Gregorios III, a quien agradezco sus amables palabras, que manifiestan la vitalidad de la Iglesia melquita, a pesar de las dificultades de la situación social y política en esa región. Dirijo también mi saludo fraterno a los obispos presentes, y a todos ustedes, queridos amigos, que vienen de diversos países de Oriente Próximo y de la diáspora melquita en todo el mundo, donde manifiestan también, a su modo, la universalidad de la Iglesia católica.

Mientras se aproxima la inauguración del año que he querido dedicar a san Pablo, no puedo olvidar que la sede de su patriarcado está en la ciudad de Damasco, en cuyo camino el Apóstol vivió el acontecimiento que transformó su vida y que abrió las puertas del cristianismo a todas las naciones. Por tanto, los aliento para que, con esta ocasión, un trabajo pastoral intenso suscite en sus diócesis, en cada una de sus parroquias y en todos los fieles, un nuevo impulso para un conocimiento cada vez más íntimo de la persona de Cristo, gracias a una lectura renovada de la obra paulina. Esto permitirá un testimonio fecundo entre los hombres de hoy. Ese impulso podrá garantizar también un futuro floreciente para la Iglesia melquita.

En esta perspectiva, para asegurar el dinamismo evangélico de las comunidades y su unidad, así como un buen funcionamiento de los asuntos eclesiales en las Iglesias patriarcales, el papel del Sínodo de los obispos tiene una importancia fundamental. Por consiguiente, cada vez que el derecho lo exija, sobre todo cuando se trata de cuestiones que se refieren a los obispos mismos, es conveniente dar a esta venerable institución, y no solamente al Sínodo permanente, el lugar que le corresponde.

Conozco la actividad ecuménica de la Iglesia melquita católica y las relaciones fraternas que han entablado con sus hermanos ortodoxos, y me alegro por ello. En efecto, el compromiso en

la búsqueda de la unidad de todos los discípulos de Cristo es una obligación urgente, que deriva del deseo ardiente del Señor mismo. Así pues, debemos hacer todo lo posible para derribar los muros de división y desconfianza que nos impiden realizarlo.

Sin embargo, no podemos perder de vista que la búsqueda de la unidad es una tarea que no sólo concierne a una Iglesia particular, sino a toda la Iglesia, respetando su misma naturaleza. Por lo demás, como subraya la encíclica *Ut unum sint*, la unidad no es fruto de la actividad humana; es, ante todo, un don del Espíritu Santo. Invoquemos, pues, al Espíritu, cuya venida sobre los Apóstoles celebraremos dentro de pocos días, para que nos ayude a trabajar todos juntos en la búsqueda de la unidad.

Beatitud, queridos hermanos y hermanas, aprecio también las buenas relaciones que mantienen con los musulmanes, con sus responsables y con sus instituciones, así como los esfuerzos realizados para resolver los problemas que puedan plantearse, con espíritu de diálogo fraterno, sincero y objetivo. Por tanto, me alegra constatar que, en la línea del concilio Vaticano II, la Iglesia melquita se ha comprometido con los musulmanes a buscar sinceramente la comprensión mutua, así como a promover y a defender juntos, para el bien de todos, la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad.

Por último, cumpliendo su misión en el agitado y, a veces, dramático con-

texto de Oriente Próximo, la Iglesia afronta situaciones donde la política desempeña un papel que no es indiferente a su vida. Por eso, es importante que mantenga contactos con las autoridades políticas, las instituciones y los diversos partidos. Sin embargo, no corresponde al clero involucrarse en la vida política. Éste es un asunto de los laicos. Pero la Iglesia debe proponer a todos la luz del Evangelio, a fin de que todos se comprometan a servir al bien común y la justicia prevalezca siempre, de modo que el camino de la paz pueda abrirse finalmente ante los pueblos de esa querida región.

Beatitud, al concluir nuestro encuentro, encomiendo a la Iglesia greco-melquita católica a la intercesión de la Virgen María y a la protección de todos los santos de Oriente. Pidiendo a Dios que conceda a su Iglesia patriarcal la fuerza y la luz para que prosiga su misión en paz y con serenidad, le imparto a usted, así como a los obispos y a todos los fieles de su patriarcado, una afectuosa bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a Karekin II, Patriarca Supremo y  
Catholicós de todos los armenios***

*Palacio Apostólico, Viernes, 9 de mayo  
de 2008*

*Santidad; queridos hermanos en Cristo:*

Con sincera alegría les doy la bienvenida a usted, Santidad, y a la distinguida delegación que lo acompaña. Saludo cordialmente a los prelados, a los sacerdotes y a los laicos que representan a la familia del Catholicosado de todos los armenios, extendida por todo el mundo.

Nos reunimos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que prometió a sus discípulos que “donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (*Mt* 18, 20). Que el espíritu de amor y servicio fraternos, que Jesús enseñó a sus discípulos, ilumine nuestro corazón y nuestra mente mientras nos intercambiamos saludos, conversamos y nos reunimos en oración. Recuerdo con gratitud las visitas del Catholicós Vasken I y del Catholicós Karekin I a la Iglesia de Roma, y sus relaciones cordiales con mis venerados predecesores, el Papa Pablo VI y el Papa Juan Pablo II. Su compromiso por la unidad cristiana inauguró una nueva era en las relaciones entre nosotros. Recuerdo con particular alegría su visita, Santidad, en el año 2000 a Roma y su encuentro con el Papa, Juan Pablo II. La liturgia ecuménica en la basílica vaticana, que celebró el don de una reliquia de san Gregorio el Iluminador, fue uno de los acontecimientos más memorables del gran jubileo en Roma.

El Papa, Juan Pablo II devolvió esa visita dirigiéndose en el año 2001 a Armenia, donde usted lo acogió cor-

tésmente en la santa Echmiadzin. La afectuosa bienvenida que le dispensó en esa ocasión aumentó aún más su estima y su respeto por el pueblo armenio. La Eucaristía que celebró el Papa Juan Pablo II, en el gran altar exterior, en la santa Echmiadzin, constituyó un signo ulterior de creciente aceptación recíproca, en espera del día en que podamos celebrar juntos en torno a una única mesa del Señor.

Mañana, por la tarde, cada uno de nosotros, en nuestras respectivas tradiciones, comenzará la celebración litúrgica de Pentecostés. Cincuenta días después de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, oraremos sinceramente al Padre, pidiéndole que envíe su Espíritu Santo, el Espíritu que tiene la tarea de conservarnos en el amor divino y de llevarnos a la verdad.

El día de Pentecostés fue el Espíritu Santo quien creó, de muchas lenguas de la multitud reunida en Jerusalén, una única voz para profesar la fe. Es el Espíritu Santo quien dona la unidad de la Iglesia. El camino hacia el restablecimiento de la comunión plena y visible entre todos los cristianos puede parecer largo y arduo. Es necesario hacer mucho aún para sanar las profundas y dolorosas divisiones que desfiguran el Cuerpo de Cristo. Sin embargo, el Espíritu Santo sigue guiando a la Iglesia de modos sorprendentes y a menudo inesperados. Puede abrir puertas cerradas, inspirar palabras olvidadas, sanar relaciones rotas.

Si nuestro corazón y nuestra mente están abiertas al Espíritu de comunión, Dios puede obrar de nuevo milagros en la Iglesia restaurando los vínculos de unidad. Comprometerse por la unidad de los cristianos es un acto de confianza obediente en la obra del Espíritu Santo, que lleva a la Iglesia a la plena realización del designio del Padre, conforme a la voluntad de Cristo.

La historia reciente de la Iglesia apostólica armenia se ha escrito con las tintas contrastantes de la persecución y del martirio, de la oscuridad y de la esperanza, de la humillación y del renacimiento espiritual. Usted, Santidad, y los miembros de su delegación han vivido personalmente estas experiencias contrastantes en sus familias y en su vida. La restitución de la libertad a la Iglesia en Armenia ha sido fuente de gran alegría para todos nosotros.

Ustedes han llevado sobre sus hombros la pesada carga de reconstruir la Iglesia. No puedo menos de expresar mi gran estima por los éxitos pastorales obtenidos en un tiempo tan breve, sea en Armenia sea en el exterior, en lo que respecta a la educación cristiana de los jóvenes, la formación del nuevo clero, la construcción de nuevas iglesias y centros comunitarios, la asistencia caritativa a los necesitados y la promoción de los valores cristianos en la vida social y cultural.

Gracias a su guía pastoral, la luz gloriosa de Cristo brilla de nuevo en Ar-

menia y es posible escuchar de nuevo las palabras salvadoras del Evangelio. Ciertamente, aún están ustedes afrontando muchos desafíos en los ámbitos social, cultural y espiritual. A este propósito, quiero mencionar las recientes dificultades que se han presentado al pueblo armenio y expresar el apoyo de la oración de la Iglesia católica en su búsqueda de justicia y paz, y en su promoción del bien común.

En nuestro diálogo ecuménico se han logrado importantes avances para resolver las controversias doctrinales que tradicionalmente nos han dividido, en particular sobre cuestiones de cristología. En los últimos cinco años, se ha obtenido mucho gracias a la *Comisión mixta para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas orientales*, de la que el Catholicosado de todos los armenios es miembro de pleno derecho.

Gracias, Santidad, por el apoyo que ha dado a la obra de la Comisión mixta y por la valiosa aportación de sus representantes. Oremos para que su actividad nos acerque a la comunión plena y visible, y llegue el día en que nuestra unidad en la fe haga posible una celebración común de la Eucaristía. Mientras llega ese día, los vínculos entre nosotros se consolidarán y extenderán mediante acuerdos sobre cuestiones pastorales, en línea con el grado de acuerdo doctrinal ya alcanzado. El diálogo teológico sólo podrá llevar a la unidad que el Señor desea para sus discípulos si está soste-

nido por la oración y es apoyado por la cooperación efectiva.

Santidad, queridos amigos, en el siglo XII, Nerses de Lambron habló a un grupo de obispos armenios. Concluyó su famoso discurso sinodal sobre el restablecimiento de la unidad cristiana con palabras proféticas que nos impresionan aún hoy: “No estáis equivocados, venerados padres: es meritorio llorar por los días pasados en la discordia. Sin embargo, hoy es el día que hizo el Señor, un día de alegría y júbilo (...). Pidamos para que nuestro Señor nos conceda mayor ternura y dulzura y haga que esta semilla se desarrolle en la tierra, con el rocío del Espíritu Santo; tal vez, gracias a su fuerza, podrá dar frutos, para permitirnos restablecer la paz de la Iglesia de Cristo hoy en las intenciones y mañana en los hechos”.

Este es también mi deseo y mi oración con ocasión de su visita. Les doy las gracias de corazón y les aseguro mi profundo afecto en el Señor.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los participantes en un Congreso  
Internacional sobre la actualidad de  
la “Humanae Vitae”***

*Sala Clementina, Sábado, 10 de mayo  
de 2008*

*Venerados hermanos en el episcopado  
y en el sacerdocio; queridos hermanos y  
hermanas:*

Con gran placer os acojo al final de los trabajos, en los que habéis reflexionado sobre un problema antiguo y siempre nuevo como es el de la responsabilidad y el respeto al surgir de la vida humana. Saludo en particular a mons. Rino Fisichella, rector magnífico de la Pontificia Universidad Lateranense, que ha organizado este Congreso internacional, y le agradezco las palabras de saludo que me ha dirigido. Mi saludo se extiende a todos los ilustres relatores, profesores y participantes, que con su contribución han enriquecido estas jornadas de intenso trabajo. Vuestra aportación se inserta eficazmente en la producción más amplia que, a lo largo de los decenios, ha ido aumentando sobre este tema controvertido y, a pesar de ello, tan decisivo para el futuro de la humanidad.

El concilio Vaticano II, en la constitución *Gaudium et spes*, ya se dirigía a los hombres de ciencia invitándolos a aunar sus esfuerzos para alcanzar la unidad del saber y una certeza consolidada acerca de las condiciones que pueden favorecer “una honesta ordenación de la procreación humana” (n. 52). Mi predecesor, de venerada memoria, el siervo de Dios, Pablo VI, el 25 de julio de 1968, publicó la carta encíclica *Humanae vitae*. Ese documento se convirtió muy pronto en signo de contradicción.

Elaborado a la luz de una decisión sufrida, constituye un significativo gesto de valentía al reafirmar la conti-

nidad de la doctrina y de la tradición de la Iglesia. Ese texto, a menudo mal entendido y tergiversado, suscitó un gran debate, entre otras razones, porque se situó en los inicios de una profunda contestación que marcó la vida de generaciones enteras. Cuarenta años después de su publicación, esa doctrina no sólo sigue manifestando su verdad; también revela la clarividencia con la que se afrontó el problema.

De hecho, el amor conyugal se describe dentro de un proceso global que no se detiene en la división entre alma y cuerpo ni depende sólo del sentimiento, a menudo fugaz y precario, sino que implica la unidad de la persona y la total participación de los esposos que, en la acogida recíproca, se entregan a sí mismos en una promesa de amor fiel y exclusivo que brota de una genuina opción de libertad. ¿Cómo podría ese amor permanecer cerrado al don de la vida? La vida es siempre un don inestimable; cada vez que surge, percibimos la potencia de la acción creadora de Dios, que se fía del hombre y, de este modo, lo llama a construir el futuro con la fuerza de la esperanza.

El Magisterio de la Iglesia no puede menos de reflexionar siempre profundamente sobre los principios fundamentales que conciernen al matrimonio y a la procreación. Lo que era verdad ayer, sigue siéndolo también hoy. La verdad expresada en la *Humanae vitae* no cambia; más aún, precisamente a la luz de los nuevos descubrimien-

tos científicos, su doctrina se hace más actual e impulsa a reflexionar sobre el valor intrínseco que posee.

La palabra clave para entrar con coherencia en sus contenidos sigue siendo el amor. Como escribí en mi primera encíclica, *Deus caritas est*: “El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; (...) ni el cuerpo ni el espíritu aman por sí solos: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma” (n. 5). Si se elimina esta unidad, se pierde el valor de la persona y se cae en el grave peligro de considerar el cuerpo como un objeto que se puede comprar o vender (cf. *ib.*).

En una cultura marcada por el predominio del tener sobre el ser, la vida humana corre el peligro de perder su valor. Si el ejercicio de la sexualidad se transforma en una droga que quiere someter al otro a los propios deseos e intereses, sin respetar los tiempos de la persona amada, entonces lo que se debe defender ya no es sólo el verdadero concepto del amor, sino en primer lugar la dignidad de la persona misma. Como creyentes, no podríamos permitir nunca que el dominio de la técnica infecte la calidad del amor y el carácter sagrado de la vida.

No por casualidad Jesús, hablando del amor humano, se remite a lo que realizó Dios al inicio de la creación (cf. *Mt* 19, 4-6). Su enseñanza se refiere a

un acto gratuito con el cual el Creador no sólo quiso expresar la riqueza de su amor, que se abre entregándose a todos, sino también presentar un modelo según el cual debe actuar la humanidad. Con la fecundidad del amor conyugal el hombre y la mujer participan en el acto creador del Padre y ponen de manifiesto que en el origen de su vida matrimonial hay un “sí” genuino que se pronuncia y se vive realmente en la reciprocidad, permaneciendo siempre abierto a la vida.

Esta palabra del Señor sigue conservando siempre su profunda verdad y no puede ser eliminada por las diversas teorías que, a lo largo de los años, se han sucedido, a veces incluso contradiciéndose entre sí. La ley natural, que está en la base del reconocimiento de la verdadera igualdad entre personas y pueblos, debe reconocerse como la fuente en la que se ha de inspirar también la relación entre los esposos en su responsabilidad al engendrar nuevos hijos. La transmisión de la vida está inscrita en la naturaleza, y sus leyes siguen siendo norma no escrita a la que todos deben remitirse. Cualquier intento de apartar la mirada de este principio queda estéril y no produce fruto.

Es urgente redescubrir una alianza que siempre ha sido fecunda, cuando se la ha respetado. En esa alianza ocupan el primer plano la razón y el amor. Un maestro tan agudo como Guillermo de Saint Thierry escribió

palabras que siguen siendo profundamente válidas también para nuestro tiempo: “Si la razón instruye al amor, y el amor ilumina la razón; si la razón se convierte en amor y el amor se mantiene dentro de los confines de la razón, entonces ambos pueden hacer algo grande” (*Naturaleza y grandeza del amor*, 21, 8).

¿Qué significa ese “algo grande” que se puede conseguir? Es el surgir de la responsabilidad ante la vida, que hace fecundo el don que cada uno hace de sí al otro. Es fruto de un amor que sabe pensar y escoger con plena libertad, sin dejarse condicionar excesivamente por el posible sacrificio que requiere. De aquí brota el milagro de la vida que los padres experimentan en sí mismos, verificando que lo que se realiza en ellos y a través de ellos es algo extraordinario. Ninguna técnica mecánica puede sustituir el acto de amor que dos esposos se intercambian como signo de un misterio más grande, en el que son protagonistas y partícipes de la creación.

Por desgracia, se asiste cada vez con mayor frecuencia a sucesos tristes que implican a los adolescentes, cuyas reacciones manifiestan un conocimiento incorrecto del misterio de la vida y de las peligrosas implicaciones de sus actos. La urgencia formativa, a la que a menudo me refiero, concierne de manera muy especial al tema de la vida. Deseo verdaderamente que se preste una atención muy particular sobre

todo a los jóvenes, para que aprendan el auténtico sentido del amor y se preparen para él con una adecuada educación en lo que atañe a la sexualidad, sin dejarse engañar por mensajes efímeros que impiden llegar a la esencia de la verdad que está en juego.

Proporcionar ilusiones falsas en el ámbito del amor o engañar sobre las genuinas responsabilidades que se deben asumir con el ejercicio de la propia sexualidad no hace honor a una sociedad que declara atenerse a los principios de libertad y democracia. La libertad debe conjugarse con la verdad, y la responsabilidad con la fuerza de la entrega al otro, incluso cuando implica sacrificio; sin estos componentes no crece la comunidad de los hombres y siempre está al acecho el peligro de encerrarse en un círculo de egoísmo asfixiante.

La doctrina contenida en la encíclica *Humanae vitae* no es fácil. Sin embargo, es conforme a la estructura fundamental mediante la cual la vida siempre ha sido transmitida desde la creación del mundo, respetando la naturaleza y de acuerdo con sus exigencias. El respeto por la vida humana y la salvaguarda de la dignidad de la persona nos exigen hacer lo posible para que llegue a todos la verdad genuina del amor conyugal responsable en la plena adhesión a la ley inscrita en el corazón de cada persona.

Con estos sentimientos, os imparto a todos la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a un grupo de representantes del  
Movimiento por la Vida en Italia***

*Sala de las Bendiciones, Lunes, 12 de mayo de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Con gran placer os acojo hoy y dirijo a cada uno mi cordial saludo. En primer lugar, saludo a monseñor Michele Pennisi, obispo de Piazza Armerina, y a los sacerdotes presentes. Dirijo un saludo especial al honorable Carlo Casini, presidente del Movimiento por la vida, y le agradezco cordialmente las amables palabras que me ha dirigido en vuestro nombre. Saludo a los miembros de la Dirección nacional y de la junta ejecutiva del Movimiento por la vida, a los presidentes de los Centros de ayuda a la vida y a los responsables de los diversos servicios, del proyecto Gemma, de Teléfono verde, SOS Vida y Teléfono rojo. Saludo, asimismo, a los representantes de la Asociación Papa, Juan XXIII y de algunos Movimientos por la vida europeos.

A través de vosotros, aquí presentes, mi saludo afectuoso se extiende a quienes, no pudiendo participar personalmente, están espiritualmente unidos a nosotros. Pienso especialmente en los numerosos voluntarios que, con abnegación y generosidad, comparten con vosotros el noble ideal de la promoción y la defensa de la vida humana desde su concepción.

Vuestra visita tiene lugar treinta años después de la legalización del aborto en Italia, y tenéis la intención de sugerir una reflexión profunda sobre los efectos humanos y sociales que la ley ha producido en la comunidad civil y cristiana durante este período. Contemplando los tres decenios pasados y considerando la situación actual, no se puede por menos de reconocer que defender la vida humana se ha vuelto hoy prácticamente más difícil, porque se ha creado una mentalidad de desprecio progresivo de su valor, confiado al juicio de cada persona. Como consecuencia, se ha derivado un respeto menor a la misma persona humana, un valor que está en la base de toda convivencia civil, por encima de la fe que se profesa.

Ciertamente, son muchas y complejas las causas que llevan a decisiones dolorosas como el aborto. La Iglesia, fiel al mandato de su Señor, por una parte, no se cansa de reafirmar que el valor sagrado de la vida de todo hombre tiene sus raíces en el designio del Creador; y, por otra, estimula a promover toda iniciativa en apoyo de las mujeres y de las familias para crear condiciones favorables a la acogida de la vida, y a la tutela de la institución de la familia, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer. Haber permitido recurrir a la interrupción del embarazo no sólo no ha resuelto los problemas que afligen a muchas mujeres y a muchos núcleos familiares, sino que ha abierto una herida ulterior en nuestras

sociedades, por desgracia ya agobiadas por profundos sufrimientos.

En verdad, durante estos años se ha puesto mucho empeño, no sólo por parte de la Iglesia, para salir al paso de las necesidades y las dificultades de las familias. Pero no podemos ignorar que diversos problemas siguen atenazando a la sociedad actual, impidiendo a numerosos jóvenes cumplir su deseo de casarse y formar una familia, a causa de las condiciones desfavorables en las que viven. La falta de trabajo seguro, legislaciones a menudo deficientes en materia de tutela de la maternidad, y la imposibilidad de garantizar a los hijos un sustentamiento adecuado, son algunos de los impedimentos que parecen sofocar la exigencia del amor fecundo, mientras abren las puertas a un sentido cada vez mayor de desconfianza en el futuro.

Por eso, es necesario unir los esfuerzos para que las diversas instituciones pongan de nuevo en el centro de su acción la defensa de la vida humana y la atención prioritaria a la familia, en cuyo seno la vida nace y se desarrolla. Es preciso ayudar a la familia con todos los instrumentos legislativos, para facilitar su formación y su obra educativa, en el difícil contexto social actual.

Para los cristianos permanece siempre abierto, en este ámbito fundamental de la sociedad, un urgente e indispensable campo de apostolado y de testimonio evangélico: proteger la vida

con valentía y amor en todas sus fases. Por eso, queridos hermanos y hermanas, pido al Señor que bendiga la acción que, como *Centro de ayuda a la vida* y como *Movimiento por la vida*, lleváis a cabo para evitar el aborto también en los casos de embarazos difíciles, trabajando al mismo tiempo en los ámbitos de la educación, la cultura y el debate político.

Es necesario testimoniar de manera concreta que el respeto a la vida es la primera justicia que se debe aplicar. Para quien tiene el don de la fe, esto se convierte en un imperativo inderogable, porque el seguidor de Cristo está llamado a ser cada vez más “profeta” de una verdad que jamás podrá eliminarse: únicamente Dios es Señor de la vida. Él conoce, ama, quiere y guía a todo hombre. La unidad más profunda y grande de la humanidad sólo radica en el hecho de que todo ser humano realiza el proyecto único de Dios, cada uno tiene origen en la misma idea creadora de Dios. Por tanto, se comprende por qué la Biblia afirma: quien profana al hombre, profana la propiedad de Dios (cf. *Gn 9, 5*).

Este año se celebra el 60° aniversario de la Declaración universal de derechos humanos, cuyo mérito ha sido haber permitido a diferentes culturas, expresiones jurídicas y modelos institucionales converger en torno a un núcleo fundamental de valores y, por tanto, de derechos. Como recordé recientemente, durante mi visita a la

ONU, a los miembros de las Naciones Unidas, “los derechos humanos han de ser respetados como expresión de justicia, y no simplemente porque pueden hacerse respetar mediante la voluntad de los legisladores. La promoción de los derechos humanos sigue siendo la estrategia más eficaz para extirpar las desigualdades entre países y grupos sociales, así como para aumentar la seguridad” (*Discurso*, 18 de abril de 2008: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de abril de 2008, p. 10-11).

Por eso, también es digno de alabanza vuestro compromiso en el ámbito político como ayuda y estímulo a las instituciones, para que se otorgue el debido reconocimiento a la expresión “dignidad humana”. Vuestra iniciativa ante la Comisión para las peticiones del Parlamento europeo, en la que afirmáis los valores fundamentales del derecho a la vida desde la concepción, de la familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, del derecho de todo ser humano concebido a nacer y a ser educado en una familia constituida por sus padres confirma ulteriormente la solidez de vuestro compromiso y vuestra plena comunión con el Magisterio de la Iglesia, que desde siempre defiende dichos valores y proclama que “no son negociables”.

Queridos hermanos y hermanas, Juan Pablo II, al encontrarse con vosotros el 22 de mayo de 1998, os exhortó a perseverar en vuestro compromiso de

amor y defensa de la vida humana, y recordó que, gracias a vosotros, muchos niños podían experimentar la alegría del don inestimable de la vida. Diez años después, soy yo quien os agradece el servicio que habéis prestado a la Iglesia y a la sociedad. ¡Cuántas vidas humanas habéis salvado de la muerte! Proseguid por este camino y no tengáis miedo, para que la sonrisa de la vida triunfe en los labios de todos los niños y de sus madres.

Os encomiendo a cada uno de vosotros, y a las numerosas personas con quienes os encontraréis en los Centros de ayuda a la vida, a la protección materna de la Virgen María, Reina de la familia; y, a la vez que os aseguro mi recuerdo en la oración, os bendigo de corazón a vosotros y a cuantos forman parte de los Movimientos por la vida en Italia, en Europa y en el mundo.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a la 18ª sesión plenaria del  
Consejo Pontificio para la pastoral  
de los Emigrantes e Itinerantes***

*Sala del Consistorio, Jueves, 15 de mayo de 2008*

*Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra acogerlos con ocasión de la sesión plenaria del Consejo pontificio

para la pastoral de los emigrantes e itinerantes. Saludo, en particular, al presidente, señor cardenal Renato Raffaele Martino, al que agradezco las palabras con las que ha introducido nuestro encuentro, ilustrando los diversos aspectos del interesante tema que habéis afrontado durante estos días. Saludo también al secretario, arzobispo Agostino Marchetto, al monseñor subsecretario, a los oficiales y a los expertos, a los miembros y a los consultores. Dirijo a todos un cordial saludo lleno de gratitud por el trabajo realizado y por el empeño puesto en concretar cuanto se ha debatido y vislumbrado durante estos días para el bien de todas las familias.

Durante mi reciente visita a Estados Unidos, animé a este gran país a proseguir en su compromiso de acogida de los hermanos y hermanas que llegan allí procedentes, en general, de países pobres. En particular, señalé el grave problema de la reunificación familiar, tema que ya había afrontado en el Mensaje para la 93ª Jornada mundial del emigrante y el refugiado, dedicado precisamente al tema de la familia emigrante. Me complace recordar aquí que, en diversas ocasiones, he presentado el icono de la Sagrada Familia como modelo de las familias emigrantes, refiriéndome a la imagen propuesta por mi venerado predecesor, el Papa Pío XII, en la constitución apostólica *Exsul familia*, que constituye la *charta magna* de la pastoral de los emigrantes (cf. *AAS* 44, 1952, p. 649). Además, en los Mensajes de los años 1980,

1986 y 1993, mi venerado predecesor, Juan Pablo II, subrayó el compromiso eclesial en favor no sólo de la persona emigrante, sino también de su familia, comunidad de amor y factor de integración.

Ante todo, quiero reafirmar que la solicitud de la Iglesia por la familia emigrante no quita nada al interés pastoral por la familia itinerante. Más aún, este compromiso de mantener una unidad de visión y de acción entre las dos “alas” (emigración e itinerancia) de la movilidad humana puede ayudar a comprender la amplitud del fenómeno y, al mismo tiempo, servir de estímulo para todos con vistas a una pastoral específica, animada por los Sumos Pontífices, recomendada por el concilio ecuménico Vaticano II (cf. *Christus Dominus*, 18) y sostenida adecuadamente por los documentos elaborados por vuestro Consejo pontificio, así como por congresos y reuniones.

No hay que olvidar que la familia, incluida la emigrante y la itinerante, constituye la célula originaria de la sociedad, y no sólo no se la debe destruir, sino que se la debe defender con valentía y paciencia. La familia representa a la comunidad en la que desde la infancia nos enseñan a adorar y amar a Dios, asimilando la gramática de los valores humanos y morales, y aprendiendo a hacer buen uso de la libertad en la verdad. Por desgracia, en muchas situaciones esto sucede con dificultad, especialmente en el caso de quienes se

ven afectados por el fenómeno de la movilidad humana.

Además, en su acción de acogida y de diálogo con los emigrantes e itinerantes, la comunidad cristiana tiene como punto de referencia constante a la persona de Cristo, nuestro Señor. Él dejó a sus discípulos una regla de oro, según la cual orientar la propia vida: el mandamiento nuevo del amor. Cristo sigue transmitiendo a la Iglesia, mediante el Evangelio y los sacramentos, especialmente la santísima Eucaristía, el amor que vivió hasta la muerte y muerte de cruz.

A este propósito, es muy significativo que la liturgia prevea la celebración del sacramento del matrimonio en el corazón de la celebración eucarística. Así se pone de relieve el profundo vínculo que une esos dos sacramentos. En la vida diaria, el comportamiento de los esposos debe inspirarse en el ejemplo de Cristo, que “amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (*Ef* 5, 25). Este supremo gesto de amor se renueva en toda celebración eucarística.

Por tanto, la pastoral familiar debe remitir oportunamente a este dato sacramental como a su referente de fundamental importancia. Quien va a misa -y es necesario facilitar su celebración también a los emigrantes e itinerantes- encuentra en la Eucaristía una fortísima referencia a su familia, a su matrimonio, y se siente estimulado a vivir su situación en la perspectiva de

la fe, buscando en la gracia divina la fuerza necesaria para lograrlo.

Por último, es de todos conocido que la movilidad humana, en el actual mundo globalizado, representa una frontera importante para la nueva evangelización. Por eso, os aliento a proseguir en vuestro compromiso pastoral con renovado celo, mientras, por mi parte, os aseguro mi cercanía espiritual. Os acompaño con la oración, para que el Espíritu Santo haga fecundas todas vuestras iniciativas. Con este fin, invoco la protección materna de María santísima, Nuestra Señora del Camino, para que ayude a todo hombre y a toda mujer a conocer a su Hijo Jesucristo y a recibir de él el don de la salvación. Con este deseo, os imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros y a vuestros seres queridos, así como a todos los emigrantes e itinerantes en el vasto mundo y a sus familias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a un grupo de Vírgenes  
Consagradas con ocasión del  
Segundo Congreso del “Ordo  
Virginum”***

*Jueves, 15 de mayo de 2008*

*Amadísimas hermanas:*

1. Os acojo y saludo con alegría a cada una de vosotras, consagradas con “solemne rito nupcial a Cristo” (*Ritual*

*de consagración de vírgenes*, 30), con ocasión del congreso-peregrinación internacional del *Ordo virginum*, que estáis celebrando durante estos días en Roma.

Saludo, en particular, al cardenal Franc Rodé y le agradezco sus cordiales palabras y el empeño puesto en sostener esta iniciativa, a la vez que expreso de corazón mi gratitud al comité organizador. Al elegir el tema guía de estos días, os habéis inspirado en una afirmación mía que sintetiza lo que dije en otra ocasión sobre vuestra realidad de mujeres que viven la virginidad consagrada en el mundo: *un don en la Iglesia y para la Iglesia*. A esta luz, deseo confirmaros en vuestra vocación e invitaros a crecer cada día en la comprensión de un carisma tan luminoso y fecundo a los ojos de la fe, como oscuro e inútil a los del mundo.

2. “Sed esclavas del Señor de nombre y de hecho, a imitación de la Madre de Dios” (*Ritual de consagración de vírgenes*, 29). El Orden de las vírgenes constituye una expresión particular de vida consagrada, que volvió a florecer en la Iglesia después del concilio Vaticano II (cf. *Vita consecrata*, 7). Pero sus raíces son antiguas: se remontan a los inicios de la vida evangélica, cuando, como novedad inaudita, el corazón de algunas mujeres comenzó a abrirse al deseo de la virginidad consagrada, es decir, al deseo de entregar a Dios todo su ser, que había tenido en la Virgen de Nazaret y en su “sí” su primera realiza-

ción extraordinaria. El pensamiento de los Padres ve en María el prototipo de las vírgenes cristianas y muestra la novedad del nuevo estado de vida al que se accede mediante una libre elección de amor.

3. "Que en ti, Señor, lo posean todo, porque te han elegido a ti solo, por encima de todo" (*Ritual de consagración de vírgenes*, 38). Vuestro carisma debe reflejar la intensidad, pero también la lozanía de los orígenes. Se funda en la sencilla invitación evangélica de que "quien pueda entender, que entienda" (*Mt* 19, 12) y en el consejo paulino sobre la virginidad por el Reino (cf. *1 Co* 7, 25-35). Y, sin embargo, en él se encierra todo el misterio cristiano. Cuando nació, vuestro carisma no se configuraba con modalidades particulares de vida, pero después fue institucionalizándose paulatinamente, hasta llegar a una verdadera consagración pública y solemne, conferida por el obispo mediante un sugestivo rito litúrgico, que convertía a la mujer consagrada en la *sponsa Christi*, imagen de la Iglesia esposa.

4. Queridas hermanas, vuestra vocación está profundamente arraigada en la Iglesia particular a la que pertenecéis: a vuestros obispos corresponde reconocer en vosotras el carisma de virginidad, consagraros y posiblemente permanecer cerca de vosotras en vuestro camino, para enseñaros el temor del Señor, como se comprometen a hacer durante la solemne liturgia de consagración. Desde el ámbito de la dióce-

sis, con sus tradiciones, sus santos, sus valores, sus límites y sus dificultades, os extendéis al ámbito de la Iglesia universal, sobre todo compartiendo su oración litúrgica, que se os confía para que "resuene sin interrupción en vuestro corazón y en vuestros labios" (*Ritual de consagración de vírgenes*, 42). De este modo, vuestro "yo" orante se dilatará progresivamente hasta que en la oración sólo haya un gran "nosotros". Ésta es la oración eclesial y la verdadera liturgia. En el diálogo con Dios, abríos al diálogo con todas las criaturas, para las cuales seréis como madres, madres de los hijos de Dios (cf. *Ritual de consagración de vírgenes*, 29).

5. Sin embargo, vuestro ideal, en sí mismo verdaderamente elevado, no exige ningún cambio exterior particular. Normalmente, cada una de las consagradas permanece en su propio ambiente de vida. Es un camino que parece exento de las características específicas de la vida religiosa, sobre todo de la obediencia. Pero para vosotras el amor se convierte en seguimiento: vuestro carisma implica una entrega total a Cristo, una configuración con el Esposo, que requiere implícitamente la observancia de los consejos evangélicos, para conservar íntegra la fidelidad a él (cf. *Ritual de consagración de vírgenes*, 47).

Estar con Cristo exige interioridad, pero, al mismo tiempo, impulsa a comunicarse con los hermanos: aquí se inserta vuestra misión. Una "regla de

vida” esencial define el compromiso que cada una de vosotras asume con el permiso del obispo, tanto a nivel espiritual como existencial. Se trata de caminos personales. Entre vosotras hay diversos estilos y modalidades de vivir el don de la virginidad consagrada, y esto se hace aún más evidente durante un encuentro internacional, como el que estáis celebrando durante estos días. Os exhorto a ir más allá de las apariencias, captando el misterio de la ternura de Dios que cada una lleva en sí y reconociéndoos como hermanas, dentro de vuestra diversidad.

6.”Que vuestra vida sea un testimonio particular de caridad y signo visible del Reino futuro” (*Ritual de consagración de vírgenes*, 30). Haced que vuestra vida personal irradie siempre la dignidad de ser esposa de Cristo, que exprese la novedad de la existencia cristiana y la espera serena de la vida futura. Así, con vuestra vida recta, podréis ser estrellas que orientan el camino del mundo. En efecto, la elección de la vida virginal recuerda a las personas la transitoriedad de las realidades terrenas y la anticipación de los bienes futuros. Sed testigos de la espera vigilante y operante, de la alegría, de la paz, que es propia de quien se abandona al amor de Dios. Estad presentes en el mundo y, sin embargo, sed peregrinas hacia el Reino, pues la virgen consagrada se identifica con la esposa que, juntamente con el Espíritu, invoca la venida del Señor: “El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven!” (*Ap* 22, 17).

7.Al concluir, os encomiendo a María. Y hago mías las palabras de san Ambrosio, el cantor de la virginidad cristiana, dirigiéndolas a vosotras: “Que en cada una de vosotras esté el alma de María para proclamar la grandeza del Señor; que en cada una de vosotras esté el espíritu de María para que os alegréis en Dios. Aunque hay una sola madre de Cristo según la carne, en cambio, según la fe, Cristo es el fruto de todos, puesto que cada alma recibe al Verbo de Dios, con tal que, inmaculada y sin vicios, conserve la castidad con pudor virginal” (*Comentario a san Lucas* 2, 26: *PL* 15, 1642).

Con este deseo, os bendigo de corazón.

### ***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a un Congreso sobre la Familia***

*Sala Clementina, Viernes, 16 de mayo  
de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Gracias por vuestra visita, que me permite conocer la actividad que desarrollan vuestras beneméritas asociaciones, integrantes del Foro de asociaciones familiares y de la Federación europea de asociaciones familiares católicas. Os saludo cordialmente a cada uno y, en primer lugar, al presidente del Foro, abogado Giovanni Giacobbe, a quien agradezco las amables palabras que me ha dirigido en vuestro nombre.

Este encuentro tiene lugar con ocasión de la celebración anual de la *Jornada internacional de la familia*, que fue ayer, 15 de mayo. Para subrayar la importancia de esta Jornada, habéis organizado un congreso con un tema de gran actualidad: “La alianza por la familia en Europa: el asociacionismo protagonista”, para confrontar las experiencias entre las diversas formas de asociaciones familiares y con el objetivo de sensibilizar a los gobernantes y a la opinión pública sobre el papel central e insustituible que desempeña la familia en nuestra sociedad. En efecto, como con razón observáis, una acción política que desee mirar con clarividencia el futuro no puede menos de situar a la familia en el centro de su atención y de su programación.

Este año, como bien sabéis, se celebra el 40° aniversario de la encíclica *Humanae vitae* y el 25° de la promulgación de la *Carta de los derechos de la familia*, presentada por la Santa Sede el 22 de octubre de 1983. Estos dos documentos están idealmente unidos entre sí, porque, si el primero subraya con fuerza, yendo con valentía contra corriente con respecto a la cultura dominante, la calidad del amor de los esposos, no manipulado por el egoísmo y abierto a la vida, el segundo pone de relieve los derechos inalienables que permiten a la familia, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, ser la cuna natural de la vida humana.

En particular, la *Carta de los derechos de la familia*, dirigida principalmente

a los gobiernos, ofrece, a quien está investido de responsabilidad en orden al bien común, un modelo y un punto de referencia para la elaboración de una adecuada legislación política de la familia. Al mismo tiempo, se dirige a todas las familias estimulándolas a que se unan en la defensa y promoción de sus derechos. Y vuestro asociacionismo, al respecto, puede constituir un instrumento muy oportuno para realizar mejor el espíritu de la citada *Carta de los derechos de la familia*.

El amado Pontífice, Juan Pablo II, con razón llamado también el “Papa de la familia”, repetía que “el futuro de la humanidad se fragua en la familia” (*Familiaris consortio*, 86). Subrayaba con frecuencia el valor insustituible de la institución familiar, según el plan de Dios, Creador y Padre. También yo, al inicio de mi pontificado, el 6 de junio de 2005, en la apertura de la asamblea de la diócesis de Roma, dedicada precisamente a la familia, reafirmé que la verdad del matrimonio y de la familia hunde sus raíces en la verdad del hombre y ha tenido su realización en la historia de la salvación, en cuyo centro están las palabras: “Dios ama a su pueblo”.

En efecto, la revelación bíblica es ante todo expresión de una historia de amor, la historia de la alianza de Dios con los hombres. He aquí por qué la historia del amor y de la unión entre un hombre y una mujer en la alianza del matrimonio fue asumida por Dios como símbolo de la historia de la salva-

ción. Precisamente por esto, la unión de vida y de amor, basada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, que constituye la familia, representa un bien insustituible para toda la sociedad, que no se debe confundir ni equiparar a otros tipos de unión.

Sabemos bien cuántos desafíos afrontan hoy las familias, cuán difícil es realizar, en las condiciones sociales modernas, el ideal de fidelidad y de solidez del amor conyugal, tener hijos y educarlos, y conservar la armonía del núcleo familiar. Si, gracias a Dios, existen ejemplos luminosos de familias sólidas y abiertas a la cultura de la vida y del amor, no faltan lamentablemente, e incluso están aumentando, las crisis matrimoniales y familiares. Muchas familias, que se encuentran en condiciones de preocupante precariedad, elevan, a veces incluso de forma inconsciente, un grito, una petición de ayuda que interpela a los responsables de las administraciones públicas, de las comunidades eclesiales y de las distintas agencias educativas.

Por eso, es cada vez más urgente el compromiso de unir fuerzas para sostener, con todos los medios posibles, a las familias desde el punto de vista social y económico, jurídico y espiritual. En este contexto me complace subrayar y alentar algunas iniciativas y propuestas presentadas en vuestro congreso. Me refiero, por ejemplo, al plausible empeño de movilizar a los ciudadanos en apoyo de la iniciativa por “una fiscali-

zación a medida de la familia”, a fin de que los gobiernos promuevan una política familiar que ofrezca a los padres la posibilidad concreta de tener hijos y educarlos en la familia.

Para los creyentes, la familia, célula de comunión que constituye el fundamento de la sociedad, es como una “pequeña iglesia doméstica”, llamada a revelar al mundo el amor de Dios. Queridos hermanos y hermanas, ayudad a las familias a ser signo visible de esta verdad, a defender los valores inscritos en la naturaleza humana y, por tanto, comunes a toda la humanidad, esto es, la vida, la familia y la educación. Esos principios no derivan de una confesión de fe, sino de la aplicación de la justicia que respeta los derechos de cada hombre.

Ésta es vuestra misión, queridas familias cristianas. Que jamás desfallezca vuestra confianza en el Señor y la comunión con él en la oración y en la referencia constante a su Palabra. Así seréis testigos de su amor, no contando simplemente con recursos humanos, sino apoyándoos firmemente en la roca que es Dios, vivificados por el poder de su Espíritu.

Que María, Reina de la familia, Estrella luminosa de esperanza, guíe el camino de todas las familias de la humanidad. Con estos sentimientos, de buen grado os bendigo a vosotros, aquí presentes, y a cuantos forman parte de las diversas asociaciones que representáis.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a la Asamblea Plenaria de los  
directores de las Obras Misionales  
Pontificias***

*Sábado, 17 de mayo de 2008*

*Señor cardenal; venerados hermanos  
en el episcopado y en el sacerdocio; queri-  
dos hermanos y hermanas:*

Me alegra particularmente encontrarme con todos vosotros, que estáis comprometidos directamente en las Obras misionales pontificias, organismos al servicio del Papa y de los obispos de las Iglesias particulares para realizar el mandato misionero de evangelizar a las gentes hasta los confines de la tierra. En primer lugar, expreso mi cordial agradecimiento al señor cardenal Ivan Dias, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos, por las palabras que me ha dirigido en nombre de todos los presentes. Extiendo mi saludo al secretario y a todos los colaboradores del dicasterio misionero, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y laicas. Queridos hermanos, gracias a vuestro intenso trabajo la afirmación del Concilio, según la cual “toda la Iglesia es misionera por su misma naturaleza”, se hace realidad efectiva.

Las Obras misionales pontificias tienen el carisma de promover entre los cristianos el celo por el reino de Dios, que se ha de instaurar por doquier a través del anuncio del Evangelio. Surgidas con esta dimensión universal,

fueron un instrumento valioso en las manos de mis predecesores, que las elevaron al rango de pontificias, recomendando a los obispos instituir las en sus diócesis. El concilio Vaticano II les reconoció, con razón, el primer lugar en la cooperación misionera, “pues son medios para infundir en los católicos, ya desde la infancia, el sentido verdaderamente universal y misionero y para estimular la recogida eficaz de ayudas en favor de todas las misiones según las necesidades de cada una” (*Ad gentes*, 38). El Concilio profundizó particularmente en la naturaleza y la misión de la Iglesia particular, reconociendo su plena dignidad y su responsabilidad misionera.

La misión es tarea y deber de todas las Iglesias, que como vasos comunicantes comparten personas y recursos para realizarla. Cada Iglesia particular es el pueblo elegido entre las gentes, convocado en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para “anunciar las maravillas del que los llamó de las tinieblas a su luz admirable” (*Lumen gentium*, 10). Es el lugar donde el Espíritu se manifiesta con la riqueza de sus carismas, suscitando en cada fiel la llamada y la responsabilidad de la misión. Su misión consiste en promover la comunión. A los gérmenes de disgregación entre los hombres, que la experiencia diaria muestra tan arraigados en la humanidad a causa del pecado, la Iglesia particular contrapone la fuerza generadora de unidad del Cuerpo de Cristo.

El Papa, Juan Pablo II, afirmó con alegría que “se han multiplicado las Iglesias particulares provistas de obispo, clero y personal apostólico propios; (...) la comunión entre las Iglesias lleva a un intercambio eficaz de bienes y dones espirituales; (...) se está afianzando una conciencia nueva, según la cual la misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales” (*Redemptoris missio*, 2). Gracias a la reflexión que han desarrollado durante estos decenios, las Obras misionales pontificias se han insertado en el contexto de los nuevos paradigmas de evangelización y del modelo eclesiológico de comunión entre las Iglesias.

Es evidente que son pontificias, pero por derecho son también episcopales, en cuanto instrumentos en las manos de los obispos para realizar el mandato misionero de Cristo. “Las Obras misionales pontificias, aunque son las Obras del Papa, lo son también del entero Episcopado y de todo el pueblo de Dios” (Pablo VI, *Mensaje para la Jornada mundial de las misiones de 1968*). Son el instrumento específico, privilegiado y principal para la educación en el espíritu misionero universal, para la comunión y la colaboración inter-ecclesial al servicio del anuncio del Evangelio (cf. *Estatuto*, 18).

También en esta fase de la historia de la Iglesia, considerada misionera por su naturaleza, el carisma y el trabajo de las Obras misionales pontificias no se han

agotado, y no deben faltar nunca. Sigue siendo urgente y necesaria la misión de evangelizar a la humanidad. La misión es un deber, al que hay que responder: “¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (*1 Co* 9, 16). El apóstol san Pablo, a quien la Iglesia dedica un año especial conmemorando dos mil años de su nacimiento, comprendió en el camino de Damasco, y experimentó después a lo largo de su ministerio, que la redención y la misión son actos de amor. El amor a Cristo lo impulsó a recorrer las calles del Imperio romano, a ser heraldo, apóstol, anunciador del Evangelio (cf. *2 Tm* 2, 1. 11) y a hacerse todo a todos, para salvar a toda costa a algunos (cf. *1 Co* 9, 22). “El que anuncia el Evangelio participa de la caridad de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros (cf. *Ef* 5, 2); es su emisario y suplica en nombre de Cristo: reconciliaos con Dios (cf. *2 Co* 5, 20)” (Congregación para la doctrina de la fe, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, n. 11: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 21 de diciembre de 2007, p. 12). El amor es lo que nos debe impulsar a anunciar con franqueza y valentía a todos los hombres la verdad que salva (cf. *Gaudium et spes*, 28). Un amor que se debe irradiar por doquier y alcanzar el corazón de todo hombre, pues los hombres esperan a Cristo.

Las palabras de Jesús, “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y en-

señándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28, 19-20), constituyen aún un mandato obligatorio para toda la Iglesia y para cada uno de los fieles de Cristo. Este compromiso apostólico es un deber y también un derecho irrenunciable, expresión propia de la libertad religiosa, que tiene sus correspondientes dimensiones ético-sociales y ético-políticas (cf. *Dignitatis humanae*, 6).

A las Obras misionales pontificias se les pide hacer de la *missio ad gentes* el paradigma de toda la actividad pastoral. A ellas, y de modo particular a la Unión misional pontificia, les corresponde la tarea de “promover y difundir cada vez más en el pueblo cristiano el misterio de la Iglesia, es decir, este eficaz espíritu misionero” (Pablo VI, *Graves et incrementos*). Estoy seguro de que seguiréis comprometiéndoos con todo vuestro entusiasmo para que vuestras Iglesias particulares asuman cada vez con más generosidad su parte de responsabilidad en la misión universal.

Imparto a todos mi bendición.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a un Congreso organizado por  
el Consejo Pontificio para las  
Comunicaciones Sociales***

*Viernes, 23 de mayo de 2008*

*Venerados hermanos en el episcopado y*

*en el sacerdocio; ilustres señores y amables señoras:*

Me alegra mucho daros mi bienvenida a todos vosotros -académicos y educadores de las instituciones católicas de enseñanza superior-, reunidos en Roma para reflexionar, juntamente con los componentes del Consejo pontificio para las comunicaciones sociales, sobre la identidad y la misión de las facultades de comunicación en las Universidades católicas. A través de vosotros, deseo saludar a vuestros colegas, a vuestros estudiantes y a cuantos forman parte de las facultades que representáis. Doy las gracias, en particular, a vuestro presidente, monseñor Claudio Maria Celli, por las amables palabras que me ha dirigido. Saludo asimismo a los secretarios y al subsecretario del Consejo pontificio para las comunicaciones sociales.

Las distintas formas de comunicación -diálogo, oración, enseñanza, testimonio, proclamación- y sus diversos instrumentos -prensa, electrónica, artes visuales, música, voz, gestos y contacto- son manifestaciones de la naturaleza fundamental de la persona humana. La comunicación revela a la persona, crea relaciones auténticas y comunidad, y permite a los seres humanos madurar en conocimiento, sabiduría y amor. Sin embargo, la comunicación no es sólo producto de una mera y fortuita casualidad, o de nuestras capacidades humanas. A la luz del mensaje bíblico, refleja

más bien nuestra participación en el Amor trinitario creativo, comunicativo y unificador, que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dios nos ha creado para estar unidos a él, y nos ha dado el don y la tarea de la comunicación, porque quiere que obtengamos esta unión, no solos, sino a través de nuestro conocimiento, nuestro amor y nuestro servicio a él y a nuestros hermanos y hermanas, en una relación comunicativa y amorosa.

Es evidente que en el centro de cualquier reflexión seria sobre la naturaleza y la finalidad de las comunicaciones humanas debe estar un compromiso con las cuestiones relativas a la verdad. Un comunicador puede intentar informar, educar, entretener, convencer, consolar, pero el valor final de cualquier comunicación reside en su veracidad. En una de las primeras reflexiones sobre la naturaleza de la comunicación, Platón subrayó los peligros de cualquier tipo de comunicación que busque promover los objetivos y los propósitos del comunicador o de aquéllos para quienes trabaja sin considerar la verdad de cuanto se comunica. También vale la pena recordar la sabia definición de orador que dio Catón el Viejo: *vir bonus dicendi peritus*, un hombre bueno y honesto, hábil para comunicar.

El arte de la comunicación, por su naturaleza, está vinculado a un valor ético, a las virtudes que son el fundamento de la moral. A la luz de esa

definición, os aliento, como educadores, a que alimentéis y recompenséis la pasión por la verdad y la bondad que siempre es fuerte en los jóvenes. Ayudadles a dedicarse plenamente a la búsqueda de la verdad. Pero enseñadles también que su pasión por la verdad, que también puede servirse de cierto escepticismo metodológico, especialmente en cuestiones de interés público, no debe distorsionarse ni convertirse en un cinismo relativista según el cual se rechaza o ignora habitualmente cualquier apelación a la verdad y a la belleza.

Os aliento a poner mayor atención en los programas académicos del ámbito de los medios de comunicación social, en especial en las dimensiones éticas de la comunicación entre las personas, en un período en el que el fenómeno de la comunicación está ocupando un lugar cada vez mayor en todos los contextos sociales. Es importante que esta formación jamás se considere como un simple ejercicio técnico o como mero deseo de dar informaciones; conviene que sea principalmente una invitación a promover la verdad en la información y a hacer reflexionar a nuestros contemporáneos sobre los acontecimientos, a fin de ser educadores de los hombres de hoy y construir un mundo mejor. También es necesario promover la justicia y la solidaridad, y respetar en toda circunstancia el valor y la dignidad de cada persona, que tiene derecho a no ser ofendida en lo que concierne a su vida privada.

Sería una tragedia para el futuro de la humanidad si los nuevos instrumentos de comunicación, que permiten compartir el conocimiento y la información de manera más rápida y eficaz, no fueran accesibles a los que ya están marginados económica y socialmente, o sólo contribuyeran a agrandar la distancia que separa a estas personas de las nuevas redes que se están desarrollando al servicio de la socialización humana, la información y el aprendizaje. Por otro lado, sería igualmente grave que la tendencia globalizante en el mundo de las comunicaciones debilitara o eliminara las costumbres tradicionales y las culturas locales, de manera especial las que han logrado fortalecer los valores familiares y sociales, el amor, la solidaridad y el respeto a la vida.

En ese contexto, deseo expresar mi aprecio a aquellas comunidades religiosas que, no obstante los altos costos financieros o los innumerables recursos humanos, han abierto Universidades católicas en los países en vías de desarrollo, y me complace que muchas de estas instituciones estén hoy aquí representadas. Sus esfuerzos asegurarán a los países donde se encuentran el beneficio de la colaboración de hombres y mujeres jóvenes que reciben una formación profesional profunda, inspirada en la ética cristiana, que promueve la educación y la enseñanza como un servicio a toda la comunidad. Valoro de manera particular su compromiso por ofrecer una esmerada educación

para todos, independientemente de la raza, condición social o credo, lo cual constituye la misión de la Universidad católica.

En estos días estáis examinando la cuestión de la identidad de una Universidad o de una escuela católica. Al respecto, os recuerdo que esta identidad no es sólo una cuestión de número de alumnos católicos; es sobre todo una cuestión de convicción: se trata de creer verdaderamente que el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. La consecuencia es que la identidad católica está en primer lugar en la decisión de encomendarse uno mismo -inteligencia y voluntad, mente y corazón- a Dios. Como expertos en la teoría y en la práctica de la comunicación, y como educadores que están formando una nueva generación de comunicadores, desempeñáis un papel privilegiado no sólo en la vida de vuestros alumnos, sino también en la misión de vuestras Iglesias locales y de sus pastores para dar a conocer la buena nueva del amor de Dios a todas las personas.

Queridos hermanos, a la vez que confirmo mi aprecio por vuestro sugestivo encuentro, que abre el corazón a la esperanza, deseo aseguraros que sigo vuestra importante actividad con la oración y la compañía con una especial bendición apostólica, que extiende de corazón a todos vuestros seres queridos.

## HOMILÍAS

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la Solemnidad de Pentecostés***

*Basilica de San Pedro, Domingo, 11  
de mayo de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

San Lucas pone en el capítulo segundo de los *Hechos de los Apóstoles* el relato del acontecimiento de Pentecostés, que hemos escuchado en la primera lectura. Introduce el capítulo con la expresión: «Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar» (*Hch* 2, 1). Son palabras que se refieren al cuadro precedente, en el que san Lucas había descrito la pequeña comunidad de discípulos, que se reunía asiduamente en Jerusalén después de la Ascensión de Jesús al cielo (cf. *Hch* 1, 12-14). Es una descripción muy detallada: el lugar «donde vivían» -el Cenáculo- es un ambiente en la «estancia superior». A los once Apóstoles se les menciona por su nombre, y los tres primeros son Pedro, Juan y Santiago, las «columnas» de la comunidad. Juntamente con ellos se menciona a «algunas mujeres», a «María, la madre de Jesús» y a «sus hermanos», integrados en esta nueva familia, que ya no se basa en vínculos de sangre, sino en la fe en Cristo.

A este «nuevo Israel» alude claramente el número total de las personas, que era de «unos ciento veinte», múl-

tiplo del «doce» del Colegio apostólico. El grupo constituye una auténtica *qahal*, una «asamblea» según el modelo de la primera Alianza, la comunidad convocada para escuchar la voz del Señor y seguir sus caminos. El *libro de los Hechos* subraya que «todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu» (*Hch* 1, 14). Por tanto, la oración es la principal actividad de la Iglesia naciente, mediante la cual recibe su unidad del Señor y se deja guiar por su voluntad, como lo demuestra también la decisión de echar a suerte la elección del que debía ocupar el lugar de Judas (cf. *Hch* 1, 25).

Esta comunidad se encontraba reunida en el mismo lugar, el Cenáculo, durante la mañana de la fiesta judía de Pentecostés, fiesta de la Alianza, en la que se conmemoraba el acontecimiento del Sinaí, cuando Dios, mediante Moisés, propuso a Israel que se convirtiera en su propiedad de entre todos los pueblos, para ser signo de su santidad (cf. *Ex* 19). Según el libro del *Éxodo*, ese antiguo pacto fue acompañado por una formidable manifestación de fuerza por parte del Señor: «Todo el monte Sinaí humeaba -se lee en ese pasaje-, porque el Señor había descendido sobre él en el fuego. Subía el humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia» (*Ex* 19, 18).

En el Pentecostés del Nuevo Testamento volvemos a encontrar los ele-

mentos del viento y del fuego, pero sin las resonancias de miedo. En particular, el fuego toma la forma de lenguas que se posan sobre cada uno de los discípulos, todos los cuales «se llenaron de Espíritu Santo» y, por efecto de dicha efusión, «empezaron a hablar en lenguas extranjeras» (*Hch* 2, 4). Se trata de un verdadero «bautismo» de fuego de la comunidad, una especie de nueva creación. En Pentecostés, la Iglesia no es constituida por una voluntad humana, sino por la fuerza del Espíritu de Dios. Inmediatamente se ve cómo este Espíritu da vida a una comunidad que es al mismo tiempo una y universal, superando así la maldición de Babel (cf. *Gn* 11, 7-9). En efecto, sólo el Espíritu Santo, que crea unidad en el amor y en la aceptación recíproca de la diversidad, puede liberar a la humanidad de la constante tentación de una voluntad de potencia terrena que quiere dominar y uniformar todo.

En uno de sus sermones, san Agustín llama a la Iglesia «*Societas Spiritus*», sociedad del Espíritu (*Serm.* 71, 19, 32; *PL* 38, 462). Pero ya antes de él san Ireneo había formulado una verdad que quiero recordar aquí: «Donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia, y el Espíritu es la verdad; alejarse de la Iglesia significa rechazar al Espíritu» y por eso «excluirse de la vida» (*Adv. haer.* III, 24, 1).

A partir del acontecimiento de Pentecostés se manifiesta plenamente esta

unión entre el Espíritu de Cristo y su Cuerpo místico, es decir, la Iglesia. Quiero comentar un aspecto peculiar de la acción del Espíritu Santo, es decir, la relación entre multiplicidad y unidad. De esto habla la segunda lectura, tratando de la armonía de los diversos carismas en la comunión del mismo Espíritu. Pero ya en el relato de los *Hechos*, que hemos escuchado, esta relación se manifiesta con extraordinaria evidencia.

En el acontecimiento de Pentecostés resulta evidente que a la Iglesia pertenecen múltiples lenguas y culturas diversas; en la fe pueden comprenderse y fecundarse recíprocamente. San Lucas quiere transmitir claramente una idea fundamental: en el acto mismo de su nacimiento la Iglesia ya es «católica», universal. Habla desde el principio todas las lenguas, porque el Evangelio que se le ha confiado está destinado a todos los pueblos, según la voluntad y el mandato de Cristo resucitado (cf. *Mt* 28, 19).

La Iglesia que nace en Pentecostés, ante todo, no es una comunidad particular -la Iglesia de Jerusalén-, sino la Iglesia universal, que habla las lenguas de todos los pueblos. De ella nacerán luego otras comunidades en todas las partes del mundo, Iglesias particulares que son todas y siempre actuaciones de una sola y única Iglesia de Cristo. Por tanto, la Iglesia católica no es una federación de Iglesias, sino una única realidad: la prioridad ontológica co-

responde a la Iglesia universal. Una comunidad que no fuera católica en este sentido, ni siquiera sería Iglesia.

A este respecto, es preciso añadir otro aspecto: el de la visión teológica de los *Hechos de los Apóstoles* sobre el camino de la Iglesia de Jerusalén a Roma. Entre los pueblos representados en Jerusalén el día de Pentecostés san Lucas cita a los «forasteros de Roma» (*Hch* 2, 10). En ese momento, Roma era aún lejana, era «forastera» para la Iglesia naciente: era símbolo del mundo pagano en general. Pero la fuerza del Espíritu Santo guiará los pasos de los testigos «hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8), hasta Roma. El libro de los *Hechos de los Apóstoles* termina precisamente cuando san Pablo, por un designio providencial, llega a la capital del imperio y allí anuncia el Evangelio (cf. *Hch* 28, 30-31). Así, el camino de la palabra de Dios, iniciado en Jerusalén, llega a su meta, porque Roma representa el mundo entero y por eso encarna la idea de catolicidad de san Lucas. Se ha realizado la Iglesia universal, la Iglesia católica, que es la continuación del pueblo de la elección, y hace suya su historia y su misión.

Llegados a este punto, y para concluir, el evangelio de san Juan nos presenta una palabra que armoniza muy bien con el misterio de la Iglesia creada por el Espíritu. La palabra que Jesús resucitado pronunció dos veces cuando se apareció en medio de los discípulos en el Cenáculo, al anochecer de

Pascua: «*Shalom*», «Paz a vosotros» (*Jn* 20, 19. 21). La palabra *shalom* no es un simple saludo; es mucho más: es el don de la paz prometida (cf. *Jn* 14, 27) y conquistada por Jesús al precio de su sangre; es el fruto de su victoria en la lucha contra el espíritu del mal. Así pues, es una paz «no como la da el mundo», sino como sólo Dios puede darla.

En esta fiesta del Espíritu y de la Iglesia queremos dar gracias a Dios por haber concedido a su pueblo, elegido y formado en medio de todos los pueblos, el bien inestimable de la paz, de su paz. Al mismo tiempo, renovamos la toma de conciencia de la responsabilidad que va unida a este don: responsabilidad de la Iglesia de ser constitucionalmente signo e instrumento de la paz de Dios para todos los pueblos. Traté de transmitir este mensaje cuando visité recientemente la sede de la ONU para dirigir mi palabra a los representantes de los pueblos. Pero no se debe pensar sólo en estos acontecimientos «en la cumbre». La Iglesia presta su servicio a la paz de Cristo sobre todo con su presencia y su acción ordinaria en medio de los hombres, con la predicación del Evangelio y con los signos de amor y de misericordia que la acompañan (cf. *Mc* 16, 20).

Entre estos signos hay que subrayar, naturalmente, el sacramento de la Reconciliación, que Cristo resucitado instituyó en el mismo momento en el que dio a los discípulos su paz y su Espíri-

tu. Como hemos escuchado en la página evangélica, Jesús exhaló su aliento sobre los Apóstoles y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 21-23).

¡Cuán importante y por desgracia no suficientemente comprendido es el don de la Reconciliación, que pacifica los corazones! La paz de Cristo sólo se difunde a través del corazón renovado de hombres y mujeres reconciliados y convertidos en servidores de la justicia, dispuestos a difundir en el mundo la paz únicamente con la fuerza de la verdad, sin componendas con la mentalidad del mundo, porque el mundo no puede dar la paz de Cristo. Así la Iglesia puede ser fermento de la reconciliación que viene de Dios. Sólo puede serlo si permanece dócil al Espíritu y da testimonio del Evangelio; sólo si lleva la cruz como Jesús y con Jesús. Precisamente esto es lo que testimonian los santos y las santas de todos los tiempos.

Queridos hermanos y hermanas, a la luz de esta Palabra de vida, ha de ser aún más ferviente e intensa la oración que hoy elevamos a Dios en unión espiritual con la Virgen María. Que la Virgen de la escucha, la Madre de la Iglesia, obtenga para nuestras comunidades y para todos los cristianos una renovada efusión del Espíritu Santo Paráclito.

*«Emitte Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terrae», «Envía tu Espíritu, Señor, todo se volverá a crear y renovarás la faz de la tierra». Amén*

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la Santa Misa y procesión  
Eucarística a la Basílica de Santa  
María la Mayor en la Solemnidad  
del Santísimo Cuerpo y Sangre de  
Cristo***

*Atrio de la Basílica de San Juan de  
Letrán, jueves, 22 de mayo de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

Después del tiempo fuerte del año litúrgico, que, centrándose en la Pascua se prolonga durante tres meses -primero los cuarenta días de la Cuaresma y luego los cincuenta días del Tiempo pascual-, la liturgia nos hace celebrar tres fiestas que tienen un carácter “sintético”: la Santísima Trinidad, el *Corpus Christi* y, por último, el Sagrado Corazón de Jesús.

¿Cuál es el significado específico de la solemnidad de hoy, del Cuerpo y la Sangre de Cristo? Nos lo manifiesta la celebración misma que estamos realizando, con el desarrollo de sus gestos fundamentales: ante todo, nos hemos *reunido* alrededor del altar del Señor para *estar juntos en su presencia*; luego, tendrá lugar la procesión, es decir, *caminar con el Señor*; y, por último, *arro-*

*dillarse ante el Señor*, la adoración, que comienza ya en la misa y acompaña toda la procesión, pero que culmina en el momento final de la bendición eucarística, cuando todos nos postremos ante Aquél que se inclinó hasta nosotros y dio la vida por nosotros. Reflexionemos brevemente sobre estas tres actitudes para que sean realmente expresión de nuestra fe y de nuestra vida.

Así pues, el primer acto es el de *reunirse* en la presencia del Señor. Es lo que antiguamente se llamaba “*statio*”. Imaginemos por un momento que en toda Roma sólo existiera este altar, y que se invitara a todos los cristianos de la ciudad a reunirse aquí para celebrar al Salvador, muerto y resucitado. Esto nos permite hacernos una idea de los orígenes de la celebración eucarística, en Roma y en otras muchas ciudades a las que llegaba el mensaje evangélico: en cada Iglesia particular había un solo obispo y en torno a él, en torno a la Eucaristía celebrada por él, se constituía la comunidad, única, pues era uno solo el Cáliz bendecido y era uno solo el Pan partido, como hemos escuchado en las palabras del apóstol san Pablo en la segunda lectura (cf. *1 Co* 10, 16-17).

Viene a la mente otra famosa expresión de san Pablo: “Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (*Ga* 3, 28). “Todos vosotros sois uno”. En estas palabras se percibe la verdad y la fuerza de la

revolución cristiana, la revolución más profunda de la historia humana, que se experimenta precisamente alrededor de la Eucaristía: aquí se reúnen, en la presencia del Señor, personas de edad, sexo, condición social e ideas políticas diferentes.

La Eucaristía no puede ser nunca un hecho privado, reservado a personas escogidas según afinidades o amistad. La Eucaristía es un culto público, que no tiene nada de esotérico, de exclusivo. Nosotros, esta tarde, no hemos elegido con quién queríamos reunirnos; hemos venido y nos encontramos unos junto a otros, unidos por la fe y llamados a convertirnos en un único cuerpo, compartiendo el único Pan que es Cristo. Estamos unidos más allá de nuestras diferencias de nacionalidad, de profesión, de clase social, de ideas políticas: nos abrimos los unos a los otros para convertirnos en una sola cosa a partir de él. Ésta ha sido, desde los inicios, la característica del cristianismo, realizada visiblemente alrededor de la Eucaristía, y es necesario velar siempre para que las tentaciones del particularismo, aunque sea de buena fe, no vayan de hecho en sentido opuesto. Por tanto, el *Corpus Christi* ante todo nos recuerda que ser cristianos quiere decir reunirse desde todas las partes para estar en la presencia del único Señor y ser uno en él y con él.

El segundo aspecto constitutivo es *caminar con el Señor*. Es la realidad manifestada por la procesión, que vi-

viremos juntos después de la santa misa, como su prolongación natural, avanzando tras Aquél que es el Camino. Con el don de sí mismo en la Eucaristía, el Señor Jesús nos libra de nuestras “parálisis”, nos levanta y nos hace “*pro-cedere*”, es decir, nos hace dar un paso adelante, y luego otro, y de este modo nos pone en camino, con la fuerza de este Pan de la vida. Como le sucedió al profeta Elías, que se había refugiado en el desierto por miedo a sus enemigos, y había decidido dejarse morir (cf. *1 R 19*, 1-4). Pero Dios lo despertó y le puso a su lado una torta recién cocida: “Levántate y come -le dijo-, porque el camino es demasiado largo para ti” (*1 R 19*, 5. 7).

La procesión del *Corpus Christi* nos enseña que la Eucaristía nos quiere librar de todo abatimiento y desconsuelo, quiere volver a levantarnos para que podamos reanudar el camino con la fuerza que Dios nos da mediante Jesucristo. Es la experiencia del pueblo de Israel en el éxodo de Egipto, la larga peregrinación a través del desierto, de la que nos ha hablado la primera lectura. Una experiencia que para Israel es constitutiva, pero que resulta ejemplar para toda la humanidad.

De hecho, la expresión “no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor” (*Dt 8*, 3) es una afirmación universal, que se refiere a todo hombre en cuanto hombre. Cada uno puede hallar su propio camino, si se encuen-

tra con Aquél que es Palabra y Pan de vida, y se deja guiar por su amigable presencia. Sin el Dios-con-nosotros, el Dios cercano, ¿cómo podemos afrontar la peregrinación de la existencia, ya sea individualmente ya sea como sociedad y familia de los pueblos?

La Eucaristía es el sacramento del Dios que no nos deja solos en el camino, sino que nos acompaña y nos indica la dirección. En efecto, no basta avanzar; es necesario ver hacia dónde vamos. No basta el “progreso”, si no hay criterios de referencia. Más aún, si nos salimos del camino, corremos el riesgo de caer en un precipicio, o de alejarnos más rápidamente de la meta. Dios nos ha creado libres, pero no nos ha dejado solos: se ha hecho él mismo “camino” y ha venido a caminar juntamente con nosotros a fin de que nuestra libertad tenga el criterio para discernir la senda correcta y recorrerla.

Al llegar a este punto, no se puede menos de pensar en el inicio del “Decálogo”, los diez mandamientos, donde está escrito: “Yo, el Señor, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí” (*Ex 20*, 2-3). Aquí encontramos el tercer elemento constitutivo del *Corpus Christi*: arrodillarse en adoración ante el Señor. Adorar al Dios de Jesucristo, que se hizo pan partido por amor, es el remedio más válido y radical contra las idolatrías de ayer y hoy. Arrodillarse ante la Eucaristía es una profesión

de libertad: quien se inclina ante Jesús no puede y no debe postrarse ante ningún poder terreno, por más fuerte que sea. Los cristianos sólo nos arrodillamos ante Dios, ante el Santísimo Sacramento, porque sabemos y creemos que en él está presente el único Dios verdadero, que ha creado el mundo y lo ha amado hasta el punto de entregar a su Hijo único (cf. *Jn* 3, 16).

Nos postramos ante Dios que primero se ha inclinado hacia el hombre, como buen Samaritano, para socorrerlo y devolverle la vida, y se ha arrodillado ante nosotros para lavar nuestros pies sucios. Adorar el Cuerpo de Cristo quiere decir creer que allí, en ese pedazo de pan, se encuentra realmente Cristo, el cual da verdaderamente sentido a la vida, al inmenso universo y a la criatura más pequeña, a toda la historia humana y a la existencia más breve. La adoración es oración que prolonga la celebración y la comunión eucarística; en ella el alma sigue alimentándose: se alimenta de amor, de verdad, de paz; se alimenta de esperanza, pues Aquél ante el cual nos postramos no nos juzga, no nos aplasta, sino que nos libera y nos transforma.

Por eso, reunirnos, caminar, adorar, nos llena de alegría. Haciendo nuestra la actitud de adoración de María, a la que recordamos de modo especial en este mes de mayo, oramos por nosotros y por todos; oramos por todas las personas que viven en esta ciudad, para que te conozcan a ti, Padre, y al que

enviaste, Jesucristo, a fin de tener así la vida en abundancia. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la Misa en sufragio del Cardenal  
Bernardin Gantin***

*Basilica de San Pedro, viernes, 23 de mayo de 2008*

*Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:*

“Profetiza. Les dirás: He aquí que yo abro vuestros sepulcros; os haré salir de vuestras tumbas” (*Ez* 37, 12). Estas palabras tomadas del libro del profeta Ezequiel nos llenan de esperanza. La liturgia las ha vuelto a proponer a nuestra meditación mientras nos encontramos reunidos en torno al altar del Señor para ofrecer la Eucaristía en sufragio del querido cardenal Bernardin Gantin, que llegó al final de su camino terreno el pasado martes 13 de mayo.

Al pueblo oprimido y desanimado, abrumado por los sufrimientos del exilio, el Señor le anuncia la restauración de Israel. El profeta evoca una escena grandiosa, anunciando la intervención decisiva de Dios en la historia de los hombres, una intervención que supera todo lo humanamente posible. Cuando nos sentimos cansados, impotentes y desalentados ante la realidad que nos oprime; cuando nos sentimos tentados

de ceder a la desilusión e incluso a la desesperación; cuando el hombre se reduce a un cúmulo de “huesos secos”, es entonces el momento de la esperanza “contra toda esperanza” (cf. *Rm* 4, 18).

La verdad que la palabra de Dios recuerda con fuerza es que nada ni nadie, ni siquiera la muerte, puede resistir a la omnipotencia de su amor fiel y misericordioso. Ésta es nuestra fe, fundada en la resurrección de Cristo; ésta es la consoladora seguridad que nos da el Señor, el cual nos repite también hoy: “Sabréis que yo soy el Señor cuando abra vuestros sepulcros y os haga salir de vuestras tumbas (...). Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis” (*Ez* 37, 13-14).

Desde esta perspectiva de fe y de esperanza en la resurrección, recordamos al venerado cardenal Bernardin Gantin, fiel y devoto servidor de la Iglesia durante muchos años. Es difícil sintetizar en pocos rasgos las misiones, las tareas y los encargos pastorales que, en rápida sucesión, caracterizaron las etapas de su vida terrena, que concluyó, a la edad de 86 años, en el hospital “Georges Pompidou”, de París. Hasta el final quiso dedicarse con amable disponibilidad al servicio de Dios y de los hermanos, cumpliendo fielmente el lema que había elegido con ocasión de su ordenación episcopal: “*In tuo sancto servitio*”.

Su personalidad humana y sacerdotal constituía una síntesis admirable de las características del alma africana con

las propias del alma cristiana, de la cultura y de la identidad africana con los valores evangélicos. Fue el primer eclesiástico africano que desempeñó cargos de gran responsabilidad en la Curia romana, y los realizó siempre con su típico estilo humilde y sencillo, cuyo secreto se debe buscar probablemente en las sabias palabras que su madre le repitió cuando fue creado cardenal, el 27 de junio de 1977: “No te olvides nunca de la lejana y pequeña aldea de la que procedemos”.

Muchos recuerdos personales me unen a este hermano nuestro, ya desde que juntos recibimos la birreta cardenalicia de manos del venerado siervo de Dios, Papa Pablo VI, hace treinta y un años. Colaboramos juntos en la Curia romana, manteniendo frecuentes contactos, que me permitieron apreciar cada vez más su gran prudencia y sabiduría, así como su fe sólida y su adhesión sincera a Cristo y a su Vicario en la tierra, el Papa. Cincuenta y siete años de sacerdocio, cincuenta y un años de episcopado, y treinta y uno de púrpura cardenalicia: ésta es la síntesis de una vida entregada al servicio de la Iglesia.

Tenía sólo treinta y cuatro años cuando recibió la ordenación episcopal en Roma, en la capilla del Colegio de Propaganda Fide, el 3 de febrero de 1957. Tres años después fue nombrado arzobispo de Cotonú, capital de su patria, Benín. Fue el primer arzobispo metropolitano africano de toda África.

Gobernó la diócesis con dotes humanas y ascéticas, que lo convirtieron en pastor autorizado, dedicado sobre todo al cuidado de los sacerdotes y a la formación de los catequistas, hasta que, en 1971, el Papa Pablo VI lo llamó a Roma para ser secretario adjunto de la Congregación para la evangelización de los pueblos. Dos años después, lo nombró secretario de ese mismo dicasterio; y, a finales de 1975, lo eligió como vicepresidente de la Comisión pontificia Justicia y paz, de la cual fue más tarde presidente, asumiendo en 1976 también la responsabilidad de presidente del Consejo pontificio “Cor unum”.

El siervo de Dios, Juan Pablo II, el 8 de abril de 1984, lo nombró prefecto de la Congregación para los obispos y presidente de la Comisión pontificia para América Latina, cargo que desempeñó hasta el 25 de junio de hace diez años, cuando renunció por límite de edad.

Repasando, aunque sea rápidamente, la biografía del cardenal Gantin, el cual no sólo dio su contribución en los ámbitos antes citados, sino también en otras oficinas y dicasterios de la Curia, viene a la mente la afirmación de san Pablo que acabamos de escuchar en la segunda lectura: “Para mí la vida es Cristo; y la muerte, una ganancia” (*Flp* 1, 21). El Apóstol ve su existencia a la luz del mensaje de Cristo, porque fue totalmente “aferrado, conquistado” por él (cf. *Flp* 3, 12).

Podemos decir que también este amigo y hermano nuestro, al que hoy rendimos con gratitud nuestro homenaje, estuvo impregnado de amor a Cristo; un amor que lo hacía amable y disponible a la escucha y al diálogo con todos; un amor que lo impulsaba a buscar siempre, como solía repetir, lo esencial de la vida que dura, sin perderse en lo contingente, que por el contrario pasa rápidamente; un amor que le hacía percibir su papel en las diversas oficinas de la Curia como un servicio sin ambiciones humanas.

Éste fue el espíritu que lo impulsó, el 30 de noviembre de 2002, al llegar a la venerable edad de 80 años, a presentar su renuncia como decano del Colegio cardenalicio y a volver a su gente, en Benín, donde prosiguió la actividad evangelizadora que había emprendido el día de su ordenación sacerdotal, acaecida en Ouidah el lejano 14 de enero de 1951.

Queridos hermanos y hermanas, ayer celebramos la solemnidad del *Corpus Christi*. El tema eucarístico vuelve en la página evangélica proclamada en esta asamblea litúrgica. San Juan recuerda que sólo comiendo “la carne” y bebiendo “la sangre” de Cristo podemos permanecer en él y él en nosotros (cf. *Jn* 6, 56).

En el ministerio pastoral del cardenal Gantin se manifestó su constante amor a la Eucaristía, manantial de santidad personal y de sólida comunión eclesial,

que tiene en el Sucesor de Pedro su fundamento visible. Y precisamente en esta basílica, al celebrar su última santa misa antes de abandonar Roma, puso de relieve la unidad que la Eucaristía crea en la Iglesia. En su homilía citó la célebre frase del obispo africano san Cipriano de Cartago, grabada en la cúpula: “Desde aquí brilla para el mundo la única fe; de aquí brota la unidad del sacerdocio”. Éste podría ser el mensaje que nos deja el venerado cardenal Gantin como su testamento espiritual.

Que lo acompañe en la última etapa de su viaje terrestre nuestra oración a la

Virgen María, Reina de África, a la que profesó una tierna devoción: su muerte tuvo lugar en una significativa fiesta mariana, el 13 de mayo, memoria de Nuestra Señora de Fátima. Que sea la Virgen quien lo entregue a las manos misericordiosas del Padre celestial y lo introduzca con alegría en la “casa del Señor”, hacia la cual todos nos encaminamos.

Que en el encuentro con Cristo este hermano nuestro implore para nosotros, y especialmente para su amada África, el don de la paz. Así sea.

## VIAJES APOSTÓLICOS - VISITA PASTORAL A SAVONA Y GÉNOVA EL 17 Y 18 DE MAYO DE 2008

### *Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Concelebración Eucarística en la Plaza del pueblo de Savona*

*Sábado, 17 de mayo de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Es una gran alegría para mí encontrarme en medio de vosotros y celebrar para vosotros la Eucaristía, en la fiesta solemne de la Santísima Trinidad. Saludo con afecto a vuestro pastor, monseñor Vittorio Lupi, al que agradezco las palabras con que, al inicio de la celebración, me ha presentado a la comunidad diocesana, y aún más, los sentimientos de caridad y de esperanza pastoral que ha manifestado. Agradezco también al señor alcalde el saludo cordial que me ha dirigido en nombre de toda la ciudad. Saludo a las autoridades civiles, a los sacerdotes, a los religiosos, a los diáconos y a los responsables de asociaciones, movimientos y comunidades eclesiales. A todos renuevo en Cristo mi augurio de gracia y de paz.

En esta solemnidad, la liturgia nos invita a alabar a Dios no sólo por una maravilla realizada por él, sino sobre todo por cómo es él; por la belleza y la bondad de su ser, del que deriva su obrar. Se nos invita a contemplar, por decirlo así, el Corazón de Dios, su realidad más profunda, que es la de ser

Unidad en la Trinidad, suma y profunda comunión de amor y de vida. Toda la sagrada Escritura nos habla de él. Más aún, es él mismo quien nos habla de sí en las Escrituras y se revela como Creador del universo y Señor de la historia.

Hoy hemos escuchado un pasaje del libro del Éxodo en el que -algo del todo excepcional- Dios proclama incluso su propio nombre. Lo hace en presencia de Moisés, con el que hablaba cara a cara, como con un amigo. ¿Y cuál es este nombre de Dios? Es siempre conmovedor escucharlo: “Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en gracia y fidelidad” (*Ex 34, 6*). Son palabras humanas, pero sugeridas y casi pronunciadas por el Espíritu Santo. Nos dicen la verdad sobre Dios: eran verdaderas ayer, son verdaderas hoy y serán verdaderas siempre; nos permiten ver con los ojos de la mente el rostro del Invisible, nos dicen el nombre del Inefable. Este nombre es Misericordia, Gracia, Fidelidad.

Queridos amigos, al encontrarme aquí, en Savona, no puedo menos de alegrarme con vosotros por el hecho de que éste es precisamente el nombre con el que se presentó la Virgen María cuando se apareció, el 18 de marzo de 1536, a un campesino, hijo de esta tierra. “Virgen de la Misericordia” es el título con el que se la venera -desde hace

algunos años también tenemos una imagen suya en los jardines vaticanos. Pero María no hablaba de sí misma, nunca habla de sí misma, sino siempre de Dios, y lo hizo con este nombre tan antiguo y siempre nuevo: misericordia, que es sinónimo de amor, de gracia.

Aquí radica toda la esencia del cristianismo, porque es la esencia de Dios mismo. Dios es Uno en cuanto que es todo y sólo Amor, pero, precisamente por ser Amor es apertura, acogida, diálogo; y en su relación con nosotros, hombres pecadores, es misericordia, compasión, gracia, perdón. Dios ha creado todo para la existencia, y su voluntad es siempre y solamente vida.

Para quien se encuentra en peligro, es salvación. Acabamos de escucharlo en el evangelio de san Juan: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna” (Jn 3, 16). En este entregarse de Dios en la persona del Hijo actúa toda la Trinidad: el Padre, que pone a nuestra disposición lo que más ama; el Hijo que, de acuerdo con el Padre, se despoja de su gloria para entregarse a nosotros; y el Espíritu, que sale del sereno abrazo divino para inundar los desiertos de la humanidad. Para esta obra de su misericordia, Dios, disponiéndose a tomar nuestra carne, quiso necesitar un “sí” humano, el “sí” de una mujer que se convirtiera en la Madre de su Verbo encarnado, Jesús, el Rostro humano de la Misericordia

divina. Así, María llegó a ser, y es para siempre, la “Madre de la Misericordia”, como se dio a conocer también aquí, en Savona.

A lo largo de la historia de la Iglesia, la Virgen María no ha hecho más que invitar a sus hijos a volver a Dios, a encomendarse a él en la oración, a llamar con insistencia confiada a la puerta de su Corazón misericordioso. En verdad, él no desea sino derramar en el mundo la sobreabundancia de su gracia. “Misericordia y no justicia”, imploró María, sabiendo que su Hijo Jesús ciertamente la escucharía, pero de igual modo consciente de la necesidad de conversión del corazón de los pecadores. Por eso, invitó a la oración y a la penitencia.

Por tanto, mi visita a Savona, en el día de la Santísima Trinidad, es ante todo una peregrinación, mediante María, a los manantiales de la fe, de la esperanza y del amor. Una peregrinación que es también memoria y homenaje a mi venerado predecesor, Pío VII, cuya dramática historia está indisolublemente unida a esta ciudad y a su santuario mariano. A distancia de dos siglos, vengo a renovar la expresión de la gratitud de la Santa Sede y de toda la Iglesia por la fe, el amor y la valentía con que vuestros conciudadanos sostuvieron al Papa en la residencia forzada que le impuso Napoleón Bonaparte en esta ciudad. Se conservan numerosos testimonios de las muestras de solidaridad dadas al Pontífice por los savo-

neses, a veces incluso corriendo riesgos personales. Son acontecimientos que hoy los savoneses pueden recordar con sano orgullo.

Como ha observado con razón nuestro obispo, aquella página oscura de la historia de Europa ha llegado a ser, por la fuerza del Espíritu Santo, rica en gracias y enseñanzas, también para nuestros días. Nos enseña la valentía para afrontar los desafíos del mundo: el materialismo, el relativismo, el laicismo, sin ceder jamás a componendas, dispuestos a pagar personalmente con tal de permanecer fieles al Señor y a su Iglesia.

El ejemplo de serena firmeza que dio el Papa, Pío VII, nos invita a conservar inalterada en las pruebas la confianza en Dios, conscientes de que él, aunque permita que su Iglesia pase por momentos difíciles, no la abandona jamás. Las vicisitudes que vivió ese gran Pontífice en vuestra tierra nos invitan a confiar siempre en la intercesión y en la asistencia materna de María santísima.

La aparición de la Virgen, en un momento trágico de la historia de Savona, y la experiencia tremenda que afrontó aquí el Sucesor de Pedro, concurren a transmitir a las generaciones cristianas de nuestro tiempo un mensaje de esperanza, nos animan a tener confianza en los instrumentos de la gracia que el Señor pone a nuestra disposición en cada situación. Y, entre estos medios de salvación, quiero recordar, ante todo, la

oración: la oración personal, familiar y comunitaria.

En esta fiesta de la Trinidad deseo subrayar la dimensión de alabanza, de contemplación, de adoración. Pienso en las familias jóvenes, y quiero invitarlas a no tener miedo de experimentar, desde los primeros años de matrimonio, un estilo sencillo de oración doméstica, favorecido por la presencia de niños pequeños, muy predispuestos a dirigirse espontáneamente al Señor y a la Virgen. Exhorto a las parroquias y a las asociaciones a dedicar tiempo y espacio a la oración, porque las actividades son pastoralmente estériles si no están precedidas, acompañadas y sostenidas constantemente por la oración.

¿Y qué decir de la celebración eucarística, especialmente de la misa dominical? El día del Señor ocupa con razón el centro de la atención pastoral de los obispos italianos: es preciso redescubrir la raíz cristiana del domingo, a partir de la celebración del Señor resucitado, encontrado en la palabra de Dios y reconocido en la fracción del Pan eucarístico. Y luego también se ha de revalorizar el sacramento de la Reconciliación como medio fundamental para el crecimiento espiritual y para poder afrontar con fuerza y valentía los desafíos actuales.

Junto con la oración y los sacramentos, otros instrumentos inseparables de crecimiento son las obras de caridad, que se han de practicar con fe viva.

Sobre este aspecto de la vida cristiana, quise reflexionar también en la encíclica *Deus caritas est*. En el mundo moderno, que a menudo hace de la belleza y de la eficiencia física un ideal que se ha de perseguir de cualquier modo, como cristianos estamos llamados a encontrar el rostro de Jesucristo, “el más hermoso de los hijos de Adán” (*Sal* 45, 3), precisamente en las personas que sufren y en las marginadas. Por desgracia, hoy son numerosas las emergencias morales y materiales que nos preocupan. A este propósito, aprovecho de buen grado esta ocasión para dirigir un saludo a los detenidos y al personal del centro penitenciario “San Agustín” de Savona, que viven desde hace tiempo una situación particularmente difícil. También saludo con afecto a los enfermos que están en el hospital, en las clínicas o en sus domicilios particulares.

Deseo dirigiros unas palabras en particular a vosotros, queridos sacerdotes, para expresaros mi aprecio por vuestro trabajo silencioso y por la ardua fidelidad con que lo lleváis a cabo. Queridos hermanos en Cristo, creed siempre en la eficacia de vuestro servicio sacerdotal diario. Es muy valioso a los ojos de Dios y de los fieles; su valor no puede cuantificarse en cifras y estadísticas: sólo conoceremos sus resultados en el Paraíso. Muchos de vosotros sois de edad avanzada: esto me hace pensar en aquel estupendo pasaje del profeta Isaías, que dice: “Los jóvenes se cansan, se fatigan; los adultos tropiezan y vacilan; mientras que a los

que esperan en el Señor él les renovará el vigor; subirán con alas como de águilas; correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse” (*Is* 40, 30-31).

Junto con los diáconos que están al servicio de la diócesis, vivid la comunión con el obispo y entre vosotros, manifestándola mediante una colaboración activa, el apoyo recíproco y una coordinación pastoral común. Dad testimonio valiente y gozoso de vuestro servicio. Id en busca de la gente, como hacía el Señor Jesús: en la visita a las familias, en el contacto con los enfermos, en el diálogo con los jóvenes, haciéndoos presentes en todos los ambientes de trabajo y de vida.

A vosotros, queridos religiosos y religiosas, además de agradeceros vuestra presencia, os reafirmo que el mundo necesita vuestro testimonio y vuestra oración. Vivid vuestra vocación en la fidelidad diaria y haced de vuestra vida una ofrenda agradable a Dios: la Iglesia os está agradecida y os alienta a perseverar en vuestro servicio.

Naturalmente, quiero reservaros un saludo especial y afectuoso a vosotros, jóvenes. Queridos amigos, poned vuestra juventud al servicio de Dios y de los hermanos. Seguir a Cristo implica siempre la audacia de ir contra corriente. Pero vale la pena: éste es el camino de la verdadera realización personal y, por tanto, de la verdadera felicidad, pues con Cristo se experimenta que “hay mayor felicidad en dar que en re-

cibir" (*Hch* 20, 35). Por eso, os animo a tomar en serio el ideal de la santidad.

En una de sus obras, un famoso escritor francés nos ha dejado una frase que hoy quiero compartir con vosotros: "Hay una sola tristeza: no ser santos" (Léon Bloy, *La femme pauvre*, II, 27). Queridos jóvenes, atreveos a comprometer vuestra vida en opciones valientes; naturalmente, no solos, sino con el Señor. Dad a esta ciudad el impulso y el entusiasmo que derivan de vuestra experiencia viva de fe, una experiencia que no mortifica las expectativas de la vida humana, sino que las exalta al participar en la misma experiencia de Cristo.

Y esto vale también para los cristianos de más edad. A todos deseo que la fe en Dios uno y trino infunda en cada persona y en cada comunidad el fervor del amor y de la esperanza, la alegría de amarse entre hermanos y ponerse humildemente al servicio de los demás. Ésta es la "levadura" que hace crecer a la humanidad, la luz que brilla en el mundo.

María santísima, Madre de la Misericordia, juntamente con todos vuestros santos patronos, os ayude a encarnar en la vida diaria la exhortación del Apóstol que acabamos de escuchar. Con gran afecto la hago mía: "Alegraos; sed perfectos; animaos; tened un mismo sentir; vivid en paz, y el Dios de la caridad y de la paz estará con vosotros" (2 *Co* 13, 11). Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los niños enfermos del Hospital "Giannina Gaslini" de Génova.***

*Domingo, 18 de mayo de 2008*

*Señora alcaldesa; señor comisario extraordinario; queridos niños; queridos hermanos y hermanas:*

Después de orar ante la Virgen de la Guardia, en el hermoso santuario que desde lo alto domina la ciudad, mi primer encuentro es con vosotros, en este lugar de sufrimiento y de esperanza, que fue inaugurado el 15 de mayo de 1938, hace exactamente setenta años.

Os abrazo a vosotros, amadísimos niños, que sois acogidos y asistidos con solicitud y amor en este hospital, "punto de excelencia" de la pediatría al servicio de Génova, de Italia y de toda el área mediterránea. Vuestro portavoz me ha manifestado vuestros sentimientos de afecto, a los que correspondo de corazón y acompaño con un recuerdo especial también para vuestros padres. Un saludo cordial a la señora Marta Vincenzi, alcaldesa de Génova, que se ha hecho intérprete de la acogida de la ciudad. Saludo al profesor Vincenzo Lorenzelli, comisario extraordinario del instituto "Giannina Gaslini", que ha recordado la finalidad de este hospital y su desarrollo futuro tal como se ha programado.

El hospital "Gaslini" nació del corazón de un bienhechor generoso, el in-

dustrial y senador Gerolamo Gaslini, que dedicó esta obra a su hija fallecida a los 12 años, y forma parte de la historia de caridad que hace de Génova una “ciudad de la caridad cristiana”. También hoy la fe sugiere a numerosas personas de buena voluntad gestos de amor y de apoyo concreto a esta institución, que con sano orgullo los genoveses consideran un patrimonio valioso. A todos doy las gracias y los animo a proseguir.

En particular, me alegro por el nuevo complejo, cuya primera piedra se colocó recientemente y ha encontrado un bienhechor munífico. También la atención efectiva y cordial de las administraciones públicas es signo de reconocimiento del valor social que el hospital “Gaslini” representa para los niños de la ciudad y de otros lugares. En efecto, cuando un bien es para todos, merece el apoyo de todos, respetando en su justa medida las funciones y las competencias.

Me dirijo ahora a vosotros, queridos médicos, investigadores, personal paramédico y administrativo; a vosotros, queridos capellanes, voluntarios, y los que os encargáis de la asistencia espiritual de los pequeños huéspedes y de sus familiares. Sé que vuestro compromiso común es lograr que el hospital “Gaslini” sea un auténtico “santuario de la vida” y un “santuario de la familia”, donde, además de la profesionalidad, los agentes de todos los sectores muestren ternura y

atención a la persona. La decisión del fundador, según la cual el presidente de la Fundación debe ser el arzobispo *pro tempore* de Génova, manifiesta la voluntad de que nunca se pierda la inspiración cristiana de la institución y de que todos se apoyen siempre en los valores evangélicos.

En 1931, al poner las bases de la construcción, el senador Gerolamo Gaslini auguraba “una obra perenne de bien que deberá irradiarse de la institución misma”. Así pues, irradiar el bien a través de la asistencia amorosa a los pequeños enfermos es el objetivo de vuestro hospital. Por eso, a la vez que agradezco a todo el personal -directivo, administrativo y sanitario- la profesionalidad y la dedicación de su servicio, deseo que este excelente hospital pediátrico siga desarrollándose en las tecnologías, los tratamientos y los servicios; pero que también siga ensanchando cada vez más los horizontes desde la óptica de una globalización positiva, gracias a la cual se reconocen los recursos, los servicios y las necesidades, creando y reforzando una red de solidaridad, hoy muy urgente y necesaria. Todo esto sin descuidar jamás el suplemento de afecto que los niños hospitalizados perciben como la terapia primera e indispensable. Así, el hospital será cada vez más un lugar de esperanza.

La esperanza aquí, en el hospital “Gaslini”, tiene el rostro del cui-

dado de pacientes en edad pediátrica, a los que se trata de proveer mediante la formación permanente de los agentes sanitarios. De hecho, vuestro hospital, como estimada institución de investigación y asistencia de carácter científico, se distingue por ser monotemática y polifuncional, cubriendo casi todas las especialidades en el campo pediátrico. Por tanto, la esperanza que se alimenta aquí tiene buenos fundamentos. Sin embargo, para afrontar eficazmente el futuro, es indispensable que esta esperanza se apoye en una visión más elevada de la vida, que permita al científico, al médico, al profesional, al asistente y a los padres mismos aplicar todas sus capacidades, sin escatimar esfuerzos, para obtener los mejores resultados que la ciencia y la técnica pueden ofrecer hoy en el ámbito de la prevención y la curación.

Así aflora el pensamiento de la presencia silenciosa de Dios, que acompaña casi imperceptiblemente al hombre en su largo camino en la historia. La única verdadera esperanza “fiable” es Dios, que en Jesucristo y en su Evangelio ha abierto de par en par sobre el futuro la puerta oscura del tiempo. “He resucitado y ahora estoy siempre contigo -nos repite Jesús, especialmente en los momentos más difíciles-; mi mano te sostiene. Dondequiera que caigas, caerás entre mis brazos. Estoy presente también a la puerta de la muerte”.

Aquí, en el hospital “Gaslini”, se atiende a niños. ¿Cómo no pensar en la predilección que Jesús tuvo por los niños? Quiso que estuvieran a su lado, los señaló a los Apóstoles como modelos que hay que seguir por su fe espontánea y generosa, por su inocencia. Con palabras duras, puso en guardia contra quienes los desprecian y escandalizan. Se conmovió ante la viuda de Naím, una madre que había perdido a su hijo, a su hijo único. El evangelista san Lucas refiere que el Señor la tranquilizó y le dijo: “No llores” (*Lc 7, 13*). Jesús sigue repitiendo a quien sufre estas palabras consoladoras: “No llores”. Es solidario con cada uno de nosotros y, si queremos ser sus discípulos, nos pide que testimoniemos su amor a todo el que se encuentre en dificultades.

Por último, me dirijo a vosotros, amadísimos niños, para repetiros que el Papa os quiere mucho. Veo que junto a vosotros están vuestros familiares, que comparten con vosotros momentos de preocupación y esperanza. Tened todos la certeza de que Dios no nos abandona jamás. Permaneced unidos a él y no perderéis jamás la serenidad, ni siquiera en los momentos más oscuros y complejos. Os aseguro mi recuerdo en la oración y os encomiendo a María santísima, que como madre sufrió por los dolores de su Hijo divino, pero ahora vive con él en la gloria. Os agradezco una vez más a cada uno este encuentro, que permanecerá grabado en mi corazón. Con afecto os bendigo a todos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
en un encuentro con los jóvenes en la  
plaza Matteotti de Génova***

*Domingo, 18 de mayo de 2008*

*Queridos jóvenes:*

Lamentablemente, la lluvia me persigue en estos días, pero aceptémosla como signo de bendición, de fecundidad para la tierra, y también como símbolo del Espíritu Santo, que viene a renovar la tierra, incluida la tierra árida de nuestras almas.

Vosotros sois la juventud de Génova. Me alegra veros aquí. Os abrazo con el corazón de Cristo. Doy las gracias a los dos representantes que han actuado como portavoces vuestros. Y agradezco a todos el trabajo de preparación, no sólo exterior, sino sobre todo espiritual: con la adoración eucarística y la vigilia de oración habéis salido al encuentro del Espíritu Santo y, en el Espíritu, habéis entrado en la fiesta de la Santísima Trinidad, que celebramos hoy. Gracias por este camino que habéis recorrido.

También os agradezco vuestro entusiasmo, que siempre debe caracterizar vuestra alma, no sólo en los años de la juventud, llenos de expectativas y sueños, sino siempre, incluso cuando hayan pasado los años de la juventud y comencéis a vivir otras etapas de vuestra vida. Pero en el corazón todos debemos seguir siendo jóvenes. Es hermoso ser jóvenes. Hoy todos quieren

ser jóvenes, permanecer jóvenes, y se disfrazan de jóvenes, aunque el tiempo de la juventud haya pasado de manera visible.

Me pregunto -he reflexionado-: ¿por qué es hermoso ser joven? ¿Por qué el sueño de la juventud perenne? Me parece que son dos los elementos determinantes. La juventud tiene todavía el futuro por delante; todo es futuro, tiempo de esperanza. El futuro está lleno de promesas.

Para ser sinceros, debemos decir que para muchos el futuro también se presenta oscuro, sembrado de amenazas. Hay incertidumbre: ¿encontraré un puesto de trabajo?, ¿encontraré una vivienda?, ¿encontraré el amor?, ¿cuál será mi verdadero futuro?

Y ante estas amenazas, el futuro también puede presentarse como un gran vacío. Por eso, hoy muchos quieren detener el tiempo, por miedo a un futuro en el vacío. Quieren aprovechar al máximo inmediatamente todas las bellezas de la vida. Y así el aceite en la lámpara se consume cuando la vida debería comenzar. Por eso es importante elegir las verdaderas promesas, que abren al futuro, incluso con renunciaciones. Quien ha elegido a Dios, incluso en la vejez tiene ante sí un futuro sin fin y sin amenazas.

Por tanto, es importante escoger bien, no arruinar el futuro. Y la primera opción fundamental debe ser Dios,

Dios revelado en su Hijo Jesucristo. A la luz de esta opción, que nos ofrece al mismo tiempo una compañía para el camino, una compañía fiable, que no nos abandona nunca, se encuentran los criterios para las demás opciones necesarias. Ser joven implica ser bueno y generoso. Y la bondad en persona es Jesucristo, el Jesús que conocéis o que busca vuestro corazón. Él es el Amigo que no traiciona nunca, fiel hasta la entrega de su vida en la cruz. Rendíos a su amor.

Como lleváis escrito en vuestras camisetas preparadas para este encuentro: “Liberaos” gracias a Jesús, porque sólo él puede libraros de vuestras preocupaciones y de vuestros temores, y colmar vuestras expectativas. Él dio su vida por nosotros, por cada uno de nosotros. ¿Podría defraudar vuestra confianza? ¿Podría llevaros por senderos equivocados? Sus caminos son caminos de vida, llevan a los pastos del alma, aunque sean escarpados y difíciles.

Queridos amigos, os invito a cultivar la vida espiritual. Jesús dijo: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada” (*Jn 15, 5*). Jesús no hace juegos de palabras; es claro y directo. Todos le entienden y toman posición. La vida del alma es encuentro con él, Rostro concreto de Dios. Es oración silenciosa y perseverante, es vida sacramental, es Evangelio meditado, es acompañamiento espiritual, es

pertenencia cordial a la Iglesia, a vuestras comunidades eclesiales.

Pero ¿cómo se puede amar, entrar en amistad con alguien a quien no se conoce? El conocimiento impulsa al amor y el amor estimula el conocimiento. Así sucede también con Cristo. Para encontrar el amor con Cristo, para encontrarlo realmente como compañero de nuestra vida, ante todo debemos conocerlo. Como los dos discípulos que lo siguen después de escuchar las palabras del Bautista y le dicen tímidamente: “Rabbí, ¿dónde vives?” (*Jn 1, 38*), quieren conocerlo de cerca.

Es el mismo Jesús quien, hablando con los discípulos, distingue: “¿Quién dice la gente que soy yo?” (cf. *Mt 16, 13*), refiriéndose a los que lo conocen de lejos, por decirlo así “de segunda mano”. “Y vosotros ¿quién decís que soy yo?”, refiriéndose a los que lo conocen “de primera mano”, habiendo vivido con él, habiendo entrado realmente en su vida personalísima hasta convertirse en testigos de su oración, de su diálogo con el Padre.

Así, es importante que tampoco nosotros nos limitemos a la superficialidad de tantos que escucharon algo acerca de él: que era una gran personalidad, etc..., sino que entremos en una relación personal para conocerlo realmente. Y esto exige el conocimiento de la Escritura, sobre todo de los Evangelios, donde el Señor habla con nosotros. Estas palabras no siempre son fáciles, pero

entrando en ellas, entrando en diálogo, llamando a la puerta de las palabras, diciendo al Señor: “Ábreme”, encontramos realmente palabras de vida eterna, palabras vivas para hoy, tan actuales como lo fueron en aquel momento y como lo serán en el futuro.

Este coloquio con el Señor en la Escritura no debe ser nunca un coloquio individual; ha de hacerse en comunión, en la gran comunión de la Iglesia, donde Cristo está siempre presente, en la comunión de la liturgia, del encuentro personalísimo de la sagrada Eucaristía y del sacramento de la Reconciliación, donde el Señor me dice: “Te perdono”.

Un camino muy importante es también ayudar a los pobres, a los necesitados, tener tiempo para los demás. Hay muchas dimensiones para entrar en el conocimiento de Jesús. Naturalmente están también las vidas de los santos. Tenéis numerosos santos aquí, en Liguria, en Génova, que nos ayudan a encontrar el verdadero rostro de Jesús. Sólo así, conociendo personalmente a Jesús, podemos también comunicar esta amistad nuestra a los demás; podemos superar la indiferencia. Porque, aunque parezca invencible -en efecto, a veces, la indiferencia da la impresión de no necesitar a Dios-, en realidad, todos saben que les falta en su vida.

Sólo cuando descubren a Jesús caen en la cuenta: “Esto era lo que yo esperaba”. Y nosotros, cuanto más amigos seamos de Jesús, tanto más podremos abrir

el corazón a los demás, para que también ellos sean realmente jóvenes, es decir para que tengan ante sí un gran futuro.

Al final de este encuentro tendré la alegría de entregar el Evangelio a algunos de vosotros como signo de un mandato misionero. Id, queridos jóvenes, a los ambientes de vida, a vuestras parroquias, a los barrios más difíciles, a los caminos. Anunciad a Cristo, el Señor, esperanza del mundo. El hombre, cuanto más se aleja de Dios, su Fuente, tanto más se extravía; la convivencia humana se hace difícil, y la sociedad se disgrega.

Estad unidos entre vosotros, ayudados a vivir y a crecer en la fe y en la vida cristiana, para que podáis ser testigos intrépidos del Señor. Estad unidos, pero no cerrados. Sed humildes, pero no tímidos. Sed sencillos, pero no ingenuos. Sed sensatos, pero no complicados. Entrad en diálogo con todos, pero sed vosotros mismos. Permaneced en comunión con vuestros pastores: son ministros del Evangelio, de la divina Eucaristía, del perdón de Dios. Para vosotros son padres y amigos, compañeros de camino. Los necesitáis y ellos os necesitan, todos os necesitamos.

Cada uno de vosotros, queridos jóvenes, si permanece unido a Cristo y a la Iglesia, puede realizar grandes cosas. Éste es el deseo que formulo para vosotros y que os dejo como consigna. A los que estáis inscritos para participar en el Encuentro mundial de julio en Sydney os digo: “¡Hasta la vista!”.

Extiendo este saludo a todos, porque todos podéis seguir ese acontecimiento incluso desde aquí. Sé que en esos días las diócesis organizarán con ese motivo momentos comunitarios, para que los jóvenes del mundo entero vivan de verdad un nuevo Pentecostés.

Os encomiendo a la Virgen María, modelo de disponibilidad y de humildad valentía para aceptar la misión del Señor. Aprended de ella a hacer de vuestra vida un “sí” a Dios. Así Jesús vendrá a habitar en vosotros, y lo llevaréis con alegría a todos.

### *Rezo del Ángelus*

*Plaza Matteotti, Génova. Domingo,  
18 de mayo de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

En el corazón de mi visita pastoral a Génova, hemos llegado a la hora de la habitual cita dominical del Ángelus, y mi pensamiento vuelve naturalmente al santuario de Nuestra Señora de la Guardia, a donde fui a orar esta mañana. A ese oasis de montaña acudió muchas veces en peregrinación el Papa, Benedicto XV, vuestro ilustre conciudadano, quien pidió que se colocara una reproducción de la querida imagen de la Virgen de la Guardia en los jardines vaticanos. Y como hizo mi venerado predecesor, Juan Pablo II, en su primera pere-

grinación apostólica a Génova, también yo he querido iniciar mi visita pastoral con el homenaje a la celestial Madre de Dios, que desde lo alto del monte Figogna vela por la ciudad y por todos sus habitantes.

Refiere la tradición que a Benedetto Pareto, preocupado porque no sabía cómo responder a la invitación de construir una iglesia en aquel lugar tan distante de la ciudad, la Virgen, en su primera aparición, le dijo: “Confía en mí. No te faltarán los medios. Con mi ayuda todo te resultará fácil. Sólo mantén firme tu voluntad”.

“Confía en mí”. Esto nos lo repite hoy María. Una antigua oración, muy arraigada en la tradición popular, nos impulsa a dirigirle con confianza estas palabras, que hoy hacemos nuestras: “Acuérdate, oh Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a tu protección, implorado tu auxilio, reclamado tu socorro, haya sido abandonado”.

Con esta certeza invocamos la asistencia materna de la Virgen de la Guardia para vuestra comunidad diocesana, sus pastores, las personas consagradas, los fieles laicos: los jóvenes, las familias, los ancianos. A ella le pedimos que vele, de manera especial, por los enfermos y todos los que sufren, y que haga fructíferas las iniciativas misioneras que se están realizando para llevar a todos el anuncio del Evangelio.

Juntos encomendamos a María a toda la ciudad, con su población tan variada, sus actividades culturales, sociales y económicas; así como los problemas y los desafíos de nuestro tiempo, y el compromiso de cuantos cooperan con vistas al bien común.

Mi mirada se extiende ahora a toda la Liguria, salpicada de iglesias y santuarios marianos, puestos como una corona entre el mar y las montañas. Juntamente con vosotros, doy gracias a Dios por la fe firme y tenaz de las generaciones pasadas que, en el curso de los siglos, han escrito páginas memorables de santidad y de civilización humana.

Liguria, y en particular Génova, es desde siempre una tierra abierta al Mediterráneo y al mundo entero: ¡Cuántos misioneros han partido de este puerto hacia América y otras tierras lejanas! ¡Cuántas personas han emigrado de aquí a otros países, tal vez pobres en recursos materiales, pero ricas en fe y en valores humanos y espirituales, que después han trasplantado en los lugares a donde han llegado!

Que María, Estrella del mar, siga brillando sobre Génova; que María, Estrella de la esperanza, continúe guiando el camino de los genoveses, especialmente de las nuevas generaciones, a fin de que, con su ayuda, sigan la ruta correcta en el mar a menudo tempestuoso de la vida.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
en un encuentro con el Cabildo de  
la Catedral y los Consagrados de  
Génova***

*Domingo, 18 de mayo de 2008*

*Señores cardenales; queridos miembros del cabildo de la catedral; queridos religiosos y religiosas:*

En esta breve pero intensa visita pastoral a Génova no podía faltar una etapa en vuestra insigne catedral, dedicada a San Lorenzo, que custodia las reliquias del Precursor de Jesús, san Juan Bautista. Y me alegra encontrarme con los canónigos del venerado cabildo metropolitano y con los religiosos y las religiosas presentes y activos en la archidiócesis.

Este templo, rodeado por numerosas callejuelas, parece ser el punto de confluencia y de llegada de todos los caminos: como si de la sombra de las calles estrechas los hombres quisieran salir a la luz de su catedral, como si quisieran salir a la luz de Dios, que a todos acoge, abraza, ilumina y conforta. Os saludo cordialmente a cada uno; en particular, a monseñor Mario Grone, deán del cabildo de la catedral, y al padre Domenico Rossi, delegado diocesano para la vida consagrada, que se han hecho intérpretes de vuestros sentimientos de devoción.

En los siglos pasados, la Iglesia de Génova conoció una rica tradición

de santidad y de servicio generoso a los hermanos, gracias a la obra de celosos sacerdotes, religiosos y religiosas de vida activa y contemplativa. En este lugar vienen a la mente los nombres de varios santos y beatos: Antonio María Gianelli, Agustín Roscelli, Tomás Reggio, Francisco María de Camporosso, Catalina Fieschi Adorno, Virginia Centurione Bracelli, Paula Frassinetti, Eugenia Ravasco, María Repetto y Benedicta Cambiagio Frassinello.

Pero también ahora, a pesar de las dificultades que la sociedad está atravesando, es fuerte el celo evangelizador en vuestras comunidades. En particular, ha aumentado el deseo común de entablar relaciones de entendimiento cada vez más fraterno para colaborar en la acción misionera, promovida en toda la archidiócesis. En efecto, siguiendo las orientaciones de la Conferencia episcopal italiana, queréis vivir en estado de misión permanente, como testimonio de la alegría del Evangelio y como invitación explícita, dirigida a todos, a encontrar a Jesucristo. Heme aquí entre vosotros, queridos amigos, para alentaros a caminar en esta dirección.

En particular, quisiera señalaros como ejemplo al apóstol san Pablo, cuyo jubileo especial nos disponemos a celebrar con ocasión del bimilenario de su nacimiento. Convertido a Cristo en el camino de Damasco, se dedicó totalmente a la causa del Evangelio. Por Cristo afrontó pruebas de todo tipo, y permaneció fiel a él hasta sacrificar

su vida. Al llegar al final de su peregrinación terrena, escribió así a su fiel discípulo Timoteo: “Yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe” (2 *Tm* 4, 6-7). Cada uno de nosotros, queridos hermanos y hermanas, debería poder decir lo mismo en el último día de su vida. Para que esto suceda -y es lo que el Señor espera de sus amigos-, es preciso que cultivemos el mismo espíritu misionero que animó a san Pablo, con una constante formación espiritual, ascética y pastoral. Sobre todo, es necesario que nos convirtamos en “especialistas” en la escucha de Dios y en ejemplos creíbles de una santidad que se traduzca en fidelidad al Evangelio, sin ceder al espíritu del mundo.

Como escribió el cardenal Giuseppe Siri, pastor celoso de esta archidiócesis durante varios decenios, y ahora enterrado en vuestra catedral, “la vida religiosa gira en torno a Dios y lo dispone todo en torno a Dios; por tanto, es un testimonio de Dios y una llamada de Dios” (*Carta a todas las religiosas que oran y trabajan en la diócesis de Génova sobre el congreso del “Culto del Señor”, 15 de agosto de 1953*).

Vosotros, queridos miembros del cabildo de los canónigos de la catedral, al cuidar las acciones litúrgicas que se realizan aquí, recordáis que nosotros sacamos fuerzas de la oración personal

y litúrgica. El cardenal Siri también subrayó que “la acción más venerada y más santa, digna de toda consideración y respeto, de todo honor y distinción que se realiza en una diócesis, es la celebración solemne de la liturgia divina, o sea, lo que hacéis vosotros. (...) Toda la diócesis, y en cierto sentido toda la Iglesia, reza a través de vuestros labios. La deuda de la familia diocesana de los fieles se paga a Dios ante todo con esta oración vuestra” (*Hacia el congreso del “Culto del Señor”. Carta pastoral a los canónigos, 24 de enero de 1953*).

Amadísimos hermanos y hermanas, os agradezco en particular a vosotros, personas consagradas, vuestra presencia. Es una presencia antigua y siempre nueva, a pesar de que ha disminuido en número y fuerzas. Pero tened confianza: nuestros tiempos son diferentes a los de Dios y su Providencia. Es necesario orar y crecer en la santidad personal y comunitaria. El Señor provee. Os ruego que nunca os consideréis como si estuvierais en el “ocaso” de la vida: Cristo es el alba perenne, nuestra luz.

Continuad vuestras obras, pero, sobre todo, vuestra presencia: la disminución de vuestras comunidades os empobrece a vosotros, pero también a Génova. Los pobres, los enfermos, las familias, los niños, nuestras parroquias, todo es un campo valioso de servicio y de don para construir la Iglesia y servir a los hombres.

Os recomiendo sobre todo la educación de los muchachos y los jóvenes.

Como sabéis, el desafío educativo es el más urgente, porque sin una auténtica educación del hombre no se va lejos. Y todos vosotros, aunque de diversos modos, tenéis una experiencia educativa histórica. Debemos ayudar a los padres en su extraordinaria y difícil misión educativa; debemos ayudar a las parroquias y a los grupos; debemos continuar, incluso con grandes sacrificios, las escuelas católicas, gran tesoro de la comunidad cristiana y verdadero recurso para el país.

Queridos canónigos y queridos religiosos y religiosas, la larga tradición espiritual de Génova cuenta con seis Papas, de los cuales recuerdo sobre todo a Benedicto XV de venerada memoria, el Papa de la paz. En la encíclica *Humani generis redemptionem* escribió que “lo que hace a la palabra humana capaz de beneficiar a las almas es la gracia de Dios”. No olvidemos nunca que lo que nos une a todos es el hecho de estar llamados a anunciar juntos la alegría de Cristo y la belleza de la Iglesia. Esta alegría y esta belleza, que provienen del Espíritu, son don y signo de la presencia de Dios en nuestra alma.

Para ser testigos y heraldos del mensaje salvífico no podemos contar sólo con nuestras energías humanas. La fidelidad de Dios es la que estimula y conforma nuestra fidelidad a él; por eso, dejémonos guiar por el Espíritu de verdad y de amor. Ésta es la invitación que dirijo a cada uno de vosotros, confirmándola con un recuerdo especial en

la oración. Os encomiendo a todos a la Virgen de la Guardia, a san Lorenzo, a san Juan Bautista y a vuestros santos protectores. Con estos sentimientos, os bendigo de corazón.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la Concelebración Eucarística en  
la plaza de la Victoria de Génova***

*Solemnidad de la Santísima Trinidad.  
Domingo, 18 de mayo de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Al final de una intensa jornada pasada en vuestra ciudad, nos volvemos a congregarnos en torno al altar para celebrar la Eucaristía, en la solemnidad de la Santísima Trinidad. Desde esta céntrica plaza de la Victoria, en la que nos hemos reunido para nuestra acción coral de alabanza y acción de gracias a Dios, con la que se concluye mi visita pastoral, envío mi más cordial saludo a toda la comunidad civil y eclesial de Génova.

Saludo con afecto, en primer lugar, al arzobispo, cardenal Angelo Bagnasco, a quien agradezco la cortesía con que me ha acogido y las cordiales palabras que me ha dirigido al inicio de la santa misa. Saludo, asimismo, al cardenal Tarcisio Bertone, mi secretario de Estado, que fue pastor de esta antigua y noble Iglesia, y le agradezco sinceramente su cercanía espiritual y su

valiosa colaboración. Saludo también al obispo auxiliar, mons. Luigi Ernesto Palletti, a los obispos de Liguria y a los demás preladados.

Dirijo un deferente saludo a las autoridades civiles, a las que expreso mi agradecimiento por su acogida y por el apoyo efectivo que han prestado a la preparación y al desarrollo de esta peregrinación apostólica. En particular, saludo al ministro Claudio Scajola, en representación del nuevo Gobierno, que precisamente en estos días ha asumido sus plenas funciones al servicio de la amada nación italiana.

Saludo y expreso mi agradecimiento a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, a los diáconos, a los laicos comprometidos, a los seminaristas y a los jóvenes. A todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, dirijo un saludo afectuoso. Saludo también a quienes no han podido estar aquí presentes, y de modo especial a los enfermos, a las personas solas y a quienes atraviesan dificultades. Encomiendo al Señor a la ciudad de Génova y a todos sus habitantes en esta solemne concelebración eucarística que, como todos los domingos, nos invita a participar de modo comunitario en la doble mesa: la de la Palabra de verdad y la del Pan de vida eterna.

En la primera lectura (cf. *Ex* 34, 4-9) escuchamos un texto bíblico que nos presenta la revelación del nombre de Dios. Es Dios mismo, el Eterno, el

Invisible, quien lo proclama, pasando ante Moisés en la nube, en el monte Sinaí. Y su nombre es: “El Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en gracia y fidelidad” (*Ex* 34, 6). San Juan, en el Nuevo Testamento, resume esta expresión en una sola palabra: “Amor” (*1 Jn* 4, 8. 16). Lo atestigua también el pasaje evangélico de hoy: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único” (*Jn* 3, 16).

Así pues, este nombre expresa claramente que el Dios de la Biblia no es una especie de *mónada* encerrada en sí misma y satisfecha de su propia autosuficiencia, sino que es vida que quiere comunicarse, es apertura, relación. Palabras como “misericordioso”, “compasivo”, “rico en clemencia”, nos hablan de una relación, en particular de un Ser vital que se ofrece, que quiere colmar toda laguna, toda falta, que quiere dar y perdonar, que desea entablar un vínculo firme y duradero.

La sagrada Escritura no conoce otro Dios que el Dios de la alianza, el cual creó el mundo para derramar su amor sobre todas las criaturas (cf. *Misal Romano*, plegaria eucarística IV), y se eligió un pueblo para sellar con él un pacto nupcial, a fin de que se convirtiera en una bendición para todas las naciones, convirtiendo así a la humanidad entera en una gran familia (cf. *Gn* 12, 1-3; *Ex* 19, 3-6). Esta revelación de Dios se delineó plenamente en el Nuevo Testamento, gracias a la palabra de Cristo. Jesús nos manifestó

el rostro de Dios, uno en esencia y trino en personas: Dios es Amor, Amor Padre, Amor Hijo y Amor Espíritu Santo. Y, precisamente en nombre de este Dios, el apóstol san Pablo saluda a la comunidad de Corinto y nos saluda a todos nosotros: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios (Padre) y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros” (*2 Co* 13, 13).

Por consiguiente, el contenido principal de estas lecturas se refiere a Dios. En efecto, la fiesta de hoy nos invita a contemplarlo a él, el Señor; nos invita a subir, en cierto sentido, al “monte”, como hizo Moisés. A primera vista esto parece alejarnos del mundo y de sus problemas, pero en realidad se descubre que precisamente conociendo a Dios más de cerca se reciben también las indicaciones fundamentales para nuestra vida: como sucedió a Moisés que, al subir al Sinaí y permanecer en la presencia de Dios, recibió la ley grabada en las tablas de piedra, en las que el pueblo encontró una guía para seguir adelante, para encontrar la libertad y para formarse como pueblo en libertad y justicia. Del nombre de Dios depende nuestra historia; de la luz de su rostro depende nuestro camino.

De esta realidad de Dios, que él mismo nos ha dado a conocer revelándonos su “nombre”, es decir, su rostro, deriva una imagen determinada de hombre, a saber, el concepto de persona. Si Dios es unidad dialogal, ser en relación, la criatura humana, hecha a su imagen y

semejanza, refleja esa constitución. Por tanto, está llamada a realizarse en el diálogo, en el coloquio, en el encuentro. Es un ser en relación.

En particular, Jesús nos reveló que el hombre es esencialmente “hijo”, criatura que vive en relación con Dios Padre, y, así, en relación con todos sus hermanos y hermanas. El hombre no se realiza en una autonomía absoluta, creyendo erróneamente ser Dios, sino, al contrario, reconociéndose hijo, criatura abierta, orientada a Dios y a los hermanos, en cuyo rostro encuentra la imagen del Padre común.

Se ve claramente que esta concepción de Dios y del hombre está en la base de un modelo correspondiente de comunidad humana y, por tanto, de sociedad. Es un modelo anterior a cualquier reglamentación normativa, jurídica, institucional, e incluso anterior a las especificaciones culturales. Un modelo de humanidad como familia, transversal a todas las civilizaciones, que los cristianos expresamos afirmando que todos los hombres son hijos de Dios y, por consiguiente, todos son hermanos. Se trata de una verdad que desde el principio está detrás de nosotros y, al mismo tiempo, está permanentemente delante de nosotros, como un proyecto al que siempre debemos tender en toda construcción social.

El magisterio de la Iglesia, que se ha desarrollado precisamente a partir de esta visión de Dios y del hombre, es

muy rico. Basta recorrer los capítulos más importantes de la doctrina social de la Iglesia, a la que han dado aportaciones sustanciales mis venerados predecesores, de modo especial en los últimos ciento veinte años, haciéndose intérpretes autorizados y guías del movimiento social de inspiración cristiana.

Aquí quiero mencionar sólo la reciente *Nota pastoral* del Episcopado italiano “Regenerados para una esperanza viva: testigos del gran “sí” de Dios al hombre”, del 29 de junio de 2007. Esta *Nota* propone dos prioridades: ante todo, la opción del “primado de Dios”: toda la vida y obra de la Iglesia dependen de poner a Dios en el primer lugar, pero no a un Dios genérico, sino al Señor, con su nombre y su rostro, al Dios de la alianza, que hizo salir al pueblo de la esclavitud de Egipto, resucitó a Cristo de entre los muertos y quiere llevar a la humanidad a la libertad en la paz y en la justicia.

La otra opción es la de poner en el centro a la persona y la unidad de su existencia, en los diversos ámbitos en los que se realiza: la vida afectiva, el trabajo y la fiesta, su propia fragilidad, la tradición, la ciudadanía. El Dios uno y trino y la persona en relación: éstas son las dos referencias que la Iglesia tiene la misión de ofrecer a todas las generaciones humanas, como servicio para la construcción de una sociedad libre y solidaria. Ciertamente, la Iglesia lo hace con su doctrina, pero sobre todo mediante el testimonio, que por

algo es la tercera opción fundamental del Episcopado italiano: testimonio personal y comunitario, en el que convergen vida espiritual, misión pastoral y dimensión cultural.

En una sociedad que tiende a la globalización y al individualismo, la Iglesia está llamada a dar el testimonio de la *koinonía*, de la comunión. Esta realidad no viene “de abajo”, sino de un misterio que, por decirlo así, tiene sus “raíces en el cielo”, precisamente en Dios uno y trino. Él, en sí mismo, es el diálogo eterno de amor que en Jesucristo se nos ha comunicado, que ha entrado en el tejido de la humanidad y de la historia, para llevarlas a la plenitud.

He aquí precisamente la gran síntesis del concilio Vaticano II: La Iglesia, misterio de comunión, “es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen gentium*, 1). También aquí, en esta gran ciudad, al igual que en su territorio, la comunidad eclesial, con sus diversos problemas humanos y sociales, hoy como ayer es ante todo el signo, pobre pero verdadero, de Dios Amor, cuyo nombre está impreso en el ser profundo de toda persona y en toda experiencia de auténtica sociabilidad y solidaridad.

Después de estas reflexiones, queridos hermanos, os dejo algunas exhortaciones particulares. Cuidad la formación espiritual y catequística, una formación “sustanciosa”, más necesaria

que nunca para vivir bien la vocación cristiana en el mundo de hoy. Lo digo a los adultos y a los jóvenes: cultivad una fe pensada, capaz de dialogar en profundidad con todos, con los hermanos no católicos, con los no cristianos y los no creyentes. Ayudad generosamente a los pobres y los débiles, según la praxis originaria de la Iglesia, inspirándoos siempre y sacando fuerza de la Eucaristía, fuente perenne de la caridad.

Animo con afecto especial a los seminaristas y a los jóvenes implicados en un camino vocacional: no tengáis miedo; más aún, sentid el atractivo de las opciones definitivas, de un itinerario formativo serio y exigente. Sólo el alto grado del discipulado fascina y da alegría. Exhorto a todos a crecer en la dimensión misionera, que es co-esencial para la comunión, pues la Trinidad es, al mismo tiempo, unidad y misión: cuanto más intenso sea el amor, tanto más fuerte será el impulso a extenderse, a dilatarse, a comunicarse.

Iglesia de Génova, mantente unida y sé misionera, para anunciar a todos la alegría de la fe y la belleza de ser familia de Dios. Mi pensamiento se extiende a la ciudad entera, a todos los genoveses y a cuantos viven y trabajan en este territorio. Queridos amigos, mirad al futuro con confianza y esfuerzos por construirlo juntos, evitando sectarismos y particularismos, poniendo el bien común por encima de los intereses particulares, por más legítimos que sean.

Quiero concluir con un deseo que tomo también de la estupenda oración de Moisés que hemos escuchado en la primera lectura: el Señor camine siempre en medio de vosotros y haga de vosotros su herencia (cf. *Ex* 34, 9). Que os lo obtenga la intercesión de María santísima, a la que los genoveses, tanto en la patria como en el mundo entero, invocan

como Virgen de la Guardia. Que con su ayuda y con la de los santos patronos de vuestra amada ciudad y región, vuestra fe y vuestras obras sean siempre para alabanza y gloria de la santísima Trinidad. Siguiendo el ejemplo de los santos de esta tierra, sed una comunidad misionera: a la escucha de Dios y al servicio de los hombres. Amén.

SANTA SEDE

## CONGREGACIÓN PARA EL CLERO

**Carta con Motivo de la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes**

*Reverendos y queridos hermanos en el sacerdocio:*

En la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, con una mirada incesante de amor, fijamos los ojos de nuestra mente y de nuestro corazón en Cristo, único Salvador de nuestra vida y del mundo. Remitirnos a Cristo significa remitirnos a aquel Rostro que todo hombre, consciente o inconscientemente, busca como única respuesta adecuada a su insuprimible sed de felicidad.

Nosotros ya encontramos este Rostro y, en aquel día, en aquel instante, su amor *hirió* de tal manera nuestro corazón, que no pudimos menos de pedir estar incesantemente en su presencia. “Por la mañana escucharás mi voz, por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando” (*Sal* 5).

La sagrada liturgia nos lleva a contemplar una vez más el misterio de la encarnación del Verbo, origen y realidad íntima de esta compañía que es la Iglesia: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob se revela en Jesucristo. “Nadie habría podido ver su gloria si antes no hubiera sido curado por la humildad de la carne. Quedaste cegado por el polvo, y con el polvo has sido curado: la car-

ne te había cegado, la carne te cura” (san Agustín, *Comentario al Evangelio de san Juan*, Homilía 2, 16).

Sólo contemplando de nuevo la perfecta y fascinante humanidad de Jesucristo, vivo y operante ahora, que se nos ha revelado y que sigue inclinándose sobre cada uno con el amor de total predilección que le es propio, se puede dejar que él ilumine y colme ese *abismo* de necesidad que es nuestra humanidad, con la certeza de la esperanza encontrada, y con la seguridad de la Misericordia que abarca nuestros límites, enseñándonos a perdonar lo que de nosotros mismos ni siquiera lográbamos descubrir. “Una sima grita a otra sima con voz de cascadas” (*Sal* 41).

Con ocasión de la tradicional Jornada de oración por la santificación de los sacerdotes, que se celebra en la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, quiero recordar la *prioridad de la oración* con respecto a la acción, en cuanto que de ella depende la eficacia del obrar. De la relación personal de cada uno con el Señor Jesús depende en gran medida la misión de la Iglesia. Por tanto, la misión debe alimentarse con la oración: “Ha llegado el momento de reafirmar

la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo” (*Deus caritas est*, 37). No nos cansemos de acudir a su misericordia, de dejarle mirar y curar las llagas dolorosas de nuestro pecado para asombrarnos ante el milagro renovado de nuestra humanidad redimida.

Queridos hermanos en el sacerdocio, somos los expertos de la misericordia de Dios en nosotros y, sólo así, sus instrumentos al abrazar, de modo siempre nuevo, la humanidad herida. “Cristo no nos salva *de* nuestra humanidad, sino *a través de* ella; no nos salva *del* mundo, sino que ha venido *al* mundo para que el mundo se salve por medio de él (cf. *Jn* 3, 17)” (*Mensaje “urbi et orbi”*, 25 de diciembre de 2006: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de diciembre de 2006, p. 20). Somos, por último, presbíteros por el sacramento del Orden, el acto más elevado de la Misericordia de Dios y a la vez de su predilección.

En segundo lugar, en la insuprimible y profunda sed de él, la dimensión más auténtica de nuestro sacerdocio es la *mendicidad*: la petición sencilla y continua; se aprende en la oración silenciosa, que siempre ha caracterizado la vida de los santos; hay que pedirla con insistencia. Esta conciencia de la relación con él se ve sometida diariamente a la purificación de la prueba. Cada día caemos de nuevo en la cuenta de que este drama también nos afecta a nosotros, ministros que actuamos *in persona Christi capitis*.

No podemos vivir un solo instante en su presencia sin el dulce anhelo de reconocerlo, conocerlo y adherirnos más a él. No cedamos a la tentación de mirar nuestro ser sacerdotes como una carga inevitable e indelegable, ya asumida, que se puede cumplir “mecánicamente”, tal vez con un programa pastoral articulado y coherente. El sacerdocio es la vocación, el camino, el modo a través del cual Cristo nos salva, con el que nos ha llamado, y nos sigue llamando ahora, a vivir con él.

La única medida adecuada, ante nuestra santa vocación, es la *radicalidad*. Esta entrega total, con plena conciencia de nuestra infidelidad, sólo puede llevarse a cabo como una decisión renovada y orante que luego Cristo realiza día tras día. Incluso el don del celibato sacerdotal se ha de acoger y vivir en esta dimensión de radicalidad y de plena configuración con Cristo. Cualquier otra postura, con respecto a la realidad de la relación con él, corre el peligro de ser ideológica.

Incluso la cantidad de trabajo, a veces enorme, que las actuales condiciones del ministerio nos exigen llevar a cabo, lejos de desalentarnos, debe impulsarnos a cuidar con mayor atención aún nuestra identidad sacerdotal, la cual tiene una raíz ciertamente divina. En este sentido, con una lógica opuesta a la del mundo, precisamente las condiciones peculiares del ministerio nos deben impulsar a “elevar el tono” de nuestra vida espiritual, testimoniando

con mayor convicción y eficacia nuestra pertenencia exclusiva al Señor.

Él, que nos ha amado primero, nos ha educado para la entrega total. “Salí al encuentro de quien me buscaba. Dije: “Heme aquí” a quien invocaba mi nombre”. El lugar de la totalidad por excelencia es la Eucaristía, pues “en la Eucaristía Jesús no da “algo”, sino a sí mismo; ofrece su cuerpo y derrama su sangre. Entrega así toda su vida, manifestando la fuente originaria de este amor divino” (*Sacramentum caritatis*, 7).

Queridos hermanos, seamos fieles a la *celebración diaria de la santísima Eucaristía*, no sólo para cumplir un compromiso pastoral o una exigencia de la comunidad que nos ha sido encomendada, sino por la absoluta necesidad personal que sentimos, como la respiración, como la luz para nuestra vida, como la única razón adecuada a una existencia presbiteral plena.

El Santo Padre, en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (n. 66), nos vuelve a proponer con fuerza la afirmación de san Agustín: “Nadie come de esta carne sin antes adorarla (...), pecaríamos si no la adoráramos” (*Enarrationes in Psalmos* 98, 9). No podemos vivir, no podemos conocer la verdad sobre nosotros mismos, sin dejarnos contemplar y engendrar por Cristo en la *adoración eucarística diaria*, y el “*Stabat*” de María, “Mujer eucarística”, bajo la cruz de su Hijo, es el ejemplo más significativo que se nos

ha dado de la contemplación y de la adoración del sacrificio divino.

Como la dimensión misionera es intrínseca a la naturaleza misma de la Iglesia, del mismo modo nuestra *misión* está ínsita en la identidad sacerdotal, por lo cual la urgencia misionera es una cuestión de conciencia de nosotros mismos. Nuestra identidad sacerdotal está edificada y se renueva día a día en la “conversación” con nuestro Señor. La relación con él, alimentada siempre en la oración continua, tiene como consecuencia inmediata la necesidad de hacer partícipes de ella a quienes nos rodean. En efecto, la santidad que pedimos a diario no se puede concebir según una estéril y abstracta acepción individualista, sino que, necesariamente, es la santidad de Cristo, la cual es contagiosa para todos: “Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser “para todos”, hace que éste sea nuestro modo de ser” (*Spe salvi*, 28).

Este “ser para todos” de Cristo se realiza, para nosotros, en los *tria munera* de los que somos revestidos por la naturaleza misma del sacerdocio. Esos *tria munera*, que constituyen la totalidad de nuestro ministerio, no son el lugar de la alienación o, peor aún, de un mero reduccionismo funcionalista de nuestra persona, sino la expresión más auténtica de nuestro ser de Cristo; son el lugar de la relación con él. El pueblo que nos ha sido encomendado para que lo eduquemos, santifiquemos

y gobernemos, no es una realidad que nos distrae de “nuestra vida”, sino que es el rostro de Cristo que contemplamos diariamente, como para el esposo es el rostro de su amada, como para Cristo es la Iglesia, su esposa. *El pueblo que nos ha sido encomendado es el camino imprescindible para nuestra santidad*, es decir, el camino en el que Cristo manifiesta la gloria del Padre a través de nosotros.

“Si a quien escandaliza a uno solo y al más pequeño conviene que se le cuelgue al cuello una piedra de molino y sea arrojado al mar (...), ¿qué deberán sufrir y recibir como castigo los que mandan a la perdición (...) a un pueblo entero?” (san Juan Crisóstomo, *De sacerdotio* VI, 1.498). Ante la conciencia de una tarea tan grave y una responsabilidad tan grande para nuestra vida y salvación, en la que la fidelidad a Cristo coincide con la “obediencia” a las exigencias dictadas por la redención de aquellas almas, no queda espacio ni siquiera para dudar de la gracia recibida. Sólo podemos pedir que se nos conceda ceder lo más posible a su amor, para que él actúe a través de nosotros, pues o dejamos que Cristo salve el mundo, actuando en nosotros, o corremos el riesgo de traicionar la naturaleza misma de nuestra vocación. La medida de la entrega, queridos hermanos en el sacerdocio, sigue siendo la totalidad. “Cinco panes y dos peces” no son mucho; sí, pero son todo. La gracia de Dios convierte nuestra poquedad en la Comunión que sacia al

pueblo. De esta “entrega total” participan de modo especial los sacerdotes ancianos o enfermos, los cuales, diariamente, desempeñan el ministerio divino uniéndose a la pasión de Cristo y ofreciendo su existencia presbiteral por el verdadero bien de la Iglesia y la salvación de las almas.

Por último, el fundamento imprescindible de toda la vida sacerdotal sigue siendo la *santa Madre de Dios*. La relación con ella no puede reducirse a una piadosa práctica de devoción, sino que debe alimentarse con un continuo abandono de toda nuestra vida, de todo nuestro ministerio, en los brazos de la siempre Virgen. También a nosotros María santísima nos lleva de nuevo, como hizo con san Juan bajo la cruz de su Hijo y Señor nuestro, a contemplar con ella el Amor infinito de Dios: “Ha bajado hasta aquí nuestra Vida, la verdadera Vida; ha cargado con nuestra muerte para matarla con la sobreabundancia de su Vida” (san Agustín, *Confesiones* IV, 12).

Dios Padre escogió como condición para nuestra redención, para el cumplimiento de nuestra humanidad, para el acontecimiento de la encarnación del Hijo, la espera del “*fiat*” de una Virgen ante el anuncio del ángel. Cristo decidió confiar, por decirlo así, su vida a la libertad amorosa de su Madre: “Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, sufriendo con su Hijo que moría en la cruz, colaboró de

manera totalmente singular a la obra del Salvador por su obediencia, su fe, su esperanza y su amor ardiente, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia” (*Lumen gentium*, 61).

El Papa, san Pío X, afirmó: “Toda vocación sacerdotal viene del corazón de Dios, pero pasa por el corazón de una madre”. Eso es verdad con respecto a la evidente maternidad biológica, pero también con respecto al “alumbamiento” de toda fidelidad a la vocación de Cristo. No podemos prescindir de una *maternidad espiritual* para nuestra vida sacerdotal: encomendémonos con confianza a la oración de toda la santa madre Iglesia, a la maternidad del pueblo, del que somos pastores, pero al que está encomendada también nuestra custodia y santidad; pidamos este apoyo fundamental.

Se plantea, queridos hermanos en el sacerdocio, la urgencia de “un movimiento de oración, que ponga en el centro la adoración eucarística continuada, durante las veinticuatro horas, de modo tal que, de cada rincón de la tierra, se eleve a Dios incesantemente una oración de adoración, agradecimiento, alabanza, petición y reparación, con el objetivo principal de suscitar un número suficiente de santas vocaciones al estado sacerdotal y, al mismo tiempo, acompañar espiritualmente -al nivel de Cuerpo místico- con una especie de maternidad espiritual, a

quienes ya han sido llamados al sacerdocio ministerial y están ontológicamente conformados con el único sumo y eterno Sacerdote, para que le sirvan cada vez mejor a él y a los hermanos, como los que, a la vez, están “en” la Iglesia pero también, “ante” la Iglesia (cf. *Pastores dabo vobis*, 16), haciendo las veces de Cristo y, representándolo, como cabeza, pastor y esposo de la Iglesia” (*Carta de la Congregación para el clero*, 8 de diciembre de 2007).

Se delinea, últimamente, una nueva forma de maternidad espiritual, que en la historia de la Iglesia siempre ha acompañado silenciosamente el *elegido linaje* sacerdotal: se trata de la consagración de nuestro ministerio a un rostro determinado, a un alma consagrada, que esté llamada por Cristo y, por tanto, que elija ofrecerse a sí misma, sus sufrimientos necesarios y sus inevitables pruebas de la vida, para interceder en favor de nuestra existencia sacerdotal, viviendo de este modo en la dulce presencia de Cristo.

Esta maternidad, en la que se encarna el rostro amoroso de María, es preciso pedirla en la oración, pues sólo Dios puede suscitarla y sostenerla. No faltan ejemplos admirables en este sentido. Basta pensar en las benéficas lágrimas de santa Mónica por su hijo Agustín, por el cual lloró “más de lo que lloran las madres por la muerte física de sus hijos” (san Agustín, *Confesiones* III, 11). Otro ejemplo fascinante es el de Eliza Vaughan, la cual dio a

luz y encomendó al Señor trece hijos; seis de sus ocho hijos varones se hicieron sacerdotes; y cuatro de sus cinco hijas fueron religiosas. Dado que no es posible ser verdaderamente mendicantes ante Cristo, admirablemente oculto en el misterio eucarístico, sin saber pedir concretamente la ayuda efectiva y la oración de quien él nos pone al lado, no tengamos miedo de encomendarnos a las maternidades que, ciertamente, suscita para nosotros el Espíritu.

Santa Teresa del Niño Jesús, consciente de la necesidad extrema de oración por todos los sacerdotes, sobre todo por los *tibios*, escribe en una carta dirigida a su hermana Celina: “Vivamos por las almas, seamos apóstoles, salvemos sobre todo las almas de los sacerdotes (...). Oremos, suframos por ellos, y, en el último día, Jesús nos lo agradecerá” (*Carta* 94).

Encomendémonos a la intercesión de la Virgen santísima, Reina de los Apóstoles, Madre dulcísima. Contemplemos, con ella, a Cristo en la continua tensión a ser total y radicalmente suyos. Esta es nuestra identidad.

Recordemos las palabras del santo cura de Ars, patrono de los párrocos: “Si yo tuviera ya un pie en el cielo y me vinieran a decir que volviera a la tierra para trabajar por la conversión de los pecadores, volvería de buen grado. Y si para ello fuera necesario que permaneciera en la tierra hasta el fin del mundo, levantándome siempre a medianoche, y sufriera como sufro, lo haría de todo corazón” (Frère Athanase, *Procès de l’Ordinaire*, p. 883).

El Señor guíe y proteja a todos y cada uno, de modo especial a los enfermos y a los que sufren, en el constante ofrecimiento de nuestra vida por amor.





# CRÓNICA DIOCESANA

---



## CRÓNICA DIOCESANA

### MAYO

Durante el mes de mayo se han celebrado las tradicionales novenas a la Santísima Virgen en las parroquias de Nuestra Señora de Fátima, en O Couto y de María Auxiliadora de los PP. Salesianos.

- Día 3: Fiesta del santo Cristo de Ourense.
- Día 7: Fiesta de San Juan de Ávila, patrono del Clero secular español, en la Capilla del Seminario Mayor. Celebración de las bodas de oro y plata sacerdotales.  
Conferencia pronunciada por D. Fernando Jiménez Bariocanal, Vicesecretario para Asuntos Económicos de la Conferencia Episcopal Española, en el aula de cultura de Caixanova.
- Día 9: Concierto “O Revoltallo 08” organizado por los jóvenes de las Parroquias de la Santísima Trinidad y Asunción, para recaudar fondos para asistir a la Jornada Mundial de la Juventud, que este año se celebra en Sidney (Australia).
- Día 10: Vigilia de Pentecostés en la S. I. Catedral.
- Día 11: Festival Regional de la Canción Misionera gallega en el salón de actos de los PP. Salesianos.
- Día 12: Ofrenda floral de las madres a la Virgen de Fátima en el Santuario de la ciudad.
- Día 13: Procesión de antorchas en la fiesta de la Virgen de Fátima.
- Día 14: Reunión del Consejo Diocesano Presbiteral en la Casa Diocesana de Ejercicios.
- Día 15: Celebración Eucarística como clausura del curso de la Escuela de Liturgia en la iglesia de Santa María Madre.
- Día 16: Conferencia sobre la familia, organizada por la parroquia de Santa Mariña de Xinzo de Limia, pronunciada por el Profesor de Filosofía D. José Manuel Domínguez Prieto
- Día 19: Firma de un Protocolo de colaboración entre la Sociedad anónima de Gestión del Plan Xacobeo y el Obispado para la revitalización de la Ruta de la Plata.
- Día 20: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 21: Presentación de la nueva Guía y Mapa de la Diócesis.  
Reunión de la Junta Directiva de Cáritas.







*Beati misericordes*